HERMANAS, PERROS, FRIKIS Y OTROS ESPECÍMENES

MAITE CARRANZA-JÚLIA PRATS



edebé

Table of Contents

MAITE CARRANZA y JÚLIA PRATS

HERMANAS, PERROS FRIKIS Y OTROS ESPECÍMENES



Nueva creación inspirada en la novela de la propia autora Magia de una noche de verano.

Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografías de cubierta: Shutterstock

1a edició, octubre 2017

ISBN: 978-84-683-3293-2

PRIMERA PARTE

1. Marina

Tarde de julio bochornosa. Bochornosa era poco. Agobiante, infecta, irrespirable. Eso era más, pero aún no era suficiente. Insoportable, horrorosa, desesperante. Eso, desesperante, porque la esperanza se le había evaporado con el calor y el aburrimiento infinito de las tardes de matemáticas. Ese verano se había quedado sin helados, sin campamentos y sin escapadas a la playa. Y para más inri, se llamaba Marina, que si sonaba a algo, aparte de a mema, era a mar.

El mar, menuda ironía. Sabía que existía por los mapas de geografía y por su hermana Ángela, que día sí y día también iba a bañarse por ahí con los amigos y lucía un bronceado de anuncio; el mismo bronceado que pasearía durante el mes de agosto por las calles de Dublín en compañía del chico más guapo del mundo, Patrick, mientras ella permanecería encerrada en la academia de repaso.

¿Por qué unos tenían tanto y otros tan poco?

La vida era injusta.

Ese verano Marina no había olido el mar. Se había quedado con el nombre, el cachondeo y las ganas, por suspender, y permanecía prisionera en una ciudad de paisaje posnuclear.

Marina estaba sentada en un aula de la Academia Solbes, a treinta y tres grados centígrados a la sombra, frente a una pizarra digital llena de números. Volando, indiferente a los problemas ajenos, apareció la prueba de que el verano estaba por ahí fuera. Era un mosquito que pululaba rozando la calva del profesor de matemáticas que garabateaba fórmulas en la pizarra, indiferente al calor y a los sentimientos ajenos. Y Marina, imaginativa por naturaleza, vislumbró la posibilidad de que su pequeño infierno finalizase una hora antes. Bastaría con que el mosquito atacase. Un buen picotazo, un aullido

de dolor, un manotazo, una salida precipitada del aula, un «continuamos mañana» y un día menos de condena.

Se concentró firmemente en el mosquito; cerró los ojos y le rogó encarecidamente que se posase sobre la calva del calvo y se pegase un festín.

—¿Y la fracción de 9 multiplicado por 6 da…?

Sin respuesta. Marina no era Einstein y no podía hacer dos cosas a la vez.

—¿No lo sabes?

—Es que… hay…, hay un mosquito —balbuceó sin mucho convencimiento.

—Marina, es la excusa más idiota que he oído en mi vida. ¿No tienes otra mejor?

Y de pronto el mosquito, el muy traidor, picó a Marina en la mano que sostenía el boli.

—¡¡¡Ayyy!!!

En la vida de Marina, su tostada siempre caía por el lado de la mantequilla. Su hermana Ángela se quedaba con los chicos guapos, las buenas notas y los ojos azules, mientras que a ella le picaban los mosquitos. Sin embargo, no se amilanó e intentó improvisar un final feliz para su historia montando el numerito.

—Me duele mucho, muchísimo. Se me está hinchando el dedo. Creo que soy alérgica como Macaulay Culkin a las picaduras de abeja en la peli esa antigua de *Mi chica.* ¿La has visto? Lo digo porque se muere…

El calvo comenzó a sudar.

—¿No estás exagerando?

Naturalmente que exageraba. Tras un par de minutos intentándolo, logró que dos gruesas lágrimas resbalasen por sus mejillas, al mismo tiempo que reprimía un sollozo tristísimo. El calvo dudó, miró el reloj de reojo, carraspeó, se lo pensó y, apoyando las manos pringosas de sudor en la repisa de la pizarra digital, se dio por vencido.

—Anda, vete… Mañana continuaremos y…

Antes de que hubiera acabado la frase, Marina ya estaba en la calle.

Corrió a velocidad de vértigo por si acaso el calvo cambiaba de opinión. Cruzó velozmente media ciudad hasta que un grito la obligó a detenerse.

—¡Marina! ¡Marina!

La voz era masculina y joven, y al volverse descubrió que era Andy, el guaperas del insti. Al instante se le activó una sonrisa idiota. Tal vez su verano podía mejorar… Andy nunca le había dirigido la palabra hasta ahora; de hecho, no podía creerse que supiera su nombre.

—¿Sabes algo de Ángela?

Gran chasco. Ángela, Ángela. Siempre Ángela. Era de suponer que la cosa

no iba con ella. No se le había ocurrido que ella no era más que la HERMANA DE ÁNGELA.

Marina se sentía a menudo un sucedáneo de persona. Algo así como un accidente genético que tuvo lugar después del nacimiento de su maravillosa hermana ÁNGELA. Ella solo fue el equivalente a un peluche, un caniche o un muñeco de Lego. ALGO para que Ángela no se aburriera, ALGO para entretener a la primogénita, ALGO a quien la preciosa Ángela podía tirar de los pelos y disfrazar de rana. Todavía, catorce años después, muchos tíos y primos
no sabían de su existencia, en el buzón de casa no constaba su nombre y en la repisa de la vitrina del comedor no estaba su foto. Marina no lucía, no brillaba ni daba esplendor a la familia. Con Ángela sobraba y bastaba, y la segunda hija llevaba con una cierta resignación catorce años de anonimato respondiendo afirmativamente a la odiosa pregunta de «¿*Eres* la hermana de Ángela?». Se enteraban de su parentesco por el apellido y, tras una mirada compasiva, musitaban: «No os parecéis mucho», que traducido significaba «pobrecita, no da la talla, se ha quedado con lo peor de lo peor».

Y tenían razón.

Ese era el problema de Marina, que les daba la razón. Si ella fuera un profesor, un tío cachas, una amiga guay o un chino del todo a un euro…, se quedaría con Ángela. Porque Ángela, a sus dieciséis años, era perfecta. No solo era rubia, alta y de ojos azules, sino que además era lista, simpática, responsable, ligona y encantadora. Ángela compaginaba con la misma soltura el violín, los programas de Microsoft, el perfilador de labios o la raqueta de tenis. Daba lo mismo. Ángela era un *crack* y también la broma más pesada que le podía tocar a una hermana segunda. Ángela era PERFECT y Marina había sido y sería siempre ESO, la hermana de Ángela.

—¿Sabes algo o no? Había quedado con ella a las cuatro y no se ha presentado, y además no contesta al móvil.

Ángela era tan perfecta que nunca jamás de los jamases faltaría a una cita sin avisar ni colgaría su móvil sin más. Y menos aún faltaría a una cita con Andy y desconectaría su móvil a sabiendas —porque lo sabía todo, lo calculaba todo— de que Andy la llamaría.

Una desgracia. Solo una gran desgracia podía haber impedido que Ángela faltara a sus compromisos.

¡HORROR!

2. Raeyn

Raeyn, el elfo nocturno, avanza sigilosamente hasta la cima de la colina y desde allí otea la fortaleza del viejo dragón flanqueada por sus seis torres circulares. Esa noche se avecina una batalla inolvidable contra Trumble, el dragón esmeralda, el más astuto. Sus poderes son leyenda.

Raeyn viste cota de malla plateada ceñida con cinturón de cuero, calza suaves botas de gamo y en su mano luce el anillo que obtuvo en la mítica batalla contra Reslof.

Pronto tiene compañía: Mirior, el gnomo, un insufrible bravucón paticorto y orejudo.

—¿Eres tú, Raeyn? Lo siento, te confundí con un sapo.

Su voz es chillona. Se cree muy gracioso, pero Raeyn jamás le ríe los chistes. Quizás por eso su antipatía es mutua, aunque ambos luchen en el mismo bando. De pronto los dos se detienen al unísono. Han detectado unos pasos ligeros y seductores. Inconscientemente, Raeyn se recompone el cabello con coquetería.

Es la maga Thana, una humana de ojos felinos que, a diferencia de Mirior, tiene un excelente sentido del humor y una voz grave y modulada.

—¿Calentando motores para la noche?

Raeyn quiere sonreír, aunque le cuesta. Es tímido y Thana le gusta demasiado para abrir la boca y arriesgarse a decir una tontería.

Afortunadamente, un nuevo personaje irrumpe en escena y se interpone entre ellos blandiendo su hacha y dispersando en pedazos minúsculos el odio invisible desatado entre Raeyn y Mirior.

—¡Salud, amigos! A tus pies, querida Thana. ¿Creíais que os libraríais de mí?

Su risa limpia acompaña a su voz.

—Varlik el enano no se rinde y menos ante el viejo dragón Trumble. Vamos allá, estoy impaciente.

Su cordialidad es contagiosa y Raeyn percibe cómo la tensión desaparece. Con Varlik al lado, luchando codo con codo, todo resulta fácil.

Van llegando los demás y pronto el bosque se puebla de saludos y consignas. Finalmente, Jerjes, el líder, un elfo *priest* cubierto de alhajas,

guantes y anillos, los convoca para exponerles su estrategia.

—Tenemos una buena composición de fuerzas. Confío en el aguante de los *tanks,* la energía de los *rogues* y la habilidad de los *hunters.*

Raeyn le escucha con admiración. Es el más curtido y el más carismático. Jamás duda de sus decisiones y posee una rara habilidad para despertar el entusiasmo de sus tropas.

—Trumble no es un enemigo fácil. Necesitaremos mucho *maná,* mucho DPS y todas vuestras armas.

Imbuidos por el entusiasmo de Jerjes, levantan sus espadas, sus hachas, sus mazos, sus arcos y ballestas, y lo aclaman.

Raeyn vibra emocionado. Le ocurre siempre antes de las batallas.

—En marcha.

Una vez dentro de la fortaleza y sin previo aviso, un rugido furioso que proviene de las profundidades de la tierra les hiela la sangre en las venas. Es el dragón esmeralda. Es el grito de guerra de Trumble.

—¡Vosotros, Varlik, Mirior, Thana y Raeyn, por el túnel de la izquierda! —ordena Jerjes con rapidez.

Raeyn maldice su mala suerte. Jerjes se empeña en vincularlo a Mirior, aunque se equivoca.

Caminan a tientas, dudando en cada encrucijada. Raeyn funde su sombra con el contorno de la sombra de Thana y se jura que, mientras sus sombras avancen juntas, Thana estará a salvo. Pero, a pesar de todo, Trumble los detecta fácilmente y se lanza en su persecución. El dragón se aproxima y el encuentro es inevitable. Súbitamente, la cueva se inunda de un calor pegajoso y las piedras comienzan a arder.

—¡Apartaos! —grita de pronto el enano Varlik.

Thana prepara su lanza de hielo y Raeyn tensa su ballesta. De repente, Trumble se alza sobre sus dos patas traseras y expulsa un chorro de fuego destructor que chamusca las botas de Raeyn. La belleza de Trumble los desconcierta. Raeyn entiende que es una maniobra de distracción y grita a tiempo:

—¡No le miréis a los ojos!

El enano a punto ha estado de sucumbir al hechizo, pero reacciona inmediatamente y despierta el odio de la bestia, que se revuelve agresiva contra él. Mientras tanto, las flechas de Raeyn y la lanza de hielo de Thana se hunden en la carne del dragón haciéndole lanzar aullidos de dolor.

—¡Fíjate! —exclama la humana asustada—: Varlik no aguantará mucho más.

Así es; el valiente enano, siempre en primera fila, recibe toda la ira de la bestia sobre su armadura de placas desde hace demasiado rato.

—El poder del dragón es superior a sus fuerzas.

No hay ningún otro *tank* en el grupo que pueda alternarse con Varlik. Dividir sus fuerzas no ha sido una buena idea. Necesitan refuerzos.

Thana suplica a Raeyn:

—Redirecciónalo hacia mí.

Solo él puede reconducir el odio del dragón hacia cualquier otro que no sea Varlik. Pero Thana no se encuentra en condiciones para resistir al ataque. Trumble la quitaría de en medio de un zarpazo.

—¡Aléjate! —le grita Raeyn.

Thana intenta dar un paso hacia atrás, pero choca con algo o con alguien. Es el gnomo, que se ha refugiado en la retaguardia.

—¡Aparta, Mirior! —le ordena Raeyn.

Y sin embargo, Mirior no se mueve ni un milímetro ignorando la táctica de sus compañeros y la orden de Raeyn.

—¿Luchas contra el dragón o contra nosotros?
—masculla Raeyn enfadado.

—¡Hazlo ya! ¡Redireccióname el *agro* o Varlik morirá! —suplica Thana, temerosa de perder al simpático enano.

La situación de Varlik comienza a ser desesperada. Raeyn observa con el rabillo del ojo al cobarde Mirior, que permanece al margen, y decide que redireccionará el odio de la bestia contra el gnomo; así tendrá su ración de lucha.

—Pero ¿qué haces? —exclama Thana al darse cuenta de la dirección del brazo del elfo—. ¡Lo matarás!

Raeyn ya lo ha hecho. Ha enviado al dragón contra Mirior. Es incorrecto, puesto que es el más débil, pero no quiere que Thana sufra el más mínimo daño.

El gnomo Mirior lanza un grito de terror. De pronto, el dragón solo tiene ojos para él. Toda la rabia que siente la despierta ese orejudo paticorto que pelea sin arriesgarse. De un salto espectacular el viejo dragón elude al enano, ya libre de su odio, y salva los obstáculos de Thana y Raeyn sin apenas rozarlos. Su objetivo es el gnomo y se dirige hacia él sin titubear.

—¡No! —grita la maga Thana.

—¡Haz algo, Raeyn! —suplica el enano Varlik.

Raeyn sabe que Mirior morirá en breves instantes y que únicamente él puede salvarlo. Tiene que salvarlo a pesar de todo. Eso hará. Pero, pero… ¿Qué está ocurriendo?

El ratón no le responde, el teclado está inmóvil. Y su cuerpo de Raeyn se detiene. Ya nada lo vincula a los movimientos de sus manos.

¡No tiene conexión! ¡Ha perdido la conexión a internet!

No, no puede ser… ¡Ahora no! ¡Le expulsarán del grupo por traidor! ¡Sus amigos morirán sin él! Una vez que el dragón haya destruido a Mirior, se cebará con Thana y Varlik.

¡Nadie le creerá!

3. Cicerón

C.C. entró como una tromba en el despacho y comprobó que, efectivamente, Ernesto le había desconectado el *router* en un acto premeditado de boicot. Y no estaba solo; le acompañaba Leonor, su madre.

—¡Conéctalo, conéctalo ya! ¡Es cuestión de vida o muerte! —gritó.

Pensaba en Mirior y sus poquísimas posibilidades para sobrevivir al dragón. Pero su padre, Ernesto, le detuvo con un gesto tajante.

—Leonor y yo queremos hablar contigo.

C.C. se estremeció. ¿Cómo era posible que sus padres tuviesen la sangre fría de proponerle una de sus repugnantes reuniones familiares mientras sus amigos se debatían entre la vida y la muerte?

—Ahora no, en otro momento. Por favor, activa el wifi, Mirior ya debe de estar muerto.

—¿Lo ves? —comentó apenada Leonor—. Es a eso a lo que me refería.

Ernesto carraspeó y sonrió, las dos peores cosas que podía hacer su padre. El carraspeo indicaba que se preparaba para una larga perorata; la sonrisa, que estaba convencido de que era una buenísima persona. Vomitivo.

—Hace ya algún tiempo que Leonor y yo venimos observando en ti algunas conductas anómalas. Te encierras en tu habitación horas y horas, no sales con tus amigos, apenas nos hablas y te conectas día y noche a un juego que te tiene sorbido el seso. No podemos seguir así, Cicerón.

¿Qué se podía esperar de unos padres que le habían bautizado con un nombre como ese?

—¡Que no me llames Cicerón! —se permitió objetar a todo el rollo.

Pero ELLOS estaban encantados con ese nombre pedante.

—Es tu nombre, es real, consta en tu DNI, en tu pasaporte, te identifica y lo escogimos para ti con ilusión…

—Te hemos explicado quién fue Marco Tulio Cicerón, ese gran político, filósofo y orador romano.

—Y queríamos que fueses tan valiente como lo fue él con sus *Catilinarias* y sus *Filípicas*…

Todo tenía un aire patético y teatral. Hacía ya unos cuantos años que C.C. sabía que Ernesto y Leonor —como se hacían llamar— eran raros. Lo descubrió al darse cuenta de que los padres de sus amigos se llamaban *papá* y *mamá,* todavía escuchaban las canciones de los 40 Principales y creían que

Cicerón era un delantero centro del Boca Juniors. Primero pensó que los padres de sus amigos eran los raros. Luego, a fuerza de realismo, llegó a la conclusión de que los raros eran Ernesto y Leonor.

Se puso nervioso. Estaba a su entera merced porque tenían el cable de la conexión ADSL de su ordenador y para recuperarlo tendría que escucharlos hablar. Pero no soportaba llamarse Cicerón; era impronunciable, ridículo y pomposo. Punto.

—Mirior ya habrá muerto y pronto le seguirán Thana y Varlik.

Ernesto se agarró al clavo ardiendo que les servía en bandeja.

—¿Quiénes son esos?

C.C. tenía dos opciones: engañar a sus padres o mostrar todas sus cartas. Dado que Ernesto y Leonor eran retorcidos y morbosos, resultaba preferible, mil veces preferible, decir la verdad y defenderla con ingenio.

—Mirior es un gnomo *warlock*. Thana es una humana maga y Varlik, un enano *warrior*. Sus fuerzas son limitadas.

Hubo un silencio espeso que al fin rompió Leonor.

—Son tus amigos…, supongo.

C.C. recordó la difícil situación que estaban viviendo y decidió dramatizar.

—¡Lo eran hasta hace cinco minutos! Pero… por vuestra culpa me estarán maldiciendo los huesos después de haberlos abandonado.

Ernesto le interrumpió y le habló casi deletreando la frase, como si sus entendederas estuviesen atascadas.

—No-los-has-a-ban-do-na-do. Yo te he desconectado el wifi y has regresado a la realidad. ¿Te enteras? Tus amigos no existen, ese otro mundo no existe, solo existe este en el que estamos ahora Leonor, tú y yo.

Y acompañó con gestos su lección. Y si hubiese tenido una tiza en la mano, habría dibujado los dos mundos, el real y el imaginario, y habría tachado el imaginario con una enorme cruz y debajo habría subrayado MUNDO INEXISTENTE.

C.C. apretó los puños.

—Por favor, necesito un minuto de nada. Ya sé que estoy jugando, pero no puedo dejarlos colgados. Me habéis enseñado a ser solidario, ¿no?

Sin embargo, Ernesto fue inflexible.

—No puede ser. Se tiene que cortar por lo sano.

—¿Cortar? —exclamó C.C. horrorizado.

—Se acabó. Has ido demasiado lejos, hijo.

C.C. se frotó los ojos a punto de echarse a llorar, pero no por oírse decir HIJO, algo insólito en boca de Ernesto.

—¿Cómo podéis decir eso? ¡Si ni siquiera he podido llegar a la guarida de Trumble, el dragón esmeralda!

—¿Y qué pretendías hacer en la guarida del dragón, si puede saberse?

C.C. no sabía que los abogados recomendaban callar a los acusados.

—Luchar y vencerlo para conseguir el botín.

Ernesto se frotó las manos con delectación.

—Matar y robar.

Leonor estaba atónita.

—¿Es eso lo que aprendes?

C.C. calló. No les importaba lo que dijera o pensase, no les importaban sus amigos, ni sus lealtades, ni siquiera las consecuencias de sus actos. Solo les gustaba escucharse hablar.

—¿Cuál es tu otro nombre? —le interrogó su padre.

C.C. bajó los ojos y dudó sobre si confesar su otra naturaleza o guardar el secreto.

—Raeyn.

Leonor le hizo la pregunta con un leve temblor de voz:

—¿Y qué eres? Quiero decir: ¿qué raza…?

Llegados a ese punto, a C.C. le daba lo mismo.

—Un elfo cazador.

Eso pintaba fatal.

—¿Qué más queréis? He perdido a mis amigos, todos pensarán que soy un traidor.

—Se acabó —sentenció Ernesto.

C.C. no podía creerlo.

—¿El qué se acabó?

—El juego. *Finito.*

A C.C. le faltaba el aire y se sintió como si le hubiesen rebanado el cuello y su cabeza cayese rodando dentro del cesto de la guillotina.

—¿Así, de golpe?

Leonor se mordió las uñas y miró de reojo al verdugo.

—Es la única forma. De golpe y porrazo no duele tanto.

Asqueroso.

—Tienes que ser un chico normal.

—Y hacer cosas normales como los demás chicos de tu edad.

C.C. se mesó los cabellos y pensó que solo tenía un camino, el que ellos mismos le habían enseñado. La demagogia.

—¿Queréis que me drogue? ¿Es eso?

Silencio y estupor.

—Porque, por si no lo sabíais, esas son las cosas normales que hacen los chicos de mi edad cuando quedan.

Los desconcertó un poco y continuó de ese palo. Los había pillado

desprevenidos.

—¿O preferís que me emborrache?

Intercambio de miradas elocuentes. Estaba dando en el clavo. De hecho, era el único hijo de entre los amigos de sus padres que no se había agarrado una cogorza un sábado por la noche.

—¿Queréis que salga por las noches a dar el cante con el botellón y que me metan en comisaría? ¿Es eso?

Más silencio.

—O también puedo ir a los conciertos a dar patadas y quemar contenedores.

Se estaba animando. Le estaba saliendo estupendamente. A Leonor le brillaban los ojos y Ernesto bizqueaba. Era eso lo que querían, ¿no? Por eso le habían puesto Cicerón. Sin embargo, su vacilación, mientras decidía si los amenazaba con hacerse okupa, terrorista o suicida, resultó fatal. Ellos tomaron la palabra y lo vapulearon.

—Nos estás liando.

—Pero tendrás que buscar otra forma de entretenerte, porque a donde vas a ir, no tendrás ni un solo ordenador.

C.C. parpadeó. ¿Había oído bien?

—¿Adónde voy a ir?

—A pasar unas estupendas vacaciones con chicos y chicas de tu edad, sin ordenadores y lejos de aquí.

—¿Me enviáis a un reformatorio?

Ernesto no quiso endulzar la píldora.

—Vivirás con una familia irlandesa y acudirás a clases de inglés cinco horas al día. Tendrás prohibida la conexión a internet.

C.C. se tambaleó. La verdad en el mundo real era mucho más cruda que la muerte en el mundo imaginario. Quizás porque, como bien le había recalcado su padre, el mundo imaginario no existía.

Entonces, ¿cómo podían prohibirle algo inexistente? Gran pregunta sin respuesta.

4. Marina

La madre de Marina abrió la puerta con los ojos enrojecidos y, sin ni siquiera preguntar, se le echó encima y la abrazó. No era un abrazo cariñoso ni maternal. Era un abrazo tenso, histérico, sin destinatario. Se lo hubiera dado al revisor del gas o a la vecina del segundo. Era un abrazo de esos de abrir los brazos y dejar que se te metiera dentro el primero que pasase.

—¿Cómo te has enterado de lo de Ángela? —le preguntó ahogándola con su achuchón y hablando con voz ronca, afectada.

Marina tragó saliva, carraspeó y a punto estuvo de liarla. Mentir se le daba fatal y su madre la pescaba siempre in fraganti. Afortunadamente tenía la excusa de Andy.

—Andy me avisó.

Su madre sollozó y Marina, de repente, tuvo miedo.

—Ha sido tan de repente…, y esta mañana estaba tan bien… No nos lo podemos creer —y la tomó de la mano conduciéndola por el pasillo hacia la habitación de Ángela —. Ven, ven a verla, pobrecita. No la reconocerás.

A Marina le temblaban las piernas y trastabilló un par de veces. Ángela estaba… ¿muerta? Se detuvo ante la puerta y tomó aliento.

—Prefiero…, prefiero no verla —musitó Marina sin convencimiento.

Y lo cierto es que de buenas a primeras no la vio, porque la habitación estaba tan oscura y tan tenebrosa que apenas se distinguía el bulto inmóvil sobre la cama. Marina creyó que se toparía con el fiambre de su hermana vestida de Primera Comunión y rodeada de candelabros tétricos. Eso sí que no se olvidaría por mucho que una quisiera.

—Acércate, que a ti no te puede contagiar.

—¿Contagiar?

—Claro, ya la pasaste. En cambio, ella, fíjate qué cara se le ha puesto.

Marina se fijó bien y VIO cómo el supuesto cadáver de su hermana respiraba, se movía y ABRÍA los ojos, que relucían como dos estrellas del firmamento en su cara cubierta de granos rojos y virulentos.

Varicela. Ángela tenía varicela, una varicela de aúpa, de las de cuarenta grados, tembleques y picores insoportables. Estaba de pena, pero dentro de la pena que daba, continuaba siendo rubia y teniendo los ojos más azules que

Milla Jovovich. Le habían tenido que cortar las uñas —para que no se rascase —, rebozarla de *talquistina* y amenazarla con atarle las manos si continuaba hurgándose los granos.

Marina intentó compadecer a su hermana sin conseguirlo. Como siempre que entraba en su habitación, se había quedado embobada contemplando la fotografía de Patrick que Ángela tenía colgada, junto con muchas otras, en la cabecera de su cama. Con varicela o sin ella, Ángela había ligado con un mito llamado Patrick… ¡Quién fuera Ángela!

A la hora de la cena sus padres estaban pensativos.

—Las pupas de la varicela le dejarán marcas —sentenció la madre cortando el pan.

—¿Y Dublín? —preguntó el padre, más pragmático, sorbiendo el gazpacho ruidosamente.

—No nos devuelven el dinero. Ya lo he preguntado.

Una madre siempre lo sabe todo y lo pregunta todo antes de que a los demás se les ocurra.

—¿Cómo has dicho? —gruñó el padre, que cuando oía hablar de dinero se ponía de muy mala uva.

—Pues eso. No aceptan cancelación de vuelos ni de cursos veinticuatro horas antes. No he levantado la liebre por si acaso, pero me he informado.

—¿Por si acaso qué? ¿Cómo va a irse a Dublín con esa cara y esa fiebre?

Marina atacó las croquetas y calló. Lo de Dublín le dolía un montón. En Dublín era donde Ángela había conocido a Patrick, pero ella no podría jamás pisar el mismo suelo que su amor. Sus padres le tenían vetado el viaje; por suspender.

Ángela iba a Dublín todos los veranos y se pasaba tres semanas de ensueño. No lo decía explícitamente, pero se notaba. Regresaba más blanca, más interesante, más internacional y más misteriosa. Y con miles de Whatsapps de italianos, franceses y alemanes, que daban mucho *look* a su móvil y un aire *cool* a su Facebook: *Frank, Hans, Marcello, Pierre, Christian…* A Marina todos le daban lo mismo; ella solo soñaba con la foto de Patrick sosteniendo la jarra de Guinness en la mano. Patrick era alto, fuerte, de cabello de fuego y ojos incandescentes. Tenía unas manos tan grandes que la jarra de cerveza parecía diminuta y, al levantarla, se le marcaban los músculos bajo la camiseta del equipo de *rugby.* ¿Realmente existía? ¿En un lugar llamado Dublín vivía alguien llamado Patrick?

—¿Y esta?

Marina puso las antenas. ESTA acostumbraba a ser ella. Efectivamente, su padre la estaba mirando. No solía hacerlo, pero en ese momento la estaba mirando. A Marina no le gustaba que la mirasen y se ponía nerviosa; prefería

pasar inadvertida.

—Que si enviamos a esta en lugar de a Ángela —aclaró señalándola con la cuchara.

Marina se atragantó con la croqueta.

Su madre dejó caer el tenedor.

—¿Estás loco?

—Lo digo para amortizar el pastón. Al fin y al cabo, está pagado.

Y Marina, con la tez violácea por la croqueta que no podía tragar, la mano en el cuello y los ojos saliéndosele de las órbitas, se convirtió en el foco de atención de la mesa. Los dos miraron a ESTA, que estaba sentada a la mesa y que también era hija suya, que quería gritar «sí, sí», pero que estaba a punto de ahogarse.

—Se parecen como un huevo a una castaña —concluyó la madre tras una rápida ojeada.

—Son hermanas, ¿no? —masculló el padre sin mucho convencimiento por su parte.

Y antes de que la conversación derivase en un peligroso culebrón sobre identidades y parentescos, Marina escupió la croqueta y gritó:

—¡Sí!

Y lo consiguió. Rogando con fervor, jurando con pasión, prometiendo que daría la talla, que no los avergonzaría, que nadie se daría cuenta de la tremenda estafa de sustituir a la insustituible Ángela…, Marina se salió con la suya y consiguió ablandar a su madre y convencer a su padre de su gran acierto.

Ángela, al enterarse, solo acertó a balbucear:

—*Dogs,* perros, perritos…

Marina y sus padres interpretaron que deliraba. Lo más probable era que soñara con un perrito caliente, y seguramente así era porque enseguida comenzó a nombrar a Patrick y a llorar.

—Patrick, Patrick —lloriqueaba.

—No te preocupes, yo le daré recuerdos tuyos y le diré que le quieres mucho —la consoló Marina en plan optimista.

—Nooo —sollozó aún más fuerte Ángela.

Por si acaso, para no alterarla, Marina salió de puntillas. Estaba claro que su hermana no se fiaba de ella para ese tipo de encargos. Pero daba lo mismo; le gustase o no, por una vez se tendría que fastidiar y quedarse en casita. Por una vez no sería la protagonista.

Esa noche Marina se acodó asomada al alféizar de su ventana. La brisa nocturna sacudía las hojas de un arce sediento al que ella lanzaba de vez en

cuando un vaso de agua. A lo mejor ese mes de agosto se secaba porque, por primera vez en su vida, ella no estaría para regarlo. Hubiera querido sentir pena por el pobre arce y por su pobre hermana, pero se le escapó una sonrisa.

Ese era el problema. Era una fresca y le faltaba dimensión moral para angustiarse por los problemas ajenos. Era tan miserablemente mezquina y egoísta, que se sentía feliz por abandonar a su suerte al calvo, las matemáticas, a sus padres, su ciudad posnuclear y a su hermana con varicela. Qué vergüenza.

Sin embargo, si la vida le ofrecía la oportunidad de cambiar su odiosa identidad, no sería tan estúpida como para dejarla pasar de largo. Y por primera vez saborearía el gustazo de ser un solo nombre sin estribillo. Ya no sería «la hermana de Ángela». Sería simplemente: Ángela. *Yes, of course!*

5. Marina

S

urcar los cielos, cabalgar sobre las nubes y perderse en lontananza. «¡Volar, qué maravilla!», suspiró Marina antes de subir al avión. Por desgracia, la realidad fue mucho más prosaica, mucho más parecida a los despertares de algunas mañanas asociados a esas caídas bruscas que le producían un vértigo indescriptible. Exactamente lo que le estaba ocurriendo a bordo de un Boeing 737 rumbo a Dublín mientras atravesaban una zona de turbulencias.

Marina cerró los ojos para no sentir el vértigo, ese vacío en el estómago que pugnaba por salírsele por la boca. Apretó los labios por si acaso no le salía solo el vacío, sino los espaguetis de la comida.

—¡Qué guay! —exclamó Antaviana a su izquierda, una enana de catorce años que aparentaba once, pero que maquinaba como una de dieciocho y a veces hablaba como una de siete.

—Me voy a morir —lloriqueó Luci a su derecha, una miope de quince años, pechugona, con gafas y michelines, agitando los brazos para que la azafata acudiese y la auxiliase.

Hacía dos horas que había comenzado su periplo y Marina había sufrido ya dos decepciones: sus fantásticas compañeras de viaje no eran lo enrolladas que ella había imaginado y su primer vuelo estaba resultando una tortura.

Sin embargo, ¿quién podía, en una sola tarde, crecer dos años, tres centímetros, dos tallas de sujetador, treinta puntos de coeficiente intelectual, y además cambiar el color de los ojos y del pelo?

—Oye, se te ha movido el ojo derecho. ¿Es tuyo?

La bajita insolente de nombre teatral tenía salidas así. Marina dio la primera excusa que se le ocurrió:

—Es la presión atmosférica.

—¿La qué?

—La presión atmosférica. Cuando baja de golpe, puede hacer que te exploten los ojos.

Antaviana se detuvo a pensar si durante el curso llegó a la lección de la presión atmosférica o coincidió cuando tenía anginas.

—¿Y ahora está bajando?

—¿No lo notas?

Antaviana, quizás porque era pelirroja y pecosa, parecía más niña cuando se

asustaba. Se puso repentinamente pálida y, por si acaso, cerró sus ojillos rasgados y se sujetó los párpados, no fuera a ser que se le cayeran los globos oculares al suelo.

Marina aprovechó para recolocarse la lentilla y de paso, cuando nadie se fijaba, moverse con disimulo la teta izquierda, que no era otra cosa que un calcetín de relleno metido en el sujetador de Ángela. Luci estaba tan mareada que ni veía.

Por fin, superada la montaña rusa de los baches, las luces volvieron a encenderse, se relajaron las facciones del pasaje y Marina miró por la ventanilla de su asiento de turista con destino a Dublín sin acabar de creerse que desde esa misma tarde se llamase Ángela, hubiese cumplido dieciséis años, fuese rubia, tuviese los ojos azules, hablase inglés y hubiese acabado la ESO con una media de sobresaliente. Lo de mirar por la ventanilla era un decir, porque le había tocado el asiento del medio, el que nadie quería nunca, el que le tocaba a la tonta de turno. Algo no encajaba en la proyección ideal de la nueva imagen de Marina. ¿Por qué se había dejado embutir en medio del sándwich de chicas como una loncha de jamón? Una cosa era ser educada y amable, que era lo que había intentado ser, y otra era ser estúpida, que es lo que había acabado siendo. Algo había hecho mal y esa duda la inquietaba, porque ahora que había adquirido una nueva personalidad no podía permitirse continuar siendo un desastre. Si era Ángela, debía serlo con todas las de la ley. Ángela estaría sentada ahora mismo en el asiento de la ventanilla, que era el que molaba, y para conseguirlo, a Ángela le hubiera bastado con una sonrisa arrebatadora. Ángela conseguía todo lo que quería sin que se notase, que tenía más mérito.

«Ángela es empática por naturaleza», explicaba siempre su madre en el supermercado para presumir de primogénita. Todo el mundo sabe que hay humanos emocionalmente inteligentes y humanos emocionalmente imbéciles, dependiendo de un gen mutante llamado *empatía*. Quien tiene empatía es empático, que significa algo así como caerle bien a todo quisqui y hacer lo que te venga en gana sin que nadie se mosquee. Empático se es o no se es, y Marina reconocía que Ángela tenía una capacidad para empatizar inmensa. En aquel momento —Marina estaba segura— Ángela estaría empatizando y riendo como si nada con esas dos birrias de compañeras que le habían tocado. Luci, la fea, y Antaviana, la borde. La fea sonreía mucho y asentía, lo cual decía mucho a su favor, pero la borde había vuelto al ataque hacía tan solo un minuto, cuando ya había considerado que la presión atmosférica había bajado lo suficiente y sus ojos estaban a salvo.

—Tú eres teñida, ¿no? Es que se te nota un montón.

Marina estaba mosqueada. La chapuza era culpa de su madre, que se negó a ir a la peluquería por ahorrarse cuatro céntimos, pero aquella niñata entrometida no tenía por qué meterse con su pelo, con su madre ni con…

—A mí me encantaría teñirme, pero no me atrevo —susurró Luci en plan conciliadora.

«¿Qué fácil, no?», pensó Marina, que a punto había estado de arrearle un bofetón a la enana. Con lo bien que funcionaba soltar una frase conciliadora… Suerte que Luci era conciliadora. Aunque, pensándolo bien, la conciliadora debería haber sido Marina, o sea Ángela, o sea ella. Las conciliadoras se las daban de líderes, como Ángela, que iba por ahí repartiendo paz y amor, besitos y achuchones.

Antaviana interrumpió sus reflexiones con una pregunta bastante extraña:

—¿Y vosotras por qué viajáis a Irlanda?

Marina ya iba a responder impulsivamente, pero notó algo en la mirada de su compañera que le pareció sospechoso.

—Para mejorar el inglés, como todos… —respondió Luci por las dos.

—Como todos no —respondió Antaviana, enigmática.

Marina vio claramente que Antaviana se hacía la interesante y pretendía llamar la atención. Sin embargo, Marina no pensaba darle ese gustazo y Luci era demasiado comprensiva como para mostrar curiosidad por cotilleos ajenos y caer en la trampa. En resumen: a nadie le importaba un pepino el motivo oculto de Antaviana.

—Tienes razón, seguro que hay españoles que viajan a Irlanda por otros motivos que no sea el de aprender inglés —respondió Luci, la tolerante.

—Sí, como yo —insistió Antaviana, impaciente.

Marina siguió callada, disfrutando de la situación, mientras Luci se pasaba de buena.

—Tienes razón, cada uno va por sus motivos.

Antaviana, desesperada, lo soltó aunque nadie le hubiera preguntado:

—Pues en realidad yo voy a Irlanda porque tengo una misión secreta…

Ahí calló enigmáticamente para que la avasallaran a preguntas, pero de nuevo le salió el tiro por la culata.

Luci, sonriendo, le dijo que se alegraba mucho por ella, y Marina fingió ojear una revista y la ignoró. Antaviana se rindió, muy fastidiada, y Marina se apuntó un minipunto y se propuso impresionarla. Es lo que hubiera hecho Ángela.

—Qué ganas tengo de conectar mi móvil para enviar un mensaje a mi chico.

Antaviana picó. Abrió unos ojos como platos.

—¿Tienes novio?
—¿Tú no?
—Yo soy más joven que tú.
—¿Tienes once, no?
—Catorce.
Marina simuló estupor. Vale, tenían la misma edad, pero ella era Ángela y Ángela era mayor.
—¿Y a los catorce…? ¿No me digas que…, no me digas que no te has liado con ningún pavo?
Antaviana no tuvo suficientes reflejos para improvisar.
—Una vez, pero…
—Los besos sin lengua no cuentan. Esos los daba yo en la guardería.
Antaviana calló, y quien calla otorga. Marina aprovechó para lanzar una carga de profundidad:
—Pues perdona que me meta, pero vas un poco atrasada. ¿Cuándo cumples los quince?
—Ahora, en agosto.
—¿Y aún… no? Pues, tía, yo el verano pasado aquí en Dublín me pegué un hartón de ligar. Los irlandeses son unos plastas. Y este invierno ni te cuento.
A la pequeña Antaviana se le subieron los colores y Marina se apiadó de ella.
—Pero la primera vez cuesta mucho. Hasta que no aprendes, no te sale y los tíos se cortan.
—Ya.
Y como el «ya» de Antaviana fue dicho con franca humildad, Marina se sintió generosa y puntualizó:
—Tú ve probando. Es lo que hacía yo a tu edad. Ahora voy en serio. Mi novio tiene moto y está en Bachillerato.
La enana se quedó callada, pensando. Marina estaba segura de que la había noqueado, aunque fuera por poco rato. Antaviana se sentía una fracasada por tener catorce años y no haberse pegado un morreo más que con su osito de peluche.
—¿Tienes una foto?
La había pillado. Todas las que tenían novio llevaban la foto encima, así que tendría que conseguir una foto ya. Hizo un gesto de disculpa señalando hacia arriba.
—Sí, claro, en el bolso. Pero está en el maletero.
Antaviana se levantó de un salto, se puso de pie sobre el asiento y abrió con desparpajo el maletero dispuesta a hurgar en el bolso de Marina. Marina la detuvo cuando estaba abriendo su cremallera.

—¡Pero qué haces! ¡Déjalo! No me desordenes el bolso.

—Si está hecho un desastre.

Marina necesitaba tiempo y la obligó a sentarse.

—Déjame a mí, que me estás liando.

En cuanto Antaviana se sentó, Marina comenzó a sudar. Primera prueba de habilidad. Si ni dentro de su móvil ni de su cartera no llevaba ninguna foto, tal vez dentro de la cartera de otro pasajero encontraría alguna para salir del apuro. Metió la mano con disimulo en la mochila de su izquierda. Era negra y parecía masculina. Tanteó a ciegas, alcanzó la cartera y la abrió. Ahí, entre restos de tarjetas de metro y papeles de chicle encontró una foto arrugada de un tipo anodino lanzándose por la montaña rusa del Dragon Khan. Solo se veía la boca abierta del susto y los pelos erizados. El tipo debía de tener entre trece y treinta años y era imposible adivinar su color de ojos ni si tenía nariz. Recolocó su estropicio lo mejor que pudo y, tras cerrar el maletero, se sentó de nuevo junto a la pequeña monstruo. Le tendió la foto con desgana, como si fuese lo más normal del mundo enseñar fotos de los novios bajando por el Dragon Khan a bordo de un avión.

Antaviana estudió la foto con una avidez morbosa. La miró por delante, por detrás, por encima y por debajo.

—No se le ve muy bien la cara.

—Ya, está un poco movida. Fíjate, estaba en un *looping*.

—Parece feo.

—Eso es lo que tú te crees.

—¿C.C. qué quiere decir?

—Carlos al cuadrado.

Antaviana frunció el ceño.

—A mí me recuerda a ese de ahí —y con el dedo acusador señaló hacia el otro asiento lateral ocupado por un friki de aire ausente.

Marina tuvo un vahído, sobre todo cuando Antaviana le quitó la foto de las manos y la colocó de lejos junto al perfil del viajero, comparando.

—Se parecen un montón.

Marina, mosqueada, se la arrancó de un manotazo.

—Anda, dame, que la lías siempre.

Efectivamente, el friki se había vuelto hacia ellas y las estaba mirando. A Marina le dio un pasmo. La enana era bien capaz de entrarle a saco y mostrarle su foto, y el tipo tenía pinta de vengativo. Se le notaba a la legua una vena malvada. Parecía dispuesto a descargar su ira sobre cualquiera que se le cruzase en el camino.

El friki gruñó, se frotó los ojos enrojecidos y se levantó para ir al baño.

Daba un poco de miedo, pero Marina, ni corta ni perezosa, esperó unos segundos y se levantó tras él mientras escondía su foto en el bolsillo de su pantalón.

—Voy a mear —anunció con solemnidad a sus dos compañeras y a buena parte del pasaje.

6. C.C.

Hacía treinta y nueve horas, doce minutos y siete segundos que no se conectaba. No sabía si tenía síndrome o no, pero le temblaban las manos, tenía la visión turbia y sentía deseos de asesinar a alguien. Por ejemplo, a las tres odiosas pijas que viajaban con él hacia el mismo odioso destino y que no paraban de taladrarle los tímpanos diciendo estupideces a cual peor. Y sin noticias de Thana, de Varlik, ni de Jerjes. Por supuesto, Mirior debía de estar más muerto que Tutankamón y él era el único culpable.

C.C. era consciente de que daba miedo. Se había estado contemplando largamente en el espejo y a la fuerza tenía que llamar la atención: las ojeras le llegaban a los pies, estaba pálido, desencajado y con los ojos enrojecidos de tanto llorar a solas. Hasta diría que se le habían afilado los dientes como a los vampiros, o a lo mejor era un efecto secundario de la fallida huelga de hambre que llevó a cabo en presencia de Leonor y que sirvió sobre todo para que su hermana se pusiese las botas con su cena, su desayuno y su comida. A Leonor no le importó lo más mínimo, estaba insensibilizada y abducida por Ernesto, que era de la línea dura y que había dicho que el cuerpo humano está preparado para resistir treinta y siete días sin alimento, con lo cual, cuando regresase de su viaje, aún estaría con vida otros cuatro días y podría hasta redactar su testamento. Eso, suponiendo que no probase bocado en Irlanda, tal y como los amenazó.

Muy bien, había otras maneras de culpabilizar a sus padres. Moriría de otra forma más rápida y a poder ser poco dolorosa. Le sonaba haber oído algo acerca de la toxicidad letal de las pastillas de jabón. Era una forma bastante barata y sencilla de suicidarse. Siempre había una pastilla de jabón a mano.

Miró a su alrededor.

¿Es que nadie tenía ojos en la cara?

Lo llevaba escrito en la cara: ADOLESCENTE EN CRISIS. Sus ojos inyectados en sangre lanzaban un S.O.S. «¡Socorro ¡Ayudadme! ¡Proporcionadme un ordenador, una conexión a internet o moriré!», suplicaba en silencio. Pero nada, todos desviaban la mirada hacia otra parte. Les daba exactamente igual si se machacaba la cabeza con un martillo, siempre y cuando no les ensuciara el asiento de sesos. Todos eran una pandilla de egoístas, ciegos, sordos y mudos. ¿Y ese era el mundo que sus padres

reclamaban para él? ¡Qué asco de vida! ¿Para qué tenía que aprender inglés si jamás practicaría? ¿Alguien se dirigiría a él por el gusto de hablar?

—Hola, ¿qué tal?, ¿cómo te llamas?

No podía ser. ¿Le estaban hablando a él? No había nadie más. Estaba haciendo cola ante el minúsculo recinto del baño y tenía tras él a la pija rubia teñida del asiento del medio de la fila contigua, la más chillona y mareante de las tres. La que estaba más buena también. El tipo de tía que jamás le miraría y menos aún le hablaría. ¿Era un espejismo producto del ayuno?

—¿Yo?

—Sí, tú. Yo soy… Ángela.

C.C. se quedó atónito.

—¿Y quieres saber mi nombre?

—Sí, me hace ilusión. Como creo que vamos a estudiar juntos y eso…

Le estaba entrando a saco.

—Bueno, yo me llamo…

Dudó entre darle su nombre verdadero, su apodo, o su nombre de elfo *hunter,* pero no fue necesario. La rubia lo cortó por lo sano.

—¿Eres el de esta foto, no? —le soltó mostrándole una vieja foto en papel de su boca gritando en un *looping* del Dragon Khan que su hermana se empeñó en comprar para reírse de él.

C.C. se quedó boquiabierto. ¿Cómo había ido a parar esa horrible instantánea a manos de la rubia teñida?

—Es que me la he encontrado en el maletero.

—No puede ser.

—Bueno, a lo mejor estaba medio caída por ahí y la he recogido.

C.C. alargó estúpidamente la mano, pero la tal Ángela no le entregó la fotografía como él esperaba.

—No, no, es que…, bueno, te quería pedir si me la regalas.

C.C. se quedó con la palma de la mano tendida y paralizada.

—¿Para qué la quieres? —pudo formular con asombro.

A lo mejor tenía un álbum de frikis y le faltaba uno para acabar la colección.

—Ya sé que te parecerá una tontería, pero te tengo que proponer una cosa.

C.C. se puso a la defensiva; estaba al borde del suicidio y a lo mejor podría parecer que todo le daba igual, pero no era cierto. No cedería ante ningún tipo de humillación.

—Verás, me he confundido y le he dicho a mi amiga, la bajita, que eras mi novio. Tú no, el de la foto. Bueno, casi no se te ve, claro, y eso está bien porque así ella no te reconocerá.

C.C. entró en fase parapléjica, situación que aprovechó la tal Ángela para

largar por los codos.

—Es que le he dicho que mi novio fue a Port Aventura y, al encontrar la foto, ella se ha confundido y me ha preguntado si era él y le he dicho que sí, y claro, cuando me he dado cuenta no podía echarme atrás y quedar como una mentirosa del copón, no sé si me entiendes.

C.C. fue sincero:

—No, no lo entiendo.

Ángela-Marina también fue sincera:

—Da lo mismo. Es muy fácil. Me regalas la foto, niegas ante Antaviana que eres tú y yo no te conozco.

C.C. no estaba en situación de regatear, pero le molestó la jeta de la tipa.

—¿Y si no te la regalo?

A pesar de que siempre era tímido con las chicas, la cara dura de la pija le picó. No obstante, la rubia no se enfureció ni se puso tonta exigiendo sus privilegios. En lugar de despotricar, bajó los ojos con humildad, se mordió los labios y confesó con voz queda:

—No sé cómo, pero siempre meto la pata.

Y en ese preciso momento un rayo de luz se coló por la retina entreabierta de los ojos enrojecidos de C.C., iluminó una zona oscura de su cerebro y pulsó un resorte desconocido. Algo parecido a un sentimiento humano se apoderó de él y sintió cómo se apiadaba de aquella chica rubia teñida que de pronto no le pareció tan pija, insufrible, odiosa ni cargante como un segundo antes.

—Bueno, vale, quédatela.

Marina se puso francamente contenta y sonrió de una forma contagiosa, con lo que hasta parecía una sonrisa natural y todo.

—¿Y no quieres nada a cambio?

C.C. se lo pensó un segundo. Iba a responder que no, que faltaría más, para así cumplir con la nueva expectativa de caballero andante salvador de pijas mentirosas, pero cambió de opinión. Era un friki desesperado por culpa de su desconexión a internet.

—Sí, necesito un ordenador conectado a la red.

Ángela no se amilanó.

—Hecho.

C.C. se apartó a tiempo para no chocar con el bigotudo que salía del WC en ese momento y que lo obligó a entrar en el minúsculo recinto sin poder despedirse de la coleccionista de fotos. Aprisionado en el estrecho baño, se pilló un dedo con la puerta de acordeón. Cuando por fin consiguió cerrar, observó que el espejo no le devolvía la misma fisonomía trágica que había ensayado tan bien esa misma mañana. Hasta se diría que tenía buen aspecto y

todo. Se lavó la cara por hacer algo y pasar el rato, puesto que no tenía ganas de mear, y se le ocurrió que lo de tragar jabón para suicidarse no le apetecía en absoluto. Además, ya no tenía sentido. Había establecido contacto con un ser del género humano —aunque de otra especie— que le pondría en contacto con la red, su verdadera patria, de donde había sido brutalmente exiliado.

El encuentro con esa chica era lo más curioso que le había sucedido en los últimos cinco años de su vida, exceptuando, claro está, su vida virtual. La realmente auténtica. La única que valía la pena.

Y suspiró por Thana, a quien tal vez no volvería a ver jamás.

7. Marina

D

ublín cantaba, bebía y reía en sus tabernas, ajena a la lluvia que mojaba los adoquines de sus calles y a los problemas de Marina. El eco de sus violines sonaba lejano y amortiguado por el repiqueteo del agua contra los ventanales del aeropuerto.

Marina se entristeció mientras caminaba por los pasillos del aeropuerto siguiendo la fila de pasajeros. Tal vez nunca llegase a conocer el verde auténtico de la verde Irlanda y regresase sin haber saboreado un miserable traguito de Guinness en compañía de su soñado Patrick. A medida que se acercaba a las cabinas de la aduana donde revisaban los DNI y los pasaportes uno a uno, procurando esquivar al friki para no comprometerse más, se iba dando cuenta del lío en el que se había metido. Imposible que no la descubrieran. Si hasta una mequetrefe de coeficiente intelectual de siete años se había dado cuenta a la primera de que llevaba lentillas e iba teñida…, ¿qué no sería capaz de descubrir un aduanero irlandés que durante décadas había sido entrenado para descubrir a los antiguos terroristas del IRA?

Estaba comiéndose el tarro cuando Antaviana y Luci le señalaron sin disimulo unos metros delante de ellas.

—¡Ángela, mira!

Marina respondió lentamente al nombre de Ángela tras deducir que se dirigían a ella, levantó la cabeza y… ¡horror! La imagen no podía ser más gore.

¡¡¡El friki detenido!!!!

Un enorme pastor alemán estaba husmeando en su equipaje de mano y la policía militar, casco, porra y pistola, porte amenazador e inglés cerradísimo, se llevaba esposado al tal C.C. del Dragon Khan que acababa de mostrar su pasaporte en la ventanilla. Todo había sucedido con discreción, en silencio y a la europea.

Antaviana, morbosa, le dio a la truculencia enseguida:

—¡¡¡Se llevan detenido a tu novio!!!

Marina se defendió:

—No es mi novio. No lo conozco de nada.

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué llevas una foto suya y hacías manitas con él en el pasillo?

A Marina le hubiera gustado darse de bofetadas por su indiscreción. La pequeña perversa la había estado espiando.

—Coincidimos por casualidad.

—Ya, y por eso os habéis estado enrollando horas a la puerta del baño.

—Solo le he preguntado si hacía cola.

—¡Ja! ¡Ja, al infinito! Os he visto.

Marina comenzó a ponerse nerviosa.

—¿Y por qué se lo llevan?

Antaviana, se disparó.

—Por narcotraficante o… asesino o… falsificador.

Marina se estremeció. Ella tenía su foto, había hablado con él, había testigos. Si la hacían declarar ante la policía sobre su vinculación con ese friki, acabarían por descubrir que en realidad ELLA no era quien decía ser y la meterían en la cárcel de menores. Luci también estaba preocupada.

—¿Y qué le harán al pobre chico?

Antaviana echó sal a la herida:

—Ahora lo torturarán y lo obligaran a confesar.

—¿A confesar qué? —se estremeció Marina.

—El nombre de sus cómplices.

Marina se defendió absurdamente.

—Ya os he dicho que no lo conozco.

Antaviana le dio un empujón para que avanzase y no obstruyera la fila.

—Venga, tía, camina. ¿Estás nerviosa?

Marina estaba nerviosísima y en pocos segundos decidió que, si la pescaban, confesaría, ¡y tanto que confesaría!, y si alguien tenía que ir a la cárcel que fuesen sus padres. Ella, Marina, era una pobre menor engañada, una víctima de la maquinación de unos adultos tacaños.

Por fin le tocó el turno. Delante de ella habían pasado Antaviana y Luci sin problemas.

—*Your name, please?*

En lugar de meditar bien la respuesta a la primera pregunta formulada en inglés, respondió sin pensar:

—Ma…, no…, perdón…, Ángela.

El empleado de aduanas irlandés creía que los nombres españoles eran todos largos, enrevesados e imposibles y se dispuso a anotarlo, pero no sabía cómo se escribía eso de *Manoperdonangela.* Se hizo un lío, dudó y decidió ojear el pasaporte. Se le iluminó la cara de sopetón.

—*Angela?*

—*Angela, yes, of course!*

Menudo susto. A punto había estado de meter la pata. Pero todavía no se

había acabado el examen. Al empleado le dio por embobarse con la fotografía y lanzarle miraditas inquietantes, miraditas de esas que sonaban a «hummm, ejem, ejem, no me lo trago».

El aduanero frunció el entrecejo y pasó página. ¡Qué horror! La había mirado a los ojos. Malo, malo. Se le notaba a la legua que llevaba lentillas de color. Estaba segurísima
de que la de la izquierda se le había movido de
sitio y ahora debía de tener el ojo izquierdo bi-
color. El empleado marcó un número en el teléfono y Marina palideció. ¡Estaba llamando a la policía! Seguro que el friki había declarado en su contra.

Marina tomó aire, respiró y decidió confesar. Se acabó. Siempre era mejor adelantarse a lo inevitable. A los asesinos en serie se les tenía en cuenta lo de la inculpación y les rebajaban años de condena. A lo mejor, si confesaba, le daban hasta un bocadillo, que en el avión, muy simpáticos los asistentes de vuelo y mucho caramelito, pero nada donde hincar el diente. El empleado colgó el teléfono y le indicó con el dedo que se acercase. Le quería enseñar algo del pasaporte que no le cuadraba. Pues, claro, ¿cómo iba a cuadrar? Si era un timo.

—Quiero confesar —musitó.

El aduanero frunció las cejas y con un ademán la invitó a repetir más alto su propuesta, pero al no entenderla, avisó a su compañero, que abandonó su cabina dejando a los pasajeros a su suerte. Los policías comenzaron a discutir en inglés. Uno de ellos lanzó una retahíla incomprensible de preguntas a Marina y la cola comenzó a inquietarse. Y en ese mismo instante Marina oyó una voz grave, muy irlandesa, casi en su oído que consiguió que se le erizaran los pelillos de la nuca. Tuvo la premonición de que estaba a punto de vivir el momento más importante de su vida.

—*Angela!*

Marina se volvió lentamente y se le doblaron las piernas de la impresión. Los policías se difuminaron y cayeron en el olvido. Delante de ella y en tres dimensiones estaba Patrick, el novio de su hermana y el chico de sus sueños. Medía como dos metros e irradiaba tanta luz que deslumbraba. Si estiraba la mano podía tocarlo. Parecía de verdad, olía a lavanda y a cerveza negra. Pero no fue Marina quién extendió la mano, sino Patrick, y en el momento en que la mano del irlandés la rozó, a Marina se le nublaron los ojos. Sintió cómo las manos de Patrick la sujetaban por la cintura, la levantaban del suelo y la lanzaban al aire como si fuera una pelota de *rugby*. Y luego recibió un beso largo, intenso, húmedo, con lengua, un beso de los que cortaban la respiración y que, según las revistas y su horóscopo, sucedía una vez cada tres años.

Marina, que estaba preparada para ser esposada, torturada y repatriada, y que por naturaleza era pesimista y negativa, no había previsto que Patrick iría a buscarla al aeropuerto. Tampoco se le había pasado por la cabeza ni por un segundo que Patrick pudiera ser tan tonto como para confundirla con Ángela. Pero eso era precisamente lo que había sucedido.

Menudo lío… Y ahora cómo explicaba al novio de su hermana —delante de la policía y sus dos compañeras— que ella no era en realidad quien decía ser ni respondía al nombre de su pasaporte. Aunque no hizo falta. Patrick habló en su idioma con los aduaneros, le sonrió, la tomó de la mano y la ayudó a pasar la línea fronteriza.

Marina se dejó llevar flotando en una nube de ensueño. El mundo se había convertido en un lugar maravilloso y por segunda vez en los últimos cinco minutos tuvo la intuición de que valía la pena vivir. Sabía que tenía que romper el hechizo y confesar la verdad a Patrick, pero decidió que se merecía disfrutar un poquito de esa situación tan nueva para ella. «Hasta recoger la maleta», se dijo flojito. «En cuanto tenga la maleta le explico la verdad», murmuró para sí.

Hacía trescientos treinta y cinco días que suspiraba ante una fotografía y ahora, sin más, la encarnación de sus sueños había tomado forma, voz, aroma y boca, y la había besado. Estaba enamorada, rendidamente enamorada. La naturaleza de Marina era así, enamoradiza.

8. Marina

Marina, siguiendo a Luci y Antaviana, caminaba y miraba de reojo a Patrick, sin creérselo. Patrick, a su lado, le había pasado un brazo por el hombro y le sonreía con sonrisa inclasificable.

Marina saboreaba los segundos con la certeza de que su tiempo, como el de Cenicienta, se fundiría en negro de un momento a otro y su carroza acabaría convertida en calabaza. Efectivamente, el irlandés se detuvo ante la cinta transportadora para recoger las maletas, miró a Ángela-Marina, se rio y comentó:

—*You look different!*

A Marina se le hundió el mundo bajo los pies. Había llegado el momento de la verdad. Patrick no era tan tonto y pasado el subidón del reencuentro ya se estaba dando cuenta del engaño. Mejor adelantarse que sufrir la vergüenza de ser descubierta.

—Patrick, en realidad yo…

Pero Patrick no la dejó continuar y le ofreció un paquete.

—*That's for you.*

Marina dudó entre el paquete o la verdad y se decidió por el paquete. Al fin y al cabo, nadie le hacía regalos nunca y la verdad estaba sobrevalorada y bien podía esperar.

Desenvolvió el paquete con el corazón en vilo. Era una cajita que, al abrirla, dejó oír una musiquilla. En lenguaje vulgar, era una caja de música. Marina escuchó la canción emocionada. Era la primera vez que la oía y le sonó fugazmente a himno nacional de la selección irlandesa, pero se abstuvo de comentarios. Patrick la observó expectante.

—*Do you remember?*

Claro, esa música seguro que significaba algo para Ángela y Patrick. La escucharon juntos una tarde de… Le hubiera gustado que no fuese así, pero lo era. Marina decidió que había llegado el momento de poner fin a su corta, pero intensa historia de amor.

—Patrick, yo…

Sin embargo, el destino, en forma de friki inoportuno, interfirió de nuevo en su vida.

—¡¡¡Ángela!!!!

Era C.C., que a lo lejos del pasillo voceaba dirigiéndose a ella, la señalaba y avanzaba junto a un policía sin perro hacia ella. Horror. ¿Pretendía inculparla? No, no podía ser. O sí.

—*Do you know him?* —preguntó Patrick sin presentir la catástrofe que se avecinaba y que todos intuían excepto él.

La pequeña Antaviana, con carita inocente, respondió por Marina.

—Se llama C.C. y es su novio —y añadió con retintín—: *Her boyfriend.* Anda, enséñale la foto del Dragon Khan.

Marina se quedó atónita y perdió unos segundos preciosos en desmentir tamaña infamia.

—*Your boyfriend?* —preguntó anonadado Patrick, que entendió perfectamente a la perversa Antaviana.

—¡No, no! —gritó rápidamente Marina.

—Sí, sí —la rebatió la enana—. *Yes, yes* —añadió para dejarlo más claro.

El irlandés las miró alternativamente a ambas, pero quien resolvió el embrollo fue Luci, que, siempre tan política, ni se mojó.

—Ángela debe de ser partidaria del poliamor, déjala.

—*Poliamorrrr?* —repitió atónito Patrick sin entender un pimiento.

Marina sintió un nudo en la garganta, un apuro terrible y un bloqueo total. ¿Y ahora cómo solucionaba ese malentendido? Una cosa era que Patrick la confundiera con Ángela, y otra muy diferente que creyera que Ángela le estaba engañando. Ángela no se lo perdonaría nunca. ¿Cómo demonios se lo explicaba?

—Patrick, yo te quiero. Quiero decir que Ángela te quiere. *Angela loves you…*

—*What does poliamorrr mean?* —insistió el irlandés a su bola.

El friki se plantó ante ella resoplando.

—Por fin te encuentro.

Entonces Marina se vio obligada a hacer una declaración de principios solemne.

—A mí este no me gusta nada —dijo señalándolo con el dedo.

ESTE protestó por la alusión.

—Oye, que tú tampoco me gustas a mí, pero no voy gritándolo por ahí. No hace falta ser tan desagradable.

Y en medio del desconcierto, Marina notó que la enana le quitaba la caja de música de las manos y se la ofrecía al irlandés.

—¿Pero qué haces?

—Devolverle la cajita.

—¿Por qué?

—Porque es un regalo que te hizo antes de saber que tienes otro novio. Si te la quedas, tienes mucho morro.

Y antes de poder deshacer el horroroso entuerto, el policía que acompañaba a C.C. la tomó del brazo y le ordenó seguirlo.

—Come on!!!

—¿Qué quiere? —gimió Marina mirando a C.C.

—Tienes que venir a declarar —sentenció C.C.

Marina levantó los ojos y miró a Patrick, que se rascaba la cabeza preocupado, mientras era arrastrada contra su voluntad hacia las dependencias de comisaría. Tras ella, el odioso friki acarreaba su equipaje.

—¡Espérame! —le gritó al irlandés a la desesperada—. ¡Luego te lo explico!

Pero Patrick solo atendía a la pequeña Antaviana, que susurraba palabras venenosas en su oído.

No, no, no… ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

9. Marina

Marina se dejó conducir sin ofrecer resistencia. Habían pasado demasiadas cosas y había perdido la voluntad. Ya sabía ella que todo acabaría fatal; era su destino. La denunciarían, la meterían en la cárcel y con un poco de suerte la repatriarían. Pero eso no sería lo peor. Lo más terrible sería que Ángela jamás le perdonaría el embrollo con Patrick. Su vida estaba acabada.

Caminaron por pasillos inacabables sin cruzar palabra y acabaron en un cuartucho mal iluminado y amueblado solamente con dos sillas. Marina se dejó caer en una de ellas, absolutamente abatida, y una vez que el policía hubo salido, C.C. le cuchicheó:

—Firma donde te digan y no contestes.

Marina no estaba tan segura.

—Querrán saber cosas. Motivos de la suplantación y todo eso.

El friki la disuadió.

—Mejor no abras la boca. No te imaginas cómo se han puesto por el salchichón.

—¿Un salchichón?

—Leonor, quiero decir mi madre, me metió un salchichón en la mochila para que no pasara hambre y me han acusado de querer introducir la peste porcina en el país.

Marina se quedó a cuadros y rebobinó.

—¿Todo este lío ha sido por culpa de un salchichón?

—Últimamente en Europa son más intransigentes que los yanquis.

Marina comenzó a vislumbrar algo de luz al final del túnel.

—O sea que tú no me has denunciado ni ellos saben nada de mí.

—¿Qué quieres que sepan? Solo que vamos juntos, en el mismo grupo de estudiantes, y que me conoces.

Marina se levantó como una tromba.

—¿No estamos detenidos?

C.C. negó.

—Una vez que hayas firmado mi declaración, ya está.

Marina firmó con manos temblorosas, se despidió del policía en silencio y recorrió el resto del camino en dirección contraria deseando estrangular a su acompañante. «Patrick, Patrick, mi Patrick», suspiraba debatiéndose en un

mar de contradicciones. Quería volver a verlo ni que fuera para decirle compungida que ella no era Ángela. Aunque, pensándolo bien, a lo mejor a Patrick no le importaba que se llamara Marina y que fuera más joven que Ángela. Parecía tan feliz a su lado. Sin embargo, sabía que el destino no se lo pondría fácil.

Al reencontrarse con sus dos compañeras —con cara de aburridas y sin Patrick a la vista—, las palabras de Luci fueron como un bofetón.

—Se ha marchado, pero te ha dejado un recuerdo.

Y señaló con un gesto vago fuera del recinto. Marina ni siquiera se dignó a mirar, estaba demasiado ocupada llorando. La felicidad hecha trizas por un salchichón. Qué miserable era la existencia humana. Nada, no quedaba nada de Patrick, ni siquiera un destello rojizo entre los guías de grupos con carteles y pancartas que formaban parte de la fauna de los aeropuertos. ¿Dónde estaba?

—Patrick —lloriqueó sentándose sobre su maleta y hundiendo su cabeza entre sus manos.

No lloraba por su hermana ni por su mentira, ni por resolver el equívoco, lloraba porque quería volver a verlo, quería volver a ser abrazada, besada y contemplada por aquellos ojos apasionados que le habían confirmado que la felicidad existía.

—Nunca se sabe, a lo mejor vuelve —musitó Luci comprensiva.

Pero el irlandés sin apellido se había largado sin darle su teléfono, sin dirección, sin *e-mail* y sin Facebook. Se había evaporado bajo el chirimiri persistente de esa isla tan verde… ¿Cómo no iba a estar verde?

—¡¿Por qué no le habéis dicho que me esperara?! —gritó a sus dos supuestas amigas.

Antaviana se erigió en defensora de los novios engañados.

—Tenía que saber la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que estás enamorada de C.C. y que llevas su foto encima.

—¿Eso le has dicho? —rugió Marina, dispuesta a arrancarle los ojos.

C.C. asistía a la discusión como si no fuera con él.

—¿Pensáis estar discutiendo toda la noche? Lo digo porque los autobuses tienen un horario.

Entonces toda la furia de Marina se cebó en el friki.

—¡Por tu culpa! ¡Todo ha sido por tu culpa!

—¿Y yo qué te he hecho?

—¿Por qué no te comiste el salchichón y reventabas?

Y se echó a llorar desconsoladamente.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué había tenido que conocer a Patrick en

persona para luego perderlo? ¿Por qué no admitía que estaba enamorada de él y que lo había estado siempre? ¿Y qué haría ahora? ¿Cómo lo localizaría? ¿Cómo aclararía el malentendido? ¿Qué le diría a Ángela? ¿Cómo se libraría del plasta del friki?

Al salir del aeropuerto, arrastrando sus maletas y su pena, Luci, discreta y conciliadora como siempre, se acercó a ella y le ofreció una correa.

—Ten, esto es para ti —le susurró.

La correa estaba atada a una farola y en el otro extremo había un perrito faldero blanco superpijo disfrazado con una ridícula falda, el tipo de perro que Marina esquivaba.

—Ha dicho que la perrita se llama Quinny. Que tú ya sabes, y que te ha dejado un papel dentro del sobre.

Marina no sabía de qué iba y se quedó con cara de idiota, con un sobre en una mano y la perra en la otra, sin Patrick. La perra, con gesto ofendido, se volvió al verla.

Abrió el sobre para leer el papel a ver si la ayudaba a entender mejor lo que acababa de suceder. Sacó el papelito escrito con mucho cuidado, leyó y entendió*: «Quinny's Activities».* ¿Actividades de Quinny? ¿Qué significaba?

Quinny, al ver que Marina tomaba su correa, comenzó a ladrar indignada.

—No le gustas —metió baza Antaviana.

—Es una perrita muy linda —dulcificó Luci—, pero parece enfadada.

—En el autobús no nos dejarán subir con un perro —opinó C.C. en plan práctico—. Lo mejor será que te deshagas de ella.

—¡Jamás! —soltó Marina en un arrebato que quedó muy auténtico—. Es lo único que
me queda de Patrick.

Era cierto, aunque Quinny parecía no estar de acuerdo, puesto que continuó protestando y negándose a obedecerla. Naturalmente no los dejaron subir al autobús.

O sea, se había quedado sin novio propio, sin novio de su hermana, sin besos, sin abrazos, sin amor…, pero eso sí, con un chucho caprichoso y maleducado.

Y entonces recordó la ley de Maahs, terrible, mucho peor que la de Murphy: *«Las cosas salen bien para después poder ir mal».*

SEGUNDA PARTE

10. Marina

Dublín olía a maíz tostado, a lluvia y a cerveza negra. Los porches de sus casas de ladrillo rojo olían a niños, a leche agria y a huevos fritos. Y la casa de Mrs Higgins olía a perro, a beicon y a *pizza* cuatro estaciones.

A Marina le daba igual. Aún flotaba dentro de la nube roja de su primer beso de amor y los olores que le daban la bienvenida en ese nuevo país eran burdos y primarios comparados con su reciente experiencia. No conseguía olvidar el aroma de lavanda y cerveza del irlandés, su sueño convertido en carne y hueso, y tampoco lograba olvidar su disgusto por haberlo perdido. Aunque Quinny, con sus ladridos impertinentes, se encargaba de recordárselo.

Llegaron exhaustos, arrastrando las maletas y maldiciendo a la perra. Los cuatro estudiaban en la misma academia, viajaban con la misma agencia y estaban alojados en el mismo barrio: ella y Antaviana, en la misma calle, y C.C. y Luci, dos calles más allá, pero Marina tenía la sospecha de que la patrona más impresentable era la suya.

La personalidad de Mrs Higgins la horrorizó al instante. Era una irlandesa bajo el peso de sus casi cien kilos, sus casi cien años y rodeada de sus fieles sicilianos, dos huéspedes que la adoraban, y tres caniches impertinentes que, al ver a Quinny, se echaron como locos sobre ella. Y en ese momento recordó las palabras de Ángela: «*dogs*, perros, perritos». ¡Era eso! Ángela había intentado avisarla de la presencia de perros en casa de Mrs Higgins.

Ese fue el primer pequeño conflicto. Marina tuvo que defender a Quinny, que continuaba sin mirarla a la cara, arropándola entre sus brazos y haciéndose cargo de la situación. Los caniches no aceptaban a la intrusa, pero era bueno que Mrs Higgins tuviera perros y no se mostrase sorprendida al verla aparecer con una perrita pija.

Efectivamente, Mrs Higgins ignoró por completo a Quinny y ni siquiera le echó una ojeada, cosa que inexplicablemente dolió a Marina. Mrs Higgins no hablaba, gruñía, y no se levantaba de su sill a porque estaba especialmente blindada para su peso y su mal humor. Los huéspedes, Salvatore y Giuseppe, eran raros y demasiado viejos para ser estudiantes. No sabía qué pintaban en casa de Mrs Higgins, pero se tomaban muchas familiaridades con su patrona. Salvatore tenía los dientes inquietantemente negros y Giuseppe llevaba un *piercing* en la oreja izquierda y lucía un Rolex de oro en la muñeca derecha.

Le cayeron mal, muy mal. Y ella, a ellos.

Mrs Higgins, desde su trono del salón, rodeada por los caniches y acompañada de los italianos, le explicó a Marina las normas de la casa. Mientras la escuchaba, pensó que lo correcto sería mostrarse simpática con los perros y hacerles alguna monería; sin embargo, al acercarse, los caniches le enseñaron los dientes y ladraron rabiosos.

Tras una larga y complicada perorata a la irlandesa, dedujo que Ángela había mentido a Mrs Higgins vendiéndole que le encantaban los perros y que se haría cargo de ellos. ¿Lo habría entendido bien? Eso era una mentira gordísima. Ángela era perfecta, pero los animales no le interesaban en absoluto. Marina sí que era una niña normal que en su momento, como todas las niñas normales, quiso tener un perro. Y precisamente fue Ángela quien frunció la nariz y convenció a sus padres de que los perros eran sucios y ruidosos. ¡Vaya, vaya! ¡Había pillado a Ángela en una mentira!

Por si acaso tomó nota mental de que, para Ángela, mentir era un camino posible para caer bien. Eso le facilitaba bastante las cosas. *Thanks,* Ángela. Intentaría caer bien a la irlandesa. Y Marina, inspirada por Ángela, engordó un poquitín más la mentira añadiendo que los perros le entusiasmaban.

A Mrs Higgins se le iluminó la mirada e hizo un gesto a Giuseppe, que le entregó una carpetita misteriosa. Marina la abrió para descubrir horrorizada que se trataba de la lista de tareas, horarios y medicinas de los tres caniches. Tenían la agenda más apretada que la de Miley Cyrus.

—*Wonderful!* —repetía la irlandesa, encantada.

Marina se tendría que ocupar de los perritos de Mrs Higgins como si se tratara de los hijos de Angelina Jolie. Menudo lío. La embaucadora de Ángela se había ofrecido como cuidadora de perros y Marina, sin saberlo, tendría que comerse el marrón, o sea, sacarlos a pasear, lavarlos diariamente, secarles el pelo, desenredarlo, prepararles la comida, cepillarles los dientes y cantarles baladas irlandesas cuando estuviesen estresados. Tras leer la lista interminable, Marina se quedó sin respiración. Trató de deshacer el malentendido cuanto antes, pero ya era tarde. En fin, se dijo, ¿era Ángela o no era Ángela? ¿No llevaba toda su vida suspirando por ser Ángela? Pues si era Ángela, a tragar.

Marina, en su papel de Ángela, puso su mejor sonrisa y agradeció a Mrs Higgins que le diera la oportunidad de cuidar de sus adorables perros. Quinny protestó y Marina se vio obligada a decirle al oído que era mentira, que los perros de Mrs Higgins no le llegaban a la altura de sus patas. De hecho, pareció entenderlo y se quedó inmóvil a los pies de Marina.

Tras una cena birriosa, en la que se autosirvió un sándwich reblandecido, regado con agua del grifo, y un pedazo de tarta reseca de postre, se ofreció a

recoger la mesa y a fregar los platos. Nadie le dijo: «no, por favor, no hace falta». Al revés, los otros tres comensales estuvieron de acuerdo enseguida en que era una idea excelente y ni tan siquiera se lo agradecieron. Al tercer viaje de la sucia cocina al diminuto *dining room* trasteando platos y vasos, ya se había arrepentido de su ofrecimiento. Mrs Higgins reía con sus huéspedes, estos ponían los pies encima de la mesa, y ella, como una tonta, se había convertido en la nueva Cenicienta de la casa.

Solamente eran las seis de la tarde y, ya que nadie le hacía caso, echó una ojeada a la lista de tareas de los perros para ver si podía por lo menos entretenerse y matar el tiempo hasta la hora de dormir. Revisó todas las actividades. Podía pasar el rato haciéndoles la manicura o blanqueándoles los dientes con bicarbonato… Como no le pareció muy apetecible, decidió adelantar la hora de deporte, que tocaba a la mañana siguiente, así que fue a por un palo creyendo que tal vez habría alguno en el sótano, pero en cuanto empezó a bajar las escaleras, sintió un zarpazo en su brazo derecho y una voz amenazadora que susurraba:

—Ni se te ocurra bajar.

Era Giuseppe, que la tenía sujeta por el brazo y la miraba con franca antipatía.

—Solo quería un palo, para jugar con los perros.

Giuseppe le retorció el brazo con saña.

—Las niñas malas que meten las narices donde no tienen que meterlas se llevan sustos.

Marina se acobardó. ¿Por qué le decía eso? Había fregado los platos, había sido simpática, había tragado con la historia de los perros… Estaba visto que no se podía ser buena persona.

—El sótano está prohibido. ¿De acuerdo? —gruñó Giuseppe.

—De acuerdo —susurró Marina con vocecita de niña buena y subiendo los escalones sin mirar atrás.

El italiano la soltó y Marina se frotó el brazo. Menudo bruto. ¡Pues sí que tenía una forma amable de explicar las cosas!

—¿Y al jardín puedo salir? —preguntó por si acaso volvía a meter la gamba.

Giuseppe llamó a los caniches, abrió la puerta del jardín él mismo y los empujó fuera a los tres sin miramientos. Marina regresó a por Quinny, pero no hizo falta; el italiano la lanzó al jardín de una patada. Los perros ladraron enfadadísimos.

—Como se lesionen, las pagarás —amenazó.

Marina, molesta por la mala educación del italiano y rodeada por los cuatro perros ruidosos, encontró un palo algo raquítico e inició el juego.

Lanzó el palo y los animó a ir por él: «¡Busca!». Los tres caniches y Quinny la miraron como si fuese una alienígena. Marina hubiera jurado que hasta levantaron una ceja con incredulidad. Pensó que tal vez era un tema idiomático. Probó otra vez en inglés: *«Search!»* (esa palabra se la sabía bien por Google). Nada. Los perros seguían impasibles y Marina se sintió idiota. Los italianos la trataban fatal y los perros, peor aún. En verdad no tenía ni idea de cómo adiestrar perros en inglés, en español, ni en ningún idioma, pero no se rindió. Entró y rebuscó entre las pertenencias de los perros por si tenían algún juguete, pero solo encontró cosméticos. Finalmente decidió usar una naranja a modo de pelota; ningún perro se resiste a una pelota.

«Search!»

Los perros ni siquiera miraron la naranja, la miraron a ella y Marina notó que la estaban juzgando. Uno de los caniches bostezó para dejar aún más patente su falta de interés. Quinny se echó en el suelo con indolencia de princesa asqueada.

Marina, desconcertada, intentó acariciarles la barriga para ver si conseguía que hicieran la croqueta o algo típico de perro, pero lo único que consiguió fue un mordisco traicionero.

Finalmente, los caniches, marginando a Quinny, entraron de nuevo en la casa y se fueron al salón. Se subieron al sofá y se pusieron a ver la tele con Mrs Higgins y los italianos.

Marina se rindió y siguió resignada a los caniches, arrastrando a Quinny, dispuesta a ver la tele en compañía. Intentó sumarse a la familia sentada en una silla, pero percibió claramente las malas vibraciones de los italianos y un par de miradas asesinas. Sobraba.

Se dio por vencida y dijo un *good night* flojito que no obtuvo respuesta. Todos reían de un chiste malo que acababa de contar un italiano y que no hacía ni gota de gracia. Tomó a Quinny en brazos, se encerró en su *bedroom,* se sentó sobre su cama y se deprimió.

11. Marina

La habitación era pequeña y asfixiante. Estaba decorada con muy mal gusto: las cortinas rabiosamente estampadas igual que la colcha, algo raída; los suelos enmoquetados de un color parduzco; las paredes empapeladas con grabados de florecillas que olían a mantequilla rancia, y el armario encajado en un lugar tan estrecho que, para poder abrirlo, tenía que poner sobre la cama la única silla de la habitación.

Le entraron ganas de salir huyendo. Lo suyo era mala suerte. ¿Por qué en lugar de una simpática familia con niños le había tenido que tocar a última hora una viuda con sobrepeso, perros y unos huéspedes viejos en una lúgubre morada? ¿Por qué?, ¿por qué?, se repitió una y mil veces. Hasta que cayó en la cuenta de que ella no era ella, sino Ángela. Y ella, o sea Ángela, estaba en la habitación de Ángela, en la familia de Ángela, con los amigos de Ángela… y la había besado el novio de Ángela. ¿Y qué haría Ángela en sus mismas circunstancias? ¿Se conformaría? ¿Se rebelaría?

Recordó la escena que se sucedía, año tras año, la noche del viaje de Ángela a Dublín. Ella cenaba aburrida con sus padres aburridos, en su aburrida casa, cuando sonaba el teléfono. Los ojos aburridos de su madre al responder se iluminaban con un destello que significaba «ya era hora de que alguien interesante diga algo que valga la pena» y sonreía al escuchar a su primogénita. Y tras colgar, retransmitía el mensaje de Ángela con orgullo: «Ángela está estupendamente, le ha tocado una familia simpatiquísima, una casa preciosa y unos compañeros maravillosos».

¿Ángela les mentía por costumbre?

Quizás, con un poco de imaginación, Marina podría cambiar su decepcionante realidad por una familia inventada de catálogo. ¿Era eso lo que hacía Ángela? ¿Ser alguien afortunado en la vida dependía de su capacidad para decorar los recuerdos cutres y falsearlos? ¿Acaso Ángela sería capaz de convertir a la desagradable Mrs Higgins en una entrañable irlandesa, a sus desapacibles huéspedes en unos italianos divertidos y a sus horrorosos caniches en unos perritos simpáticos?

Tal vez podría llamar a casa y hablar con ella. De alguna forma tenía que conseguir el número de Patrick y arreglar el embrollo. Y tenía que hacerlo sin contarle a Ángela que lo primero que había hecho al llegar a Dublín había

sido pifiarla y no confesar a Patrick que ella no era Ángela. Sacó el teléfono para llamar a casa.

Justo en ese instante un ruido sordo golpeó el vidrio de la ventana. Luego llegó otro ruido, y otro. Alguien estaba lanzando piedras contra el cristal. ¿Quién podía ser? Sin duda alguien insistente y cabezota. Marina se asomó de reojo procurando no ser vista.

¡Era él! ¡El friki!

Marina abrió la ventana de par en par y se encaró con el intruso.

—¿Qué quieres?

C.C. sonrió al verla.

—¿Vienes a dar un paseo?

—Tenemos prohibido salir después de las ocho. Imposible.

—Puedes salir por la ventana, yo lo he hecho.

Marina fingió escandalizarse, pero le pareció una buena idea. Desde su quinto piso sí que hubiera sido una temeridad, pero en Dublín se alojaba a pie de calle.

—¿Estás loco? —disimuló.

—Estoy harto de la familia que me ha tocado.

Marina se alegró. Se lo merecía por haber interferido con el amor de su vida.

—¡Pues te fastidias!

—Oye, no nos peleemos, solo quería que me acompañases por ahí.

—¿Dónde? ¿No ves que está todo oscuro y no hay nadie por la calle?

—Me han dicho que no muy lejos hay un cibercafé.

Era eso. El friki quería conectarse, chutarse internet en las venas. No podía resistir más el mono.

—Vete tú.

—Es que…, es que no tengo ni un euro.

—Ya.

—¿Y tú?

Marina mintió para deshacerse de él.

—Solo tengo un euro.

El friki dudó avergonzado.

—¿Me lo prestas?

Marina sonrió. Había ganado la partida.

—Si me prometes que desapareces ya.

—Lo prometo.

Lanzó su moneda hacia la negra noche. El sonido del euro tintineó sobre el cemento y su eco se fue amortiguando en la oscuridad. Marina cerró la ventana. La última imagen que retuvo su retina fue la del friki agachado

buscando ansioso su tesoro.

Marina marcó nerviosa el número de su casa y esperó inútilmente. Mierda, no daba señal, no tenía cobertura. Eso era como un secuestro. Movió el móvil histérica por toda la habitación haciendo de antena con el otro brazo, pero no consiguió más que media rayita de miserable cobertura sacando el brazo por la ventana.

Miró fuera. Probablemente en la calle encontraría cobertura, así que ni corta ni perezosa se despidió de Quinny, que dormitaba sobre la moqueta, con un«espérame, que enseguida vuelvo» y se deslizó ágilmente por la ventana.

12. C.C.

¿Dónde estaba el maldito euro?, se preguntaba C.C. tanteando a ciegas el suelo. Tenía el mismo color parduzco y triste que el asfalto, y precisamente porque se confundía con el asfalto le había quedado la mano asquerosamente sucia de tanto arrastrarla y encontrar todo tipo de cosas excepto el euro que le había lanzado la pija por la ventana. Nunca antes le habían lanzado una moneda desde una ventana. Era muy humillante y bastante desagradable, sobre todo si sucedía de noche y la moneda se perdía. A saber si habría caído en la única alcantarilla que había ante la hilera de casas de ladrillos rojizos alineadas una junto a otra, idénticas, repetidas, con los mismos chorretones de lluvia y las mismas manchas de humedad, los mismos calzoncillos tendidos en sus jardines igualitos y las mismas cortinas floreadas tras los ventanales sin contraventanas.

C.C. se sentía ofendido, pero dependía enteramente de la pija. Las otras dos supuestas amigas eran muchísimo peores. Lo intuía. La pequeña, llamada Antaviana, era perversa, y la sabionda llamada Luci era empalagosa. Prefería la brusquedad de la tal Ángela, que como mínimo era clara y enseguida había pactado un trato, aunque fuese un trato tan raro como ella.

Sin embargo, admitía que tenía algo que lo fascinaba. Era una pija mutante, similar a un calidoscopio o a la cola de un pavo real. Dependiendo del momento, el lugar y la luz, Ángela parecía diferente. Hubiera dicho que los ojos le cambiaban de tonalidad, el pecho, de forma y tamaño, que a veces parecía más alta y otras, más baja, y que no se sabía a ciencia cierta si su pelo era rubio, moreno o a mechas. Extrañísimo. Como su carácter, su actitud y sus gestos. Absolutamente fluctuante.

¿Las chicas reales eran así de raras? Qué vértigo. Por eso prefería a Thana, que era siempre igual a sí misma. Su túnica azul se plegaba siempre en los mismos pliegues, sus curvas eran exactas, sus colores matemáticamente prefijados. Thana era sencillamente perfecta y previsible. Y en ese mismo instante sintió una punzada terrible que le desgarró el pulmón izquierdo. ¿O era el corazón tal vez? Añoraba desesperadamente su bosque, a sus amigos, sus correrías y a su compañera Thana. Estaba solo, sin dinero y desasistido en un país extranjero. Y su nueva familia era mucha familia para sacar una

conclusión rápida. Le había tocado una familia numerosa. No contó cuántos hijos tenían. Todos eran ruidosos, mocosos y pecosos. Todos tenían el mismo aspecto de *hooligans* enfebrecidos y, en cuanto lo vieron, se le echaron encima gritando. Fue una primera impresión espeluznante. Luego llegaron las otras, que fueron mucho peores.

Le adjudicaron una litera en una habitación atestada de niños de todas las edades con las paredes forradas de pósteres de futbolistas salvajes y el suelo cubierto de centenares de zapatillas de deporte sudadas y apestosas. Tuvo que compartir ducha con un par de gemelos insolentes que se asombraron de que no tuviera pecas en ninguna parte de su cuerpo. Tuvo que pelear en la mesa para ensartar una chuleta grasienta con el tenedor, pero alguien se la robó vilmente camino del plato y no pudo encontrar al culpable ni, naturalmente, la chuleta. Se enzarzó en una lucha sin cuartel para poder sentarse en un palmo de sofá y gritó, como hacían todos, intentando alcanzar el mando a distancia y cambiar el canal. Hasta que se cansó. No entendía un rábano del programa de la tele y además estaba encogido, hambriento e incómodo.

En el mismo instante en que se levantó, el lugar que ocupaba su cuerpo desapareció mágicamente y fue ocupado por otros dos cuerpos que se expandieron en el sofá. Nadie se inmutó por su ausencia. Así pues, fue a la habitación de las literas, salió por la ventana, y se plantó en la calle con los bolsillos y el estómago vacíos y sin esperanzas de conseguir unos minutos de felicidad por internet.

Sus padres se habían asegurado muy bien de que la familia a la que iba a parar ignorase las nuevas tecnologías. *Computer?, Wifi?,* preguntó nada más poner los pies en su nueva morada. Pero, aparte de que se rieron de su acento y de su cara, lo único que sacó en limpio fue que su filosofía era más bien antitecnológica, por lo que desaprobaban todo lo que tuviera relación con la red, y que había un café internet no muy lejos. *Money?,* soltó después. Lo dijo para probar, pero nada. Las órdenes eran estrictas. Tenía prohibido disponer de dinero. Solo tenía cubierto el alojamiento, más comidas o transportes, y otras compras únicamente en compañía de la señora de la casa.

Qué miserables eran Leonor y Ernesto. Toda la vida dándoselas de diferentes y enrollados, para acabar convertidos en unos vulgarísimos padres represores. «¿Sabíais que por vuestra culpa en todo un mes me he puesto morado de partidos de fútbol y de *reality shows?*», les reprocharía al regresar. Pero la venganza futura no le consoló. Su problema era inmediato y no podía esperar un mes; debía solucionarlo sin dilaciones.

Se estaba planteando atracar a algún paseante nocturno de perros cuando el chasquido de la ventana de la pija le hizo levantar la cabeza a tiempo de verla saltar a la calle, limpiamente, y desaparecer doblando la esquina. ¡Qué morro!

Ángela le había dicho que se iba a dormir y lo que quería era darle esquinazo. Pues no se libraría fácilmente de él.

La siguió hacia el parque procurando no ser visto. La pija movía los brazos como un molinillo mirando la pantalla del móvil. Parecía que estuviera practicando una coreografía de la Wii. Al rato dedujo que estaba buscando cobertura, probablemente para llamar a su amado Patrick y dejarle claro que no tenía nada que ver con el pringado de C.C.

C.C. sintió un pinchacito leve en la autoestima. De acuerdo que el gigante irlandés medía casi dos metros, tenía unos tríceps de jugador del torneo de las Seis Naciones, y que seguramente era divertido y a lo mejor era de los que, por pura potra, sabía besar y decir cosas románticas de esas que volvían locas a las chicas. Y quizás hasta sabía bailar. Pero no había para tanto. El tal Patrick —como todos los extrovertidos conquistadores— probablemente fuera un fantasma y un completo fraude. Le caía fatal.

13. Marina

M

arina empezó a desesperarse. No había forma de encontrar más que una miserable e insultante rayita de cobertura, ya tenía un brazo levantado hacia arriba y el otro perpendicular para crear algún tipo de campo energético. Probó a hacerlo más difícil todavía y levantar una pierna. ¡¡Eureka!! ¡¡¡Daba señal!!!

—¿Diga?

—Hola, soy Marina —murmuró flojito para que nadie se enterase.

—¿Marina? —se extrañó su madre.

Horror, sus padres ya se habían olvidado de su nombre.

—Sí, tu hija. ¿Te acuerdas?

—¿Por qué llamas a estas horas?

—Para deciros que ya he llegado.

—Ya me lo suponía.

—Y que estoy bien.

—No hacía falta.

Marina se sintió molesta.

—Podía haber tenido un accidente.

—De eso nos habríamos enterado, seguro.

Le dio tanta rabia que se sintió en la obligación de preocuparlos.

—Me ha tocado una casa con dos hombres extranjeros.

—¿En tu habitación? —preguntó su madre inmediatamente.

—No —reconoció, aunque enseguida añadió para darle morbo a la información—: Son dos huéspedes italianos.

—Bueno, natural. Si son extranjeros, tendrán que ser de algún país.

La indiferencia de su madre era ofensiva.

—Es que no es normal, no son estudiantes jóvenes, sino dos tipos raros que viven en casa de una vieja gruñona que me mata de hambre.

Ahí dio en el clavo. Su madre gritó:

—¿¡Te mata de hambre!?

Eso la sacaba de quicio, como a todas las madres del mundo, sobre todo porque había pagado un pastón por la manutención.

—Solo he cenado un sándwich frío —dejó caer Marina como munición de primera.

La voz de su madre sonó francamente alarmada:

—¿No había nada caliente para la cena?

—No —enfatizó con delectación.

—¿Ni una tortilla? ¿Ni una salchicha de Frankfurt? ¿Ni una patata frita?

Marina se frotó las manos.

—El sándwich y va que chuta.

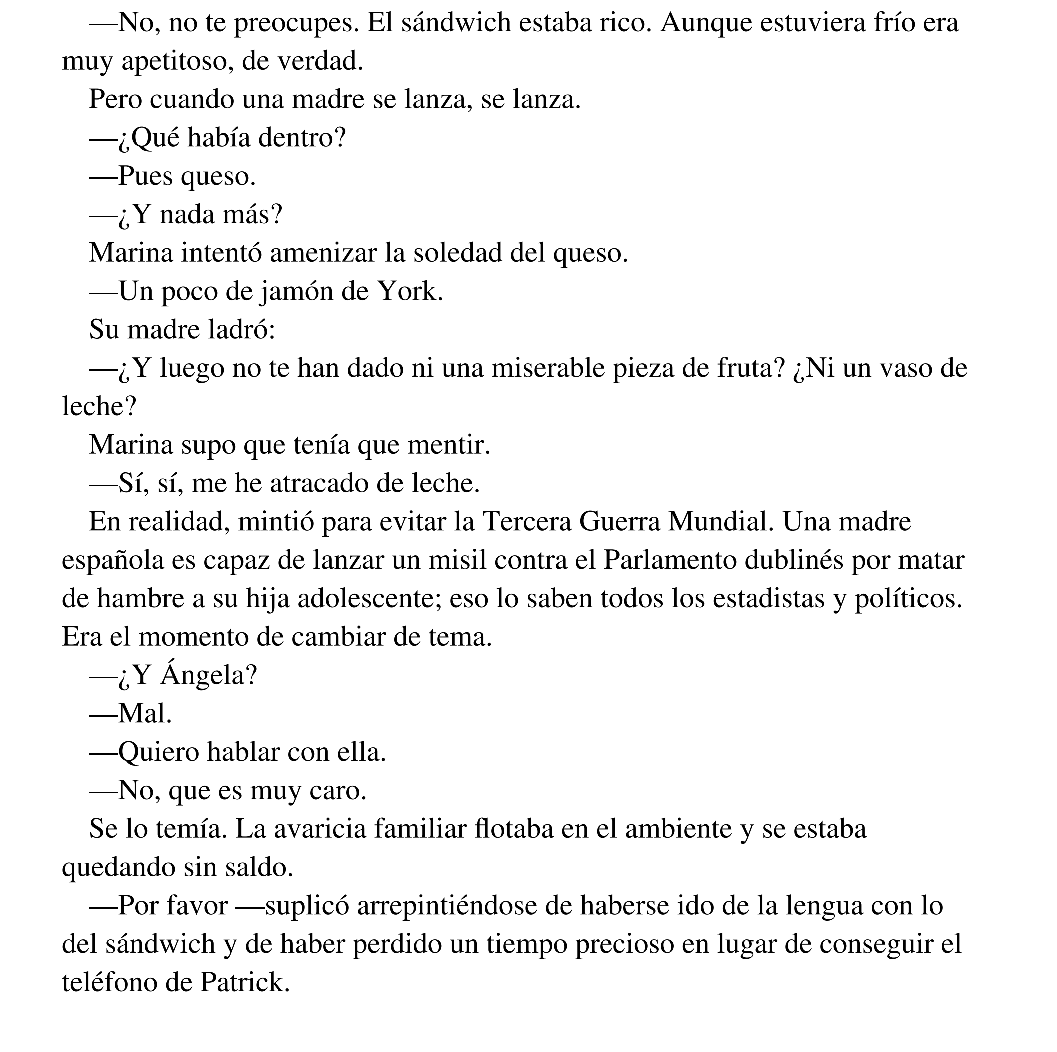
Su madre calló; debía de estar calculando a cuántos kilómetros caía Dublín para lanzar un misil.

—Eso no puede ser.

—Pues es.

—Hablaré con tu padre.

¡Oh, no! Eso sí que no. Las cosas podrían complicarse y luego no sería capaz de resolverlas. No tendría que haber llegado tan lejos. Intentó aplacar los ánimos.



—No, no te preocupes. El sándwich estaba rico. Aunque estuviera frío era muy apetitoso, de verdad.

Pero cuando una madre se lanza, se lanza.

—¿Qué había dentro?

—Pues queso.

—¿Y nada más?

Marina intentó amenizar la soledad del queso.

—Un poco de jamón de York.

Su madre ladró:

—¿Y luego no te han dado ni una miserable pieza de fruta? ¿Ni un vaso de leche?

Marina supo que tenía que mentir.

—Sí, sí, me he atracado de leche.

En realidad, mintió para evitar la Tercera Guerra Mundial. Una madre española es capaz de lanzar un misil contra el Parlamento dublinés por matar de hambre a su hija adolescente; eso lo saben todos los estadistas y políticos. Era el momento de cambiar de tema.

—¿Y Ángela?

—Mal.

—Quiero hablar con ella.

—No, que es muy caro.

Se lo temía. La avaricia familiar flotaba en el ambiente y se estaba quedando sin saldo.

—Por favor —suplicó arrepintiéndose de haberse ido de la lengua con lo del sándwich y de haber perdido un tiempo precioso en lugar de conseguir el teléfono de Patrick.

—Está descansando. Cariño, ¿podríamos hablar en otro momento? Es que justo nos pillas viendo un capítulo de *Juego de tronos* y me huelo que hoy se cargan a un Stark. No me lo quiero perder.

Marina tenía ganas de llorar.

14. C.C



ngela obviamente hablaba con sus padres y le pareció deducir que pasaban de ella.

Le costaba entender cómo podía sentar eso. Leonor y Ernesto eran unos plastas y no se había planteado que alguien pudiera tener el problema opuesto. Sintió una extraña sensación de culpa por tener unos padres tan entregados y no valorarlo… ¿Tal vez la pija y él podrían cambiar de familia como en las pelis? Eso molaría, fijo.

Reconoció que se había quedado enganchado a la conversación que Ángela mantenía con sus padres pasotas. Tal vez la realidad fuera mucho más interesante de lo que nunca había imaginado. Tal vez se había perdido algo realmente bueno. Tal vez sus padres tuvieran un poco de razón y valía la pena poner los pies en la tierra firme.

De pronto, sintió un cosquilleo caliente y húmedo en la pernera del pantalón. Levantó los ojos y quedó aterrado por la presencia de unas pupilas dilatadas frente a las suyas, muy cerca. Un enorme hocico se abrió bajo unos ojos irisados, mostrando una amenazadora hilera de dientes, y un gruñido feroz surgió de la garganta de la bestia. C.C. pegó un salto desde su escondite, se puso en pie y gritó. El perro ladró. El dueño del perro le insultó en inglés. C.C., apurado, salió pitando del parterre y chocó con una asombrada Ángela, que había visto interrumpida su conversación con su madre y que no se explicaba qué demonios hacía el friki metido entre los matorrales y peleando con un perro.

Los dos cayeron al suelo a causa del impacto, se frotaron la cabeza, se pusieron en pie con dificultad y se vieron obligados a hablar. Ángela, para no perder la costumbre, se metió con él.

—¿Qué haces aquí?

—Paseando, ¿y tú?

Pero Ángela no respondió, sino que, como hacían las chicas, contraatacó con otra pregunta:

—¿Y esa mancha?

C.C. recordó la humedad caliente.

—Creo que el perro…

—¡¡Puaag!! Se te ha meado en el pantalón.

—Vaya, qué lista.
—Tío, me muero de asco.
—Pues no me pienso cortar la pierna.
—Métela en el lago.
—Métela tú.
C.C. odiaba el agua y sentía un miedo atroz a meterse en lugares que no fuesen piscinas con mosaicos de colores.
Ángela se plantó.
—Yo me largo.
Con Ángela se largaba su euro y su posibilidad de conexión con la felicidad. Así pues, transigió.
—Espera, espera.
Y C.C. tuvo que hacer acopio de valor para remojar la pierna —visto no visto— y sacarla cubierta de un lodo oscuro y sospechoso.
—¿Lo ves?
—Sí, lo veo, está más mojada que antes.
—Y más sucia.
—No, perdona, ahora está manchada de barro, antes estaba meada.
De pronto Ángela, muy acorde con su estilo insolente, le hizo una pregunta insolente.
—¿Y qué hacías ahí escondido? Porque lo de pasear no me lo trago.
—Yo buscaba mi euro. Ahora dime tú qué hacías.
—¡Ja, un euro excursionista! Se ha venido solo desde mi casa hasta el parque. ¡Claro!
C.C. se mosqueó. Lo que más le molestaba de las chicas era que no fueran directas ni claras, que se perdieran en vericuetos y que se salieran con la suya.
—Vale, tú ganas. Lo perdí y, cuando te vi salir de casa, te seguí porque me intrigaste.
—Te lo has gastado, confiesa, te lo has gastado y ahora me buscabas para que te diera más dinero.
C.C. dudó. ¿Por qué no podía creerse que simplemente no llegó a encontrar la moneda? No. Era demasiado sencillo. Tenía que complicar lo fácil.
—Como tú quieras.
Ángela se desconcertó hasta que computó que le daba la razón.
—Claro, eres un jeta. Ahora me sigues para que te vuelva a invitar a conectarte.
C.C. asintió. Era una buena táctica.
—Eso mismo.
Ángela miró a su alrededor. Estaban solos. Nadie más salía a esas horas excepto los paseadores de perros. C.C. detectó un leve temblor de manos.

—Venga, toma.

C.C. no se lo podía creer.

—¿Cómo?

Ángela le ofrecía las llaves del paraíso.

—Toma, te doy otro euro para que te conectes y me dejes en paz. Yo me vuelvo a casa.

Quiso abrazarla y celebrar la noticia, pero se reprimió. La alegría, sin embargo, se le escapaba por todos los poros de la piel. No podía disimularla.

Ángela echó a andar y C.C. descubrió que no tenía ni el más mínimo sentido de orientación.

—¿No ibas a tu casa?

—Sí.

—Pues vas en dirección contraria.

—¿Y para dónde cae?

—A tu derecha.

Ángela no respondió. C.C. creyó que lo despreciaba por simple, pero no.

—Yo no distingo bien entre la derecha y la izquierda —confesó.

C.C. se quedó patidifuso. ¿Era posible que existiese gente incapaz de distinguir entre la izquierda y la derecha?

—Antes siempre llevaba un anillo en la mano izquierda y así sabía cuál era la izquierda, pero hace dos años se me hinchó el dedo y me lo serraron.

—¿El dedo?

—No, burro, el anillo.

—Ah.

—Y ahora ya no sé cuál es la izquierda.

C.C. tardó unos segundos en digerir tamaña tontería.

—¿Y si piensas con qué mano usas la cuchara?

—Depende de dónde esté más cerca.

—Te estoy diciendo que con qué mano te la llevas a la boca.

—Y yo te estoy contestando que depende de qué mano me caiga más cerca de la boca. Me da exactamente igual.

—¿Eres…, eres ambidiestra?

—Eso.

—¿Y cómo aplaudes?

—No me he fijado nunca.

—¡Desenfunda! —gritó sacando su mano en forma de revólver de su bolsillo.

Ante su sorpresa, Ángela desenfundó con las dos a la vez.

—Jo, va en serio.

—Pues claro.

—Hazte tenista.

—Lo probé de niña, le partí una ceja a mi mejor amiga y dejó de ser mi mejor amiga.

C.C. calló abrumado y reconoció que estaba siendo la conversación más larga que había mantenido con un congénere no virtual en los últimos tres años. No estaba mal. Hasta se había sentido interesado por el tema. No es que ser ambidiestro fuera apasionante, pero sí algo peculiar. Se sintió rebosante de generosidad.

—Te puedo enseñar a manejar la espada, la daga o la catana.

Ángela lo miró con unos ojos como platos.

—Tío, me das miedo. ¿No serás de esos zumbados que se cargan a su familia cuando no les dejan ir al cine?

C.C. se creció un poquitín. Lo de dar miedo a los demás era estimulante. Nunca nadie le había dicho algo tan decididamente estimulante.

—De momento aún no me los he cargado, pero me lo pensaré.

—No me extraña que te detuvieran.

—Me detuvieron por el salchichón.

Y C.C. se dio cuenta de que se había ido animando, animando hasta marcarse faroles que le delataban. No podía explicarle que en verdad nunca había manejado una espada ni menos aún un puñal, que no tenía ni zorra idea del peso de una catana y que ignoraba el movimiento que debe seguir la mano para rebanar un cuello o inmovilizar a un enemigo. Eso sí, sabía mover con destreza el ratón. Era un luchador nivel 20 virtual. Lástima que Ángela no estuviese dentro de una pantalla. Luciría mejor y hasta podría ser una buena compañera de *raids*. La imaginó blandiendo dos catanas, una en cada mano, y desconcertando a los enemigos con sus ojos bicolores.

Desgraciadamente era real. Como también lo eran Antaviana y Luci, que, para su sorpresa, se cruzaron en su camino y se alegraron mogollón al verlos. Su alegría fue inversamente proporcional a la suya. Necesitaba un poco de intimidad con Ángela. Había establecido un clima de confianza suficiente y ahora esas dos se inmiscuían. Le hizo muy poca gracia y le consoló comprobar que a Ángela le ocurría lo mismo.

—¿Qué hacéis aquí?

Antaviana sonrió de oreja a oreja señalándolos.

—Luego diréis que no sois novios. Os habéis escapado por la ventana y habéis ido al parque a besaros.

C.C. miró a Ángela horrorizado y descubrió el mismo horror en los ojos de ella. Ambos se lanzaron a desmentir la vil acusación de la pequeña fisgona.

—Tú flipas, tía.

Ángela, con voz francamente desagradable, lo acusó con el dedo índice.

—Este tío no es mi novio —lo dijo recalcando la palabra *tío,* como si hablara de un perfecto desconocido.

—¿Ah, no? Pues vais siempre pegaditos.

C.C. iba a cortar por lo sano, pero Ángela se le adelantó.

—No me gusta nada.

A él tampoco le gustaba oír una y otra vez que la pija relamida se avergonzaba de su amistad o llámesele como quiera. ¿Tan ofensivo resultaba que alguien considerase que eran novios? Se picó. Tampoco era un insulto. Sin embargo, Ángela sí que lo creía y por eso echó leña al fuego.

—Ni a mí me gustas tú, con esas mechas mal teñidas y esa pinta de pija, ¡no te fastidia!

C.C. notó el cuchillo de los ojos de Ángela cortándolo a cachitos. No le había hecho ni gota de gracia su comentario. A él tampoco le había hecho ninguna el suyo. Eso le pasaba por confiarse, por bajar la guardia y creerse las confesiones de una pija que fingía ser una humana imperfecta. Todo ese cuento de ser ambidiestra era una patraña. Todas sus frases humildes eran una impostura.

—¿Pues si no os gustáis por qué veníais riendo? ¿De qué os reíais?

—Y a ti qué te importa.

—Ángela y yo tenemos negocios entre manos, nada más.

Luci los cortó en el acto.

—Antaviana, para ya de meter cizaña. Está claro que no se gustan el uno al otro.

C.C. y Ángela suspiraron aliviados. Luci era ciertamente una conciliadora nata.

Y Ángela, con la insolencia de las pijas, se plantó ante las chicas.

—Y por cierto, ¿vosotras qué hacéis aquí?

Estaba visto que preguntar era una forma de conseguir poder.

—Vamos al *cyber coffee* a conectarnos, tengo que actualizar mi Facebook y mi Instagram o nadie se creerá que estoy en Irlanda —respondió Antaviana olvidando el tema de C.C.—. Me he hecho mogollón de *selfies* con fondos variados: ¿quieres verlos? Mira, tengo con el fondo verde del baño del avión, con el cartel de no fumar, en el bus rojo, que combina superbién con mi pelo, aquí con la hija de mi casera, aunque la he cortado porque es un poco fea…

Ángela cambió de conversación con la velocidad del viento.

—¿Así que vais al cibercafé? Fíjate qué casualidad, C.C. también. Podéis ir juntos. Yo lo siento, chicos, pero me retiro a casa, que quiero estar fresca para mañana. ¡¡Buenas noches!!

C.C. se quedó atónito. Lo había despachado como quien se deshace de unas zapatillas viejas. Lo había tirado al contenedor de las amigas plastas. Como para fiarse de las chicas.

15. Marina

M

arina regresó a su casa sintiéndose un poco estúpida. No entendía por qué siempre se las apañaba para quedarse sola. Creía que le apetecía librarse del plasta de C.C. y sobre todo de Luci y Antaviana, pero la alternativa era la más absoluta soledad. En vez de ir al cibercafé con los demás, su verdadera naturaleza de marginada la había empujado a aislarse.

Ángela no habría actuado así; no le costaba nada hacer amigos y siempre estaba en todos los meollos. Marina, en cambio, no se enteraba nunca de nada y acostumbraba a quedarse en casa leyendo mientras a dos calles había una fiesta alucinante, una manifestación espontánea, un concierto guay, un mercadillo alternativo
o un *flashmob* por los derechos de las lechugas. Marina se lo perdía todo y su condición de asocial innata siempre la condenaría a quedarse sola en su habitación mientras los demás socializaban con normalidad.

Llegó a la que C.C. le había dicho que era su casa y oyó unas voces en el patio trasero que le parecieron las de los italianos. La curiosidad le pudo, así que se acercó a cotillear, con cuidado, a sabiendas de que esos gastaban muy malas pulgas.

Efectivamente, eran los italianos discutiendo acaloradamente con un repartidor de *pizzas* que tenía aparcada su furgoneta junto al patio. Todo muy poco interesante si no fuera porque, de repente, el repartidor sacó un fajo de billetes gordísimo del bolsillo y se lo entregó a los italianos, que se pusieron a contar la pasta meticulosamente.

Marina flipaba. ¿Eso era el cambio? ¿Tan caras eran las *pizzas* en Irlanda?

Giuseppe y Salvatore asintieron al pizzero, se metieron dentro del sótano de la casa y al cabo de nada apareció Giuseppe acarreando una caja enorme que metió a duras penas en la furgoneta de la pizzería Mamboland.

Salvatore apareció cargando otra caja, pero pesaba demasiado para él. Al dejarla en el suelo, la caja empezó a moverse sola hasta que Salvatore le arreó una patada. Del interior salieron gruñidos.

¿Cómo? ¡¡Dentro de la caja había algo vivo!! Un ladrido. Dos… ¿Eran perros? ¿Qué hacían los italianos con perros metidos en cajas? Y de golpe Marina lo entendió. ¡¡Se estaban llevando a Quinny!! ¿O a los caniches de Mrs Higgins? Ya le había parecido que esos dos tipos no eran de fiar.

Aunque no sintiera mucha simpatía por los tres caniches, decidió que lo correcto, ya que estaban bajo su responsabilidad, era comprobarlo antes de que se fueran y avisar a Mrs Higgins cuanto antes.

Evitando hacer ruido se escabulló por la ventana, entró en su habitación y recibió un mordisco de Quinny en la pantorrilla. Se emocionó por el recibimiento y se alegró al comprobar que Quinny no estaba metida en una caja. En un momento de flaqueza, abrazó a la perrita y la besó. Quinny, inmóvil, no reaccionó a la carantoña, pero sintió su temblor. ¿Un temblor de emoción? ¿De vergüenza? ¿Tenían sentimientos los perros?, se preguntó poniéndose filosófica. Pero no tenía tiempo para disquisiciones. «Vuelvo enseguida, sé buena chica», le advirtió en un susurro cerrando la puerta con suavidad.

Subió ligera las escaleras enmoquetadas y se dirigió a la habitación de Mrs Higgins. Roncaba como una morsa. Natural, sobre su mesilla de noche estaba la caja de los somníferos. Al tercer intento de zarandearla inútilmente, recibió un mordisco traicionero en el tobillo y lanzó un grito de dolor. Cuando miró al suelo buscando a su atacante, descubrió tres pares de lucecillas rojas. Eran los tres caniches malcriados enseñándole los dientes para que se apartara de su mamá. Marina se tranquilizó. Obviando el hecho de que por la noche eran más agresivos que durante el día y de que tenían un aspecto diabólico e inquietante, los caniches estaban a salvo.

Regresó a su cuarto más calmada, pero se dio cuenta de que había algo que no cuadraba. ¿De dónde habían salido los perros que tenían los italianos en las cajas? ¿O lo había soñado? ¿Eran realmente perros o cajas de *pizzas* vacías? ¿Debería comentárselo a Mrs Higgins?

No sabía de qué iba el tema, pero su intuición le aconsejó mantenerse al margen. Los italianos no le daban buena espina. Decidió encerrarse con llave en su habitación, por si acaso, y fingir no haber visto nada.

Sintió un escalofrío y se metió rápidamente en la cama. Al poco recibió una visita peluda. ¿Quinny? Efectivamente. Amparándose en la oscuridad, Quinny le pedía compañía y un poquito de cariño. Agradeció la confianza que se tomaba su pequeña compañera y se durmió abrazada a Quinny.

Ya se sabe, vale más perro conocido…

16. Quer

Raeyn salta alegremente en el claro del bosque.

—¡Rayos y centellas, lo conseguimos! El botín es nuestro. ¡Hurra!

En lugar de un *hunter* nocturno parece un *warlock* bebido. Su comportamiento es insólito. ¿Dónde está su sigilo felino? ¿Y su prudencia? ¿Y su astucia?

—¿Quién quiere una bonita pulsera mágica? ¿Y un estupendo cinturón? Venga, acercaos sin miedo. Hay para todos.

¿Desde cuándo los cazadores regalan el botín como si fueran pescaderas?

—¡Albricias! Te queda de fábula —exclama colocando una capa dorada sobre los hombros de Jerjes.

¿Y ese extraño vocabulario? ¿Quién se atreve a hablar así?

—Ha molado *cantiduby* este *raid.*

¡Qué vergüenza!

C.C., bajo su apariencia recién estrenada de guerrero humano, siente vergüenza de su antiguo personaje. No ha tenido más remedio que inventar una nueva personalidad. Ahora su nombre es Quer y nadie le conoce. Su nuevo aspecto le permite observar sin ser visto e investigar qué ha sucedido durante su ausencia. Mirior ha desaparecido. Varlik y Thana continúan con vida, y Raeyn, convertido en un tonto de remate…, le ha sido robado.

Descubrir que Raeyn, su personaje, su otro yo, su YO MISMO, ha sido usurpado le ha supuesto un duro golpe. Averiguar que su usurpador tiene un coeficiente intelectual de un ciempiés le ha ofendido. Sin embargo, lo peor ha sido comprobar que NADIE ha detectado esa estafa. TODOS creen que Raeyn continúa siendo Raeyn. Hasta Thana, la sensata Thana, la maga humana de ojos de gata y túnica azul, le ríe todas las gracias y acepta sus regalos.

Todo encaja. Mirior ha muerto y le ha robado a Raeyn. Solo Mirior es capaz de esas bromas burdas y ese vocabulario simplón.

Susurra algo en el oído de su amigo Varlik. Quiere hablar con él a solas y confiarle su secreto, pero el enano rechaza el acercamiento. Están repartiendo el botín de su última correría y no será tan tonto de renunciar a su parte.

Mal momento ha elegido para asomar la nariz. Todos están eufóricos por su triunfo. Escucha para enterarse de las noticias acerca de esa última victoria, y

por lo que se comenta el héroe indiscutible es Raeyn. No puede ser. No. Es un bulo. Pero Jerjes toma la palabra:

—¡Compañeros! Hoy es un día importante. Por primera vez un elfo *hunter* ha superado en valor a un *tank* y ha irrumpido en la morada de un dragón. Quiero felicitar a Raeyn, nuestro querido Raeyn. Rayos y centellas, Raeyn, ven acá.

Hasta Jerjes imita a ese nuevo Raeyn. Jamás había usado esa expresion obsoleta de «rayos y centellas».

C.C. trata de interceptar a Raeyn, pero apenas es un *warrior* de nivel 1 y no tiene nada que rascar
con un *hunter* de nivel 20. Ninguno de sus intentos para detenerlo surte efecto y tiene que aguantar el bochornoso espectáculo de Jerjes felicitándolo y ofreciéndole la joya del botín, el anillo que permite la invisibilidad.

Se sitúa junto a Thana y susurra a su oído:

—Es un impostor.

Thana, sin embargo, no está de acuerdo.

—Bravo por los impostores.

—¿Te das cuenta de cómo camina? Parece que esté en un festival de *hip-hop.*

—Tiene estilo.

—Se ha disfrazado. ¿Qué hace con esas calzas verdes tan llamativas y esa pluma ridícula en su sombrero?

—Gracias a su estrategia, hemos vencido.

—No me lo trago.

—¿Pero a ti qué te ha hecho?

—En realidad, no es quien dice ser.

Thana se vuelve hacia él con los brazos en jarras.

—¿Ah, no? ¿Y quién es, según tú?

—Raeyn ha sido suplantado por Mirior.

Thana abre unos ojos grandes y negros que ocupan toda la pantalla.

—Mirior murió, tuvo problemas de conexión y nos avisó de que regresaría en cuanto pudiera.

—Murió por culpa de Raeyn y esta es su venganza.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Yo soy Raeyn.

C.C. no espera un grito desgarrador, ni un beso de amor, pero la carcajada de Thana es peor que un bofetón.

—Esfúmate.

Quer balbucea como un idiota persiguiéndola.

—Hablo en serio. Yo soy Raeyn. He estado a tu lado durante estos últimos

trescientos noventa días. Hemos luchado juntos contra Toljonk, contra Ogj, contra Reslof, y te debo la vida, en el foso de Trumble…

Thana no espera a que acabe. Se acerca a Jerjes y susurra algo en su oído. C.C. siente la boca seca. Es el miedo o la angustia o la decepción. Están maquinando en su contra. Thana, la que él creía su amiga, le ha dado la espalda y está conjurada con el líder. Se siente solo, desvalido, fuera del huevo. Ahora el líder se acerca a él y lo señala con su espada.

—Vete, Quer.

El sudor empapa sus manos y el ratón se le resbala.

—Dame una oportunidad y te demostraré que soy Raeyn.

—No queremos peleas. Vete, Quer.

Jerjes es implacable y tiene un severo concepto de la justicia. Si cree que algo es justo, no vacila.

—Vete, Quer, o te destruiré.

Quer sabe que no es una bravuconada. Quiere despedirse antes de su bosque, de las montañas que decoran el horizonte, de la luna majestuosa con tonalidades anaranjadas que pende de la esquina de la pantalla, de la hojarasca que cruje bajo sus pies, de los rugosos troncos de los árboles a los que se aferra para no desaparecer, del trino nocturno de los pájaros virtuales que empieza a disminuir.

—¡No, no quiero! —exclama al darse cuenta del ataque de Jerjes—. ¡No quiero morir! Noooooooo.

Unas manos le zarandean.

—Tío, no grites, que todo el mundo te está mirando.

C.C. levantó la cabeza y sus ojos chocaron con docenas de ojos asombrados que habían abandonado por unos segundos sus pantallas para posarse en el espectáculo del español enfurecido rogando por su vida a una pantalla.

C.C. se desconectó y regresó a Dublín. Antaviana, avergonzada por el espectáculo que estaba dando C.C., lo había devuelto al mundo real. Todos los usuarios le miraban con cara de pocos amigos. C.C. se cortó y pidió disculpas.

—Nos tenemos que ir, que esto cierra ya y como nos pillen nos crujen —murmuró Antaviana.

C.C. aceptó y dio por finalizada su breve incursión al mundo virtual.

17. Marina

Marina sintió una lengua caliente en la mejilla, tanteó la mesita de noche en la oscuridad y miró la hora de su móvil con un solo ojo abierto. Se le paró el corazón. ¡Eran las ocho y cinco de la mañana! ¡Se había dormido y su primera clase empezaba en cincuenta minutos! Saltó de la cama de golpe y pegó un grito al ver a Quinny; ni se acordaba de la perra. Luego, abrió la ventana de par en par.

No era de noche, simplemente no había ni un rayo de luz. El cielo estaba cubierto de nubes negrísimas y hacía un frío terrible. Rebuscó a toda prisa alguna pieza de ropa que le fuera mínimamente útil con ese clima. Tendría que hacerse pasar por Ángela en la academia de inglés. ¿En qué curso la meterían? ¿La recordarían los profesores? ¿Sus antiguos amigos se darían cuenta del cambiazo?

Y mientras se comía el tarro, desestimó quince camisetas ajustadas, tres faldas cortas y cinco *shorts.* A punto estuvo de rendirse y volver a ser simplemente Marina, ponerse el pantalón del pijama bajo los *jeans* y una camiseta calentita por encima. Pero no cedió a la tentación. Era rubia, alta, con los ojos azules. Era Ángela y Ángela elegía minuciosamente su ropa para que todo el mundo se diera la vuelta al pasar y dijera: «¡¡¡Oh!!!» Al final escogió una minifalda tejana, unas sandalias doradas y una camiseta rosa pálido con tirantes.

Continuaba sintiéndose muy extraña en su nueva piel y con su nuevo aspecto. No se acostumbraba al color amarillo chungo de su pelo ni a las lentillas azules. Sin embargo, lo más engorroso eran los tacones vertiginosos que amenazaban con causarle un esguince con fractura múltiple en los tobillos, la tibia y el peroné, y el sujetador de la talla noventa y cinco con aros, relleno y calcetines dentro.

Se maquilló concienzudamente con un maquillaje color chocolate a la taza (en la propaganda ponía «dorado»), que le daba un aspecto de sueca tras rayos UVA. Si bien no era el tipo de moreno natural de playa que lucía Ángela, disimulaba el blanco-vampírico que conservaba Marina tras un largo invierno sin sol.

Giuseppe y Salvatore le recordaron a gritos que tenía que prepararles el desayuno y encargarse de la rutina matinal de los perros tal y como había

quedado con Mrs Higgins. ¡Buah! Marina no se acordaba de la odiosa lista. Era una mañana horrible. ¿Qué más podía salir mal?

Lo inevitable: las tostadas quemadas, los huevos reventados y el café asqueroso. No obstante, no estaba dispuesta a dejarse llevar por la desesperación. Era Ángela, simpática, guapa, inteligente y buena persona, con lo cual no gritó, no lloró, no lanzó la tostadora al suelo ni llamó imbéciles a los italianos. Siguió a toda prisa con su lista de tareas y consiguió terminarlas en menos de veinte minutos. Eso sí, dejó comer a los perros a su aire y, al no estar acostumbrados, se pegaron tal atracón que cayeron en un sueño profundo. Los roció con el desodorante de Giuseppe y los dejó acurrucaditos en el sofá, dormidos y oliendo a Axe.

En la calle, se reencontró con la lúgubre realidad: cielo encapotado, niebla y una vaga sensación otoñal. Menuda porquería el agosto irlandés. Marina, empeñada en creer que estaba en verano, se asombró de su castañeteo de dientes mientras se congelaba en la parada del autobús esperando a sus compañeros. Luci y Antaviana llegaron más preparadas: botas, vaqueros y cazadoras, y C.C., sin ningún rubor, se presentó con anorak, bufanda y guantes.

—¡Jo, ni que fueses a esquiar! —comentó Marina con sorna diez segundos antes de que la envidia la poseyera.

Al subir al autobús y descubrir que tenía los labios amoratados y los dedos azules, admitió su error de vestuario y dejó atrás la vergüenza.

—¿Me prestas los guantes y la bufanda un ratito? —pidió a C.C. con su mejor sonrisa.

—Tres euros.

—¿Cómo?

—Dos por la bufanda y cincuenta céntimos cada guante. El anorak vale tres más.

Marina estaba atónita. El friki era un jeta.

—Tío, estoy congelada, es una emergencia.

—Yo también tengo emergencias y más importantes que las tuyas.

Era evidente que estaba de mala uva y que no cambiaría de opinión. A regañadientes se dispuso a pagar por el alquiler de las prendas, pero intentó sacar partido a su situación.

—Por ese precio te lo alquilo todo por una semana.

—Un día.

—Tres días.

—Dos.

—Hecho.

Dentro del anorak y con los guantes y la bufanda, la sangre le volvió a

circular por el cuerpo.

—Supongo que este clima de hoy es una excepción —dijo sin creérselo.

—Sí, es excepcional que no llueva. Normalmente llueve.

Marina se quedó blanca. No tenía ni paraguas. De hecho, lo sacó de la maleta antes de marcharse. Le pareció un artilugio en desuso teniendo en cuenta que en su ciudad hacía aproximadamente tres meses que no caía ni una gota. ¿Cómo iba a suponer que en Irlanda llovería? ¿Por qué no miró un mapa ni la previsión del tiempo en Google?

—La geografía no es lo tuyo, ¿verdad?

¡Horror! La había descubierto. Marina odiaba la geografía. Pero ella no era Marina, era Ángela y Ángela siempre tenía razón.

—Piérdete —musitó con desprecio al friki sabelotodo.

18. Marina

Marina llegó ante la puerta de la escuela de inglés con las piernas temblorosas. La prueba número tres quizá sería la más difícil de superar: enfrentarse a los antiguos compañeros de Ángela, a los antiguos profesores de Ángela, al antiguo espacio colonizado por Ángela. Su hermana, lo sabía por experiencia, era inolvidable. *Unforgettable.* Hasta las baldosas del baño se acordarían de ella.

Afortunadamente, era un centro de idiomas grande, lleno de barullo, de carteles y de españoles, y pronto se dio cuenta de que era una fábrica de churros ingleses. *Beginners, intermediates & advancers* eran los únicos nombres por los que se reconocía a los alumnos. Sus angustias se fueron desvaneciendo a medida que se daba cuenta de que ella solo era un número, un expediente y una nota. Sospechó que inglés, lo que se dice inglés, no lo practicaría en exceso, pero su acento canario, andaluz, vasco, madrileño y hasta catalán mejorarían un montonazo.

—¿Te han puesto en el nivel cuatro? —se sorprendió la pequeña Antaviana comprobando las listas.

—¿Qué te creías, que me iban a poner en segundo como a ti? —replicó Marina fingiendo una seguridad que estaba lejos de sentir.

—Si no rascas bola —objetó la enana.

Una hora después, el profesor de cuarto opinaba lo mismo y Ángela-Marina, cabizbaja, recogía sus bártulos y pasaba al curso de tercero.

Dos horas más tarde, Ángela, la brillante alumna de cuarto, daba con los nudillos en la puerta del curso de segundo. Con la cabeza baja para evitar las risitas, Marina pensó que lo peor ya había pasado. La prueba número tres había sido denigrante, pero nadie la había acusado de impostora. Solamente de zoqueta. Y se sentó discretamente junto a la comprensiva Luci, evitando el escarnio de la pequeña Antaviana.

Luci, por cierto, estaba irreconocible. Se había quitado las gafas, se había embadurnado las pestañas de rímel y untado la cara de maquillaje hasta disimularse los granos. Y no solo eso. Hasta le pareció ver un destello de brillo en los labios de un infame lila fosforito.

—¿Y las gafas?

—¡Ah, las gafas! Es que me molestaban.

—Eres miope —le recordó Marina.

—Sí, pero me apaño.

No se apañaba. Era una mentira cochina. No veía nada de lo que el profesor escribía y no paraba de incordiar a Marina amorrando la nariz a su papel y metiéndose con su letra, quizás porque a lo largo de toda la mañana había hecho lo mismo con C.C. y había abusado de su paciencia.

Marina tampoco iba sobrada de paciencia. Una vez liberada de la angustia por saber si pasaría la prueba de la academia, iba notando cómo aumentaba su nerviosismo ante la siguiente prueba. ¿Cuándo y cómo quedaría con Patrick? ¿Cómo contactaría con él? ¿Volvería a verlo algún día?

Todo dependía de su voluntad. Tendría que ponerse pesada con su familia y conectar con Ángela sí o sí para pedirle el móvil de Patrick, pero lo cierto era que no le apetecía nada tener que dar explicaciones a Ángela sobre el malentendido con su novio. Y de pronto, tuvo una revelación. ¿Cómo no se le había ocurrido? Aunque desconocía su apellido, se haría pasar por Ángela en Facebook y se conectaría con Patrick vía internet.

—*Angela, please, repeat after me. Would you like a cup of tea?* —la sobresaltó el monótono profesor.

A punto estuvo de lanzar su bolígrafo al suelo y salir huyendo. No, no le gustaba el té ni tenía ganas de tomarse una taza y sospechaba que, si abría la boca, la degradarían a primer curso y eso ya sería la debacle. Sin embargo, en lugar de ser grosera —como hubiera sido Marina—, optó por sonreír y pedir permiso para ir al baño —como hubiera hecho Ángela— y de paso ignorar la pregunta haciéndose la loca.

Salió poco a poco, para conservar la dignidad y el equilibrio, cosa esta última superdifícil, encaramada en los altísimos tacones de las sandalias. Salió con la sonrisa puesta y notó que hasta le dolía la cara de tanto sonreír estúpidamente. Nunca se le hubiera ocurrido que ser buena persona produjese agujetas en la mandíbula. Se repitió que tenía que ser positiva, e intentó ser positiva, pero ya no podía más. Camino del lavabo, se desmoralizó completamente. ¿Esas eran las maravillosas vacaciones soñadas? Cinco horas soporíferas de clase, unas compañeras odiosas, un friki que la extorsionaba, una patrona maltratadora, unos huéspedes sospechosos, unos caniches puñeteros, una perra malcriada de adopción y un clima insoportable.

A la hora del descanso la situación tampoco mejoró en absoluto. En la escuela había un montón de gente que parecía interesante, pero ellos habían llegado a mitad de quincena y todos los grupos ya estaban hechos. Nadie mostró el más mínimo interés por los nuevos y Marina, a pesar de ser Ángela, se vio tomando el *«lunch»* en un rincón del patio con Luci, Antaviana y C.C.

Su *«lunch»,* además, era una estafa. Mrs Higgins le preguntó la noche

anterior si quería un sándwich o dos. Marina, que se moría de hambre, le respondió que por supuesto dos: *«two»*. Sin embargo, al abrir su *«lunch pack»* descubrió que sus dos sándwiches no eran más que un sándwich embadurnado de mantequilla con un trozo de lechuga rancia dentro partido en dos mitades. En ese momento casi se echa a llorar. Luci, la empática, se apiadó de ella y le regaló una bolsa de patatas fritas que le sobraba de su almuerzo, mucho más molón.

Al terminar la comida, Marina intentó colarse en la sala de ordenadores de la escuela para meterse en el Facebook de Ángela, pero un profesor la interceptó, le metió un broncazo en inglés y le señaló la puerta. La indicación era más clara que la perorata. No tenían acceso libre a internet, salvo durante las horas supervisadas por un tutor. Había muchas familias que mandaban a sus hijos de intercambio para evitar que estuvieran todo el día delante del ordenador y era responsabilidad de la escuela asegurar que esto se cumpliera. Marina tuvo que fastidiarse y se cabreó muchísimo con todos los C.C. del mundo. Por su culpa, ella no podría recuperar a Patrick.

19. Marina

Muy a su pesar, cuando terminaron las clases, Marina fue a pedirle a C.C. que la acompañara al *cyber.*

—¿Para qué? —quiso saber con desconfianza.

Marina estuvo a punto de responder la verdad, pero algo le hizo pensar que a C.C. no le haría ni puñetera gracia ayudarla a quedar con Patrick. Así pues, se sirvió de las nuevas habilidades sociales que había aprendido de su perfecta hermana Ángela. Mintió.

—Porque quiero escribir a mis amigas para decirles que he conocido a gente superinteresante aquí —bajó la mirada falsamente avergonzada, ensayó su mejor voz de chica en apuros y sin mirarle fijamente titubeó—: Y… yo… te necesito.

Marina alucinó con su propia actuación. Lo estaba bordando, se merecía un Oscar. Y por supuesto, coló.

C.C. apartó la mirada y enrojeció como un tomate.

—¿Y por qué me necesitas?

—Bueno…, es que… —y Marina se sinceró sin darse cuenta—, yo no sé dónde está el cibercafé y, como mi sentido de orientación es pésimo, tengo miedo de perderme como me pasa siempre.

Menuda metedura de pata, pensó. Lo estaba haciendo genial, pero había tenido que salir su bocazas interior. Tendría que haberle dicho que le gustaba su compañía o que quería aprender cómo funcionaba ese juego que tanto le molaba a él o algo así. Y en vez de eso, le había reconocido que era una inútil que no sabía moverse por la ciudad sin un perro lazarillo.

Sin embargo, C.C. sonrió con autosuficiencia y con una voz más asertiva de lo habitual le soltó:

—Tranquila, conozco el camino.

Durante el trayecto, Marina pensó que estaba haciendo de maravilla de Ángela, que se aprovechaba de aliados estratégicos como C.C. que le podían ser útiles en cualquier momento. Siempre los tenía a mano y con una sonrisa conseguía que trabajaran para ella por la cara. Así pues, se trataba de explotar a C.C. y de hacerle creer que eran amiguísimos, y para conseguirlo tenía que hacerle una confidencia, explicarle algo personal para intimar. Pero ¿qué demonios le explicaba?

—¿Encontraste tu casa anoche? —le preguntó educadamente C.C.

Se lo sirvió en bandeja.

—Pues sí, pero descubrí algo alucinante, algo que no he explicado a nadie todavía.

Estaba pensando en el incidente de los italianos, la *pizza* y los perros. Y puesto que era verdad y sonaba de verdad al explicarlo, quedó bien, tan bien que C.C., sorprendido, escuchó su alucinante historia sin pestañear y al acabar soltó un «¡GUAUUU!»

Marina se sintió mejor.

—Entonces, ¿me crees? —preguntó con desconfianza.

Sinceramente, ella no se creería. Pero C.C. se lo tomó muy en serio y se fue para el lado turbio de la anécdota.

—Tráfico de perros.

Había sido contundente y expeditivo. Marina no entendía cómo podía llegar a una conclusión tan rotunda con un solo dato.

—¿Y para qué?

—O bien los sacrifican para hacer abrigos de piel falsos o si no…

—¿O si no qué? —preguntó Marina asustada.

—Para vender sus órganos como si fueran de persona. Creo que eso se hace en el mercado negro…

Marina se estremeció, pero no quería caer en la trampa del miedo. Eso era cosa de los gobiernos americanos. Bastante tenía con Patrick, los perros, Mrs Higgins y los italianos.

—¡Sí, venga, y de paso usan su carne para hacer salchichas! —le atacó.

C.C. asintió.

—Pues lo veo bastante probable. Que yo sepa, eso lo hacen los chinos, aunque pensándolo bien…

Y se quedó pensativo unos instantes. Marina tuvo un escalofrío.

—¿Dijiste que se los vendieron a un repartidor de *pizzas,* no? ¡Pues ya lo tienes! Puede que el *pepperoni* no sea exactamente *pepperoni* tradicional… Ya me entiendes…

Marina no quería seguir por ese camino. ¿Acaso buscaba su complicidad con ese «ya me entiendes»?

—Bueno, basta ya. Está claro que hay algo raro, pero no veo yo a los italianos descuartizando perros para hacer *pizza* a la barbacoa.

C.C. chasqueó la lengua como un verdadero experto.

—La mafia siciliana es muy chunga.

Marina se estaba poniendo nerviosa.

—No sé si son sicilianos.

—Pregúntaselo. Ya verás.

Charlando, charlando, habían llegado al *cyber*. Marina se dio cuenta de que C.C. temblaba de emoción al hallarse de nuevo ante el portal que comunicaba el mundo real con su amado mundo fantástico, pero antes de que se conectase y se olvidase de ella tenía que solucionarle su problema.

—Me tienes que echar una mano en otra cosa.

—¿Ah, sí?

No parecía especialmente molesto por tener que ayudarla de nuevo. Así pues, Marina carraspeó e intentó explicarse.

Su imperfecto plan consistía en entrar en el Facebook de Ángela para mandarle un mensaje a Patrick y pedirle una cita para aclarar el malentendido del aeropuerto. Era imperfecto porque fallaba desde un principio. Para empezar, no tenía ni idea de cómo entrar en el Facebook de su hermana; no sabía su contraseña. No se fue por las ramas y lo soltó poniendo la directa:

—¿Sabes cómo *hackear* la contraseña de una cuenta de Facebook? —le preguntó con una sonrisa encantadora.

C.C. se atragantó y se la miró como a una ciberdelincuente.

—¿Qué contraseña quieres saber? —preguntó motivadísimo.

—¡Ah, nada, la mía! Es que se me ha olvidado, como todo —respondió algo avergonzada.

Leyó la decepción en los ojos de C.C.

—¿Solo eso?

Marina supo al instante que a C.C. le iba la marcha. Ya pensaría algo más emocionante para después.

—De momento me conformo con poder entrar en mi Facebook.

C.C., venido arriba, se puso en plan *hacker* y en cuestión de minutos descifró la contraseña del Facebook de Ángela, que no era otra que *«I'm the best»*.

Marina, avergonzada por el ego de su hermana, se excusó lo mejor que pudo.

—¡Ah! Pues claro, ahora me acuerdo, la cambié un día al salir de clase. Estaba borracha.

Enseguida se dio cuenta de que se había pasado, pero fingió naturalidad.

—Bueno, ya está. Conéctate a lo tuyo, que tengo que revisar mis mensajes privados —y se dispuso a buscar el contacto de Patrick.

C.C. obedeció encantado y encendió su ordenador.

Marina suspiró aliviada. Esto de mentir empezaba a dársele superbién.

Enseguida encontró el perfil de Patrick. Su inconfundible pelo rojo destacaba entre todas las demás fotografías del Facebook de Ángela. En la foto salía aún más guapo de lo que recordaba y, mientras lo contemplaba, Marina sintió que le flaqueaban las piernas y le temblaba la mano.

Escribió un mensaje sencillo en español en plan guay y decidió traducirlo con el todopoderoso traductor de Google. Estaba chupado.

Eo, Patrick. ¿Cómo lo llevas? Perdón por la liada del otro día. Fue una cagada de la enana metomentodo. Pero ni caso, la pava está chalada. Ni de coña tengo otro churri que no seas tú. Necesito verte. Hazme una perdida a mi número español 0034-626738291 y te hago un toque.

P.S. No dejo de pensar en el morreo que me pegaste. Tenía un rollo a café irlandés ; -) Mi dirección en Dublín es: St Rudolph, 16

Marina revisó el mensaje y le gustó. Pensó que igual se pasaba de «enrollada» pero tenía que fingir naturalidad. Ángela estaba acostumbrada a escribirse con chicos, Marina, sin embargo, no, y no podía arriesgarse a parecer una novata. Le dio al botón de traducir y leyó el resultado:

Eo, Patrick . As you take? Sorry for the bundled the other day. It was a shit from the metomentodo dwarf. But no matter, the pava is crazy. I do not even have a churri other than you. I need to see you. Make me a loss to my Spanish number 0034-626738291 and I'll give you a ring.

P.S. Do not stop thinking about the morreo you hit me. I had a roll of Irish coffee ; -) My address in Dublin is: St Rudolph 16

Maravilloso. No entendía absolutamente nada de la traducción y eso significaba que era buena. Parecía escrito por la mismísima reina de Inglaterra. No comprendía por qué la gente se ponía a estudiar inglés, con lo fácil que era arreglárselas con el traductor de Google. Orgullosísima le dio a «enviar» y cerró el Facebook de Ángela satisfecha. Ahora solo tenía que esperar a que Patrick la llamara.

Intentó despedirse de C.C., pero estaba demasiado absorto en su propia pantalla. Lo dio por inútil y se largó.

20. Nura

En el *cyber* C.C. no perdió el tiempo, una vez pescó la contraseña de la pija y la dejó jugando con su Facebook, se puso a lo suyo. Las largas horas de insomnio rodeado de pequeños pelirrojos roncadores le habían servido para diseñar un nuevo personaje, casi perfecto, que nadie reconocería. Se travestiría. Sería una chica, una *warrior paladín* llamada Nura, que significa *Luz,* y que era precisamente lo que faltaba en ese país permanentemente nublado. Nura no levantaría sospechas y sería una doble espía genial.

Las tías lo tenían chupado, se decía C.C. Siempre había pensado que si volviese a nacer se reencarnaría en una tía. Cuando las cosas les salían mal, se ponían a llorar hasta que un pringado las compadecía y les solucionaba el problema. Entonces le pegaban una patada y se enrollaban con otro.

Ya había aprendido su lección sobre las chicas: eran mentirosas, egoístas y calculadoras. Si se te sentaban al lado y te pedían un favor, lo mejor era salir corriendo.

Luci lo estaba intentando. Se había sentado a su lado y le había hecho preguntas del estilo: «¿Y a ti qué te gusta hacer en tus ratos libres?», indirectas que iban mezcladas con tretas para ablandarlo del estilo: «Cicerón es un nombre megaoriginal»… Notaba el apretujón de sus tetas contra su brazo, pero se había propuesto ser insensible a los encantos carnales de Luci. Se conocía la estrategia. Luego sacaría a colación, como quien no quiere la cosa, «se me ha estropeado el ordenador», y si picaba el anzuelo, ya estaba perdido. Mientras le estuviera arreglando el ordenador a Luci, Luci se largaría a la disco con otro.

El mundo era por y para las chicas, y había sido concebido para que los frikis como él se comiesen los marrones. Porque no todos los tíos eran iguales. En el mundo masculino había castas, como en la India, y los frikis —lo más tirado, algo así como los intocables hindús— eran pavos especialmente sensibles, amables y tontos. Las chicas los buscaban para exprimirlos y después abandonarlos en los contenedores de las facultades de Informática. Ese era el futuro que le esperaba, sentarse en un aula abarrotada de tíos que pensaban en forma de ceros y unos, pertenecer a un equipo de jugadores de rol, contar chistes por la red y ver a las tías de la

facultad de Humanidades ligando con los ingenieros de caminos, que sí que molaban.

Prefería a las tías virtuales. Thana era una camarada directa, leal y franca. Si tenía que rebanar el cuello a un dragón, proporcionar *maná* a un compañero o envenenar a un orco, lo hacía y punto. Vaya, que no se perdía en historias absurdas como la pija.

Y a pesar de todo, debía reconocer que la pija tenía salidas buenas. Lo había descolocado cuando reconoció no tener sentido de la orientación, ser ambidiestra y haber perdido a una amiga por romperle la cara con una raqueta. Se emocionó. Era un tonto, pero se emocionó tanto que se le puso la carne de gallina. En aquel momento le pareció una confesión real, casi, casi una confesión íntima de una chica; la primera confesión que oía en su vida.

Pero no, no podía creérsela. ¡Todas eran iguales! Aunque… su historia con los italianos que traficaban con perros era bastante buena. No, no y no. Todo había sido un montaje, bastante currado, pero un montaje al fin. No era casual, no podía ser casual. Ángela —una lista— debía de haber estudiado su punto flaco y había llegado a la conclusión de que fliparía con el numerito de los mafiosos.

Definitivo: borraría a la pija de su cabeza para siempre. No podía ser débil. Se vengaría de todas las tías del mundo convirtiéndose en una de ellas. No esperaría a una próxima vida para nacer chica; lo sería ya. Se llamaría Nura y sería simpática, ocurrente, charlatana, llorona y mentirosa. Se haría íntima amiga de Thana y le haría confidencias sobre Raeyn para que cambiase de opinión. Se liaría con Raeyn para saber quién se ocultaba tras el teclado y luego se ligaría a Jerjes y le silbaría al oído que Raeyn era un usurpador.

Ya. Ya está de nuevo en su bosque. El bochorno del mediodía invita a la siesta. ¿No hay nadie despierto? Sí. Alguien se acerca. Es Thana, la perfecta, la de la túnica azul con los pliegues idénticos y los ojos felinos de azabache. Thana se acerca a ella y la recibe con los brazos abiertos.

—Ya era hora de que otra chica se añadiese al grupo. Bienvenida, Nura.

—Gracias, Thana. ¿Eres Thana, verdad? Es un nombre guapísimo.

Le está saliendo redondo. Thana lo ha aceptado con su nueva apariencia sin cuestionarse nada. Y él se siente una tía de pies a cabeza. Lo de decir que su nombre es «guapísimo» le ha salido solo. Hay que ver lo fácil que es ser chica. Consiste en decir mentiras con todo el aplomo del mundo, hacerse la rosca por delante y ponerse verde por detrás.

—Nura sí que es original —le responde Thana inmediatamente.

C.C. cree que es el momento de ser humilde, que también es una actitud que gusta a las chicas, por parte de las otras chicas, claro…

—Pero solo soy nivel 1.

—*Tranqui,* te puedo echar una mano para subir al nivel 12.

Thana es decididamente una tía fantástica. Hasta parece un tío.

—¿Vienes al *raid*? Esta noche a las nueve.

Nura finge que se lo piensa.

—He oído hablar de un elfo *hunter* que ha subido muy deprisa. Se llama Raeyn.

—¿Has venido para conocerlo? —sonríe Thana.

—¡No, no, qué va! No me interesa nada.

Thana le guiña un ojo.

—También estará.

—¿Ah, sí? —disimula Nura algo azorada.

—Es muy hábil con las flechas —añade Thana.

Nura tensa su arco y atraviesa limpiamente una abeja con su flecha. Se agacha, la recoge con sumo cuidado y bebe un sorbo de miel que refuerza sus defensas. Después invita a Thana, que acepta el manjar encantada, da un largo trago y carga su *maná*. Se seca los labios con el dorso de la mano.

—Míralo, aquí viene.

En efecto, Raeyn, su querido YO, aparece en pantalla. Pero ¿a quién pertenecerá su nueva alma? ¿Quién es el desconocido que alienta sus palabras y mueve sus piernas? Para C.C. la visión de su antiguo YO supone un desgarro demasiado doloroso. Thana sale a recibirlo y C.C., en el instante preciso de enfrentarse al dilema, flaquea. Debe acercarse a Raeyn, mostrar sus encantos y sonsacarle, esa es la estrategia que ha estado diseñando, pero no está seguro de saber hacerlo. ¿Cómo ligan las chicas?

Su estómago le hace un ruido desagradable acompañado de un dolor espantoso. Imagina que tiene un tigre dentro que ruge y le araña con sus garras. Está muerto de hambre.

Avisa a Thana con un gesto de que tiene problemas, se despide con un lacónico y evasivo «hasta luego» y desconecta.

Buf, respiró C.C. agitado en su silla del cibercafé. Estaba alterado y exhausto, como si en lugar de haber dado un paseo por un bosque virtual hubiera escalado el Everest. No era por cobardía, se dijo mientras pagaba su primer euro; era por una cuestión de prioridades. Debía atender a su estómago y entonces se conectaría de nuevo. Ángela, la muy desagradecida, se había largado sin despedirse. Le daba lo mismo. Tenía que sentirse contento: se había hecho amigo de Thana, que no había dudado de Nura, su personaje inventado, y tenía un *raid* a las nueve, esa noche.

Salió a la calle, entró en un *pub,* se fue directo a la barra y, como le daba palo preguntar en inglés, señaló con el dedo (lo cual no fallaba nunca) un

bocata de beicon. Al primer mordisco reconoció que tenía sed y que tampoco hacía falta tacañear y sufrir. Calculó mentalmente que, si gastaba tres euros en el bocata y otro euro en la bebida, aún le quedaría uno para jugar esa noche. No era avaro; con una hora de *raid* tendría suficiente. Quería celebrar su nueva habilidad con el cambio de sexo bebiéndose un refresco. Le supo a gloria, aunque lo malo fue en el momento de pagar.

—*Five euros and twenty.*

No, imposible, lo había oído mal. Su ridículo bocata con un refresco no podía costarle cinco euros con veinte, más dinero del que tenía. No podía gastarse su capital allí y quedarse descolgado de internet. No podía, no podía.

El camarero era gordo, calvo, llevaba bigote y miraba bizco de una forma que parecía advertir que estaba dispuesto a regalar una paliza a los clientes que no pagasen, así que C.C. se vació los bolsillos delante de él para demostrarle que era pobre y que no escondía nada. Avergonzado, contó las monedas en la barra:

—*One, two, three, four, five*.

Puso cara de buen chico, se encogió de hombros y justificó su apurada situación con un lacónico:

—*I'm a student*.

No añadió que era un friki, un frustrado y un desgraciado, pero era como se sentía.

La simplicidad de los mensajes orales suponía simplificar la complejidad de las vivencias humanas y en aquellos momentos, a ojos del camarero, era un *student* sin un céntimo más en el bolsillo. En realidad, volvía a ser una marioneta en manos de Ángela. Tendría que pedirle pasta otra vez.

La pija y la humillación eran su destino.

21. Marina

Marina se frotó los ojos con incredulidad. En el portal de la casa de Mrs Higgins parecía haber llegado la Navidad con meses de antelación. Pero no, no era Papá Noel, era Patrick con el destello luminoso de su cuerpo y el rojo deslumbrante de su cabello. En cualquier caso, un regalo de internet. ¡Qué rapidez!

Marina tomó aire, se recolocó los calcetines dentro del sujetador y avanzó decidida hacia él agitando las manos. En cuanto Patrick la vio, corrió como un loco en su dirección y la abrazó muy fuerte.

Marina no podía respirar, en parte por la emoción y en parte porque Patrick la estrujaba fortísimo y le preguntaba insistentemente: «*Are you OK?*».

—*Yes, yes* —repetía Marina, un poco agobiada por tanto amor.

Patrick la miró a los ojos.

—*I'm so sorry. I didn't know that I hit you!*

Marina se dio cuenta del lío. Patrick había entendido que la había golpeado. Quizás Google no fuera tan buen traductor como se decía por ahí.

Marina no era especialista en lenguas, pero ya sabía que las traducciones literales a veces resultaban incomprensibles. Por suerte, Patrick empezó a hablarle muy poquito a poco, como si ella tuviese algún tipo de retraso mental, y Marina consiguió establecer comunicación humana con él, lo cual no significaba que se entendiesen. Eso ya era harina de otro costal.

Patrick, el fortachón Patrick, le susurró que la echaba de menos, a ella y a su adorada Quinny, la perrita de su mamá a quien Ángela estaba adiestrando para el próximo concurso de perros.

—*What?* —preguntó Marina a punto del desmayo.

Patrick lo repitió más lentamente si cabe y un poquitín más fuerte. No, no estaba sorda. Lo había oído perfectamente. Era obvio que su estupenda hermana la había metido en un lío de aúpa. ¿Ella, entrenadora de perros? ¿Ella, preparadora de perros para concursos caninos? ¿Desde cuándo?

—¿Acaso no estás entrenando a los perros de Mrs Higgins? —le preguntó Patrick.

Todo iba tomando sentido. Probablemente, Mrs Higgins también creía que ella estaba entrenando a sus perros. Aquel lío había sido un montaje de Ángela. Pues tendría que desmentirlo.

Intentó hacerle entender que había habido un error, pero no lo consiguió. Patrick le reprochó su humildad cuando le dijo que no tenía idea de perros.

—*No idea!!!*

—Ojalá los anteriores entrenadores de Quinny hubiesen tenido la mitad de tu experiencia y tus conocimientos. ¡Tu currículum es maravilloso!

¿Currículum? ¿Experiencia como entrenadora de perros? ¿Y cómo sabía que su patrona se llamaba Higgins y que tenía perros? Pero, pero… entonces…

Ángela era una tramposa.

¿Por qué motivo?

Enseguida supo. Patrick sacó un sobre de su cartera y se lo entregó solemnemente de parte de su *«mom»*. Marina le echó una ojeada y se mareó del susto. Nunca había visto tantos billetes juntos. Le pareció una buena razón para comprender los motivos de su hermana Ángela y a lo mejor hasta para convertirse en una entrenadora profesional de perros. ¿Por qué no?

Mientras tanto, Patrick se había lanzado a explicarle las maravillas de Quinny.

—*Nice* —murmuró Marina, incapaz de comunicarse más allá.

Había cazado *«Beauty Queen»* y *«famous»* y había atado cabos. Así que Quinny era una Reina de Belleza Canina que, al parecer, arrasaba en todas las competiciones. Marina se limitó a confirmar todo lo que Patrick quería oír asintiendo con la cabeza.

—*Yes.*

Patrick la miraba encantado esperando respuesta y Marina intuyó que se había saltado alguna frase.

—Estoy esperando ver a mi Quinny. Me gustaría dar un paseo con las dos —insistió de nuevo, de forma que Marina pudo comprenderlo.

A su favor tenía que cada vez entendía mejor el inglés. En su contra, que no sabía cómo responder. Por suerte, siempre quedaba el recurso del lenguaje de gestos y los verbos en infinitivo, aprendidos de las películas antiguas de indios y vaqueros.

—Nosotros ver a Quinny —le dijo más o menos, segundos antes de descubrir horrorizada que Quinny no estaba en su habitación tal y como la había dejado esa mañana.

—¡Tú quedar aquí! —le repitió en un lenguaje *sioux* que Patrick entendió de maravilla.

Y salió en tromba buscando a Quinny. Recorrió toda la casa de arriba abajo, jardín incluido, y le pareció muy extraño no encontrar a su perrita ni ser atacada por ninguno de los caniches de Mrs Higgins.

En su segundo circuito chocó con Giuseppe, que subía del sótano con muy


mala cara.

—¿Y mi perra? —le espetó Marina.

Giuseppe no se anduvo por las ramas.

—Desaparecida, desaparecidos, se los han llevado todos. Un robo, una desgracia, un terrible desastre.

Marina se tuvo que sentar en el suelo e intentó convencerse de que era una broma de mal gusto siciliana, pero la cara de enterrador de Salvatore subiendo las escaleras del sótano le confirmó que no, que Giuseppe no se lo había inventado.

—¡Tenemos un problema! —le comunicó Salvatore.

—¡Eso, vosotros! ¡Yo tengo cuatro problemas!
—gimió Marina con desespero.

22. Marina

A Marina le había bastado un solo día para hacer desaparecer a la perra de Patrick. Así de eficiente era. Ciertamente, se le daba de maravilla pifiarla, le salía muy natural, sin esfuerzo. Era de las pocas cosas en las que se consideraba realmente buena: metiendo la pata.

—¿Y yo qué le digo ahora a Patrick? —lloriqueó ante los italianos.

—Miéntele. Las niñas sois muy mentirosas —se excusaron los italianos.

¡Si supieran! ¡Si ella les explicase! La cantidad de mentiras de cosecha propia y las que había heredado de su hermanísima sumaban trillones de mentiras podridas.

—Enternécelo con tus tretas de cuidadora de perros.

—A mí no me gustan los perros —se permitió objetar.

Y quizás fuera la única verdad que había dicho aquel día, pero lo curioso era que a esas alturas nadie la creyó. Ni los italianos.

—¡Anda ya! Si eres entrenadora profesional, ¡cómo no te van a gustar!

—*Angelaaaaaaa!* —se oyó a Patrick gritando desde su habitación—. *Where are youuu?*

A Marina le entró tembleque.

—Tenéis que encontrar a Quinny sí o sí —susurró a los italianos.

—¿Te crees que es fácil?

—Llamad a la policía o…

—¿O qué?

—¡O lo haré yo! —exclamó Marina en un rapto de ira, y salió para continuar mintiendo al amor de su vida.

Antes de entrar en la habitación respiró profundamente, contó hasta diez y esbozó una sonrisa de entrenadora canina.

—Lo siento, Patrick. Quinny no quiere verte, tiene un mal día, y yo he de quedarme con ella —lo dijo tan seria que hasta ella misma se lo creyó.

—*What a pity!* —murmuró Patrick.

—Debemos respetar su voluntad. Si sufre estrés, tendrá un mal resultado en el concurso canino. Ya me entiendes…

Sus padres deberían aprender de Patrick. La sensibilidad de una perrita era razón más que suficiente para que un chico como Patrick cambiase sus planes.

—Quería pasear contigo y con Quinny antes del entrenamiento. Pero pasearé solo —musitó Patrick.

Se marchó resignado y triste, aunque antes tuvo la delicadeza de pasarle su número de teléfono.

—Llámame cuando Quinny esté mejor —le dijo a guisa de despedida.

—No te preocupes, te tendré informado. Es una perra muy madura para su edad.

Lo cual era otra mentira, puesto que Marina no tenía ni idea de la edad de Quinny. Pero era el tipo de frases tópicas que siempre quedaban bien.

Patrick se fue y Marina cambió su cara de entrenadora de perros empática con sus animales por la de española rabiosa contra italianos inútiles.

—¿Habéis llamado a la policía? —les gritó con los brazos en jarras para que le hiciesen más caso.

—No vamos a llamar a la policía.

—Mejor no involucrar a la policía en esto.

—Lo vamos a solucionar nosotros.

Marina tuvo bastante. Sacó su teléfono móvil y salió a la calle dispuesta a llamar ella misma. En cuanto encontrara un poco de cobertura, claro. Sin embargo, su paseo duró poco: apenas una manzana tanteando con el aparato en el aire a la caza de señal telefónica.

Los italianos pasaron en una camioneta destartalada junto a ella y frenaron con chirridos de discos de frenos, como en una película de espías. Salvatore descendió del vehículo y la invitó a subir.

—Acompáñanos.

Daban bastante miedo, los dos vestidos de negro y con sus caretos tétricos. Cualquiera los acompañaba. Marina intentó dar la vuelta y echar a correr, pero Salvatore la interceptó.

—Tienes que venir con nosotros por las buenas —le comunicó Giuseppe mientras la agarraba de un brazo e intentaba meterla dentro del vehículo.

—Mucho mejor que por las malas —añadió Salvatore agarrándola por el otro brazo.

—¡¡Soltadme!! ¡No voy a ir a ningún lado! —gritó Marina intentando deshacerse de los italianos.

—Sabemos dónde está Quinny. Tienes que ayudarnos a rescatarla —soltó Salvatore.

Marina se quedó pasmada. ¿Lo había entendido bien?

—¿Habéis encontrado a Quinny?

—¡Venga entra ya! —se mosqueó Giuseppe.

—¡Niña, tenemos prisa! —le espetó Salvatore.

Marina aguantó la respiración, agachó la cabeza y entró en el vehículo.

Salvatore arrancó y desaparecieron a toda velocidad.

Marina cerró los ojos y pensó: «*Mio Dio,* nadie sabe que estoy aquí».

Se equivocaba. C.C., que regresaba en ese instante, había contemplado toda la escena desde la esquina y supo que Ángela, la pija que le tenía sorbido el seso, acababa de ser secuestrada. Sin embargo, tal vez por estar poco habituado al mundo real, no fue capaz de reaccionar.

¿Cómo se salva a una chica de unos secuestradores sin espada bruñida, sin poderes de elfo y sin magia nocturna?

Y mientras se lo pensaba, la camioneta de los italianos desapareció en la lontananza con Marina dentro.

23. *Marina*

Marina tenía miedo y se preguntaba por qué habría hecho caso a aquellos tipos. La desaparición de los perros no tenía ni pies ni cabeza y tampoco resultaba nada creíble esa absurda y vaga explicación sobre su supuesto rescate. ¿Era tan tonta como para haberse subido a una camioneta en compañía de dos sospechosos cuando desde niña le repetían que jamás subiese a un coche con desconocidos ni aceptase caramelos?

—¿Quieres un caramelo? —le ofreció Giuseppe.

Marina se echó a temblar y lo rechazó.

—Es de fresa —la tentó Giuseppe por si picaba.

Era tonta, tonta, tonta de remate.

Había empezado a asustarse en cuanto la camioneta de los italianos había salido de Dublín y había tomado una carretera secundaria casi desierta. Marina, anonadada, se dio cuenta de que a través de la ventanilla solo desfilaban prados y más prados, grandes extensiones de verdes pastos sin un alma. Paisajes hermosos, pero salvajes y solitarios donde, bajo sus colinas horadadas, podían esconderse millones de cadáveres.

Los pocos intentos que hizo para averiguar adónde iban chocaron con la indiferencia de los dos secuestradores.

—¿Adónde vamos?

—No te importa.

—Cuanto menos sepas, mejor.

Y de pronto los italianos, con un volantazo que hizo tambalearse a Marina, giraron a la izquierda para salir de la carretera y tomaron un atajo por una pista forestal, adentrándose en un espeso bosque. La situación empeoraba por momentos y Marina se temía lo peor. Varios kilómetros más tarde el coche frenó en medio de ninguna parte.

—Ya hemos llegado —dijo Salvatore.

—Si aquí no hay… nada… —apuntó Marina con un hilillo de voz.

—No se puede llegar en coche adonde vamos —respondió Giuseppe con voz siniestra.

Los italianos intercambiaron un par de miradas cómplices y Marina sufrió un nuevo tembleque.

—No pienso salir.

—¡Niña boba, tienes que venir! —Giuseppe pasó de siniestro a amenazante.

—¿Y Quinny? Me dijisteis que íbamos a buscarla —quiso saber Marina.

—Cerca. Ya lo verás, pero tienes que venir —respondió Salvatore.

Marina no los creyó, aunque pensó que, total, si la querían matar, podrían hacerlo igual dentro que fuera del vehículo. Y la verdad es que esa camioneta roñosa olía mal y le daba claustrofobia, así que, puestos a morir, sería mucho más romántico morir al aire libre, bajo el cielo, las copas de los árboles y las cursiladas esas que filman las películas para que los espectadores lloren a moco tendido. Y salió dispuesta a aceptar su terrible destino.

Los italianos, custodiando a Marina, se adentraron en el bosque.

—Está aquí al lado. Daremos un corto paseo.

Marina no levantaba la vista del suelo. Sabía de qué iban esos «paseos», lo había estudiado en el instituto: la internarían en el bosque y le pegarían un tiro como hacían en la Guerra Civil. Probablemente terminaría en una fosa común de estudiantes españolas de intercambio desaparecidas. Pero ¿por qué? ¿Tan mal les caía? Les había preparado el desayuno y había sido amable. O a lo mejor no era nada personal. A lo mejor querían vender sus órganos como le dijo C.C. Le pareció más razonable. Sí. Probablemente fuera lo de la venta de órganos. Lo había visto en la tele y era como una plaga. Continuamente alertaban a la población. Aunque pensándolo bien, no estaba segura de que sus órganos estuvieran en buen estado. De pequeña tuvo una infección en el riñón y le dijeron que el otro lo tenía vago. Pensó en avisarlos por si conseguía hacerles cambiar de idea, pero luego consideró que no la creerían y la matarían de todas formas para comprobarlo.

Así pues, ahí terminaba todo. Notó cómo una lágrima le resbalaba por la mejilla, pero no se la limpió. Así quedaría más dramático, como las mártires. Y se dispuso a afrontar la muerte cara a cara, estoicamente, a lo Ana Bolena.

—Es aquí —dijo Salvatore.

Marina levantó la mirada del suelo por primera vez desde que se supo condenada y vio que estaban en un claro del bosque donde había una preciosa casita de madera.

—¿No me vais a matar? —preguntó Marina, ahora sí, sin pizca de dignidad, sorbiéndose los mocos.

—Niña estúpida. Tu perra está ahí dentro. ¿La quieres o no? —le respondió Giuseppe de muy mala leche.

—¡Sí, sí! —se apresuró a confirmar.

—Pues tienes que entrar por el respiradero del garaje porque nosotros no cabemos, y una vez estés dentro, abrirnos la puerta para que te ayudemos a rescatarla y de paso sacar a los caniches. Tú eres entrenadora, tú sabrás cómo

tratar a esos perros.

—De acuerdo, entraré —decidió Marina envalentonada por su segunda oportunidad.

Al fin y al cabo, no iba a morir y eso siempre se agradece.

Los italianos la acompañaron sigilosamente hasta la casa y la ayudaron a subir por un muro donde había una trampilla que comunicaba con el conducto de la ventilación. La empujaron con tanta fuerza hacia dentro que Marina cayó de cabeza y se pegó de morros contra el suelo del garaje. El topetazo la dejó atontada durante unos segundos, hasta que se levantó como pudo y tanteó a su alrededor. Estaba muy oscuro y sus ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la falta de luz.

Al ir recuperando lentamente la visión, alucinó pepinillos. Estaba rodeada de perros de raza. ¿Qué demonios era eso? Se levantó y empezó a examinarlos, fascinada por sus pelajes y su estilismo. Parecían tranquilos, algo estirados y relamidos, como si se sintiesen superiores, diferentes. La miraban con curiosidad, pero no se asustaban. Caminó entre ellos con sumo cuidado para que no se alborotasen y recibió tres pequeños mordiscos en los tobillos que le alegraron el momento. Los caniches diabólicos de Mrs Higgins le daban su particular recibimiento.

—¡Vaya, vaya, o sea que los italianos tenían razón! Os han secuestrado.

Los caniches gruñeron y Marina se permitió el lujo de amenazarlos.

—A callar, o no os saco de aquí.

Y callaron.

No, si al final hasta tendría dotes de entrenadora canina y todo, pensó algo más animada mientras continuaba su búsqueda de su perrita.

—Quinny, Quinny, bonita, ven con mamá —susurró sin obtener respuesta.

Finalmente la encontró. Estaba en un rincón sombrío. Apenas se la distinguía, puesto que estaba inmóvil y parecía una sombra. Estaba posando, como si fuera una estatua griega, impasible. Marina se alegró muchísimo de verla.

—¡¡¡Quinny!!!! —musitó con lágrimas en los ojos, emocionada por tantas emociones.

Y la acarició, pero Quinny, con gesto ofendido, le giró la cara y se apartó. Marina supo que la acusaba de su desgracia.

—Quinny, yo no quería, no tengo la culpa, yo…

Quinny respondió ladrando en su lenguaje canino. Tal vez le estaba reprochando que se hubiera marchado de buena mañana o que su amistad hubiese durado tan poco. Quién sabe. Lo malo fue que los otros perros, tal vez por solidaridad, se añadieron a Quinny y se pusieron a ladrar. En pocos instantes se montó un verdadero follón. Marina oyó pasos que venían del otro

lado de la casa y el corazón se le paró. ¡Había gente!

Con eso no contaba. La detendrían por allanamiento de morada, en comisaría descubrirían que había usurpado la identidad de su hermana y encima la acusarían de robar la perrita de Patrick. Era toda una delincuente y no se podía permitir que la cazaran. Terminaría en la cárcel seguro.

Se escondió detrás de un *cocker* obeso y contuvo la respiración. Se abrió la puerta y por el rabillo del ojo distinguió a dos chicas pelirrojas que hablaban en un irlandés musical e incomprensible. Acariciaron a los perros, los calmaron con palabras dulces y se marcharon de nuevo. Qué dominio. Lo curioso era que no parecían ladronas en absoluto.

Pasado el peligro, Marina se dispuso a liberar a Quinny, pero no pudo abrir la puerta a la primera. Parecía atascada y pesaba como un muerto. Se puso nerviosa y volvió a intentarlo con más brío, y esa vez sí, la puerta se abrió con dificultades, pero enseguida notó cómo desde fuera la ayudaban a empujarla. Eran los italianos que entraron a toda prisa.

—¡Ya está! ¡La tenemos, podemos irnos! —exclamó entusiasmada.

Y al darse la vuelta para alcanzar a Quinny, descubrió que los italianos no solo habían pescado a los caniches de Mrs Higgins, sino que estaban atando a todos los perros que podían.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Vámonos! —gritó Marina asustada.

—Estos perros son nuestros y nos los han robado —respondió Salvatore.

Marina no entendía nada.

—Dejadlos, esos no son nuestros —insistió.

Pero ellos iban a su bola y no le hacían el más mínimo caso. Iban cazando perros al azar, atándolos y arrastrándolos fuera del garaje. El jaleo no se hizo esperar y Marina se sintió en el ojo del huracán. ¿Qué demonios estaba haciendo? Aunque no era momento para dudas. Si se quedaba, la pescaban; y si huía, se convertía en la cómplice de los italianos, que ya se habían dado buena prisa en salir por piernas y estaban cerca de la camioneta.

Una cosa tenía clara: se llevaría a Quinny de ahí sí o sí. Así pues, la agarró por el collar y la obligó a acompañarla, a pesar de que la muy pija se negaba a salir del garaje. No se atrevía a pisar el barro y la miraba con cara de asco desde la puerta. Marina puso los ojos en blanco y la tomó en brazos, huyendo a toda prisa, casi en el mismo instante en que se abrió la puerta de la casa y tres cabezas pelirrojas comenzaron a gritar en irlandés. Marina, a pesar del ruido de los perros y de la loca carrera, escuchó que las irlandesas gritaban por fin en inglés…, aunque tampoco lo entendió, algo así como: *«Burglars!!»*

Y Marina corrió como alma que lleva al diablo, con Quinny en sus brazos; alcanzó la camioneta y se metió como pudo en el asiento trasero con Quinny,

los caniches y otros siete perros. Los italianos arrancaron y huyeron a toda pastilla. Cuando consiguieron llegar a la carretera y sentirse a salvo, Marina volvió a respirar. Echó una ojeada a su alrededor. Sus acompañantes eran exquisitos: un fox
terrier, un *Golden retrieve,* un *beagle*, un labrador, un *bulldog* francés, un Yorkshire y un galgo. Ella era lo más vulgar de la carga, sin duda. Cualquiera de aquellos perros tenía ancestros nobles y muchos de sus antepasados habían sido criados en palacios y castillos. Todo resultaba extravagante.

—¿Y por qué os habían robado vuestros perros? —preguntó sacando la cabeza por encima del hombro del *bulldog* francés.

—*Perché questi cani* valen mucho dinero, niña, más que tú. Y ellos son una mafia que roba perros de raza para venderlos.

—¿Y qué vais a hacer ahora con ellos? —pre-
guntó Marina.

—Nada, niña, darles *molto amore* —respondió Giuseppe con semblante siniestro.

A pesar de que fingieron una mueca de ternura impostada, a Marina se le pusieron los pelos de punta. No podía imaginarse a aquellos dos dándole cariño a nadie. De hecho, había visto cómo les pegaban patadas a las cajas donde supuestamente los guardaban cariñosamente. Disimuló y fingió que los creía. Tenía que salir de ahí con Quinny lo antes posible y devolvérsela a Patrick junto con el sobre del dinero, que le venía grande. Así, por lo menos, habría solucionado dos problemas. Ya se preocuparía luego del destino de los otros chuchos.

Los italianos la dejaron con los caniches y Quinny a dos calles de la casa de Mrs Higgins, con la excusa de que tenían que ir a visitar a un amigo antes de volver y que, si la acercaban más, no podrían girar hasta la siguiente rotonda.

Marina prefirió no hacer preguntas sobre el destino de sus acompañantes y salió pitando del coche.

Bajó rodeada de los cuatro perros y, tan pronto como los italianos desaparecieron en el horizonte, se agachó y se abrazó a ellos. ¡Estaban salvados! El destino había sido benévolo con los cinco.

Los caniches le ladraron enfadados y se desasieron de su abrazo sincero. Sin embargo, Quinny no se apartó. Quinny, fingiendo indiferencia, se quedó inmóvil y se dejó querer.

24. Marina

M

arina llegó a casa y encontró una nota en la cocina sobre un sándwich reseco. Interpretando la letra temblorosa de Mrs Higgins, tradujo más o menos que la mujer se disculpaba por estar ausente y le ordenaba que se comiera la cena y se fuera a dormir.

Marina le hizo caso a medias. Se tragó el sándwich de un bocado, sirvió comida y bebida a los perros, que también habían pasado lo suyo, y mandó un mensaje a Patrick para comunicarle que por fin Quinny se sentía mejor y estaba en situación de socializar. Patrick le respondió enseguida diciéndole que *«great»,* pero que estaba en un entrenamiento de *rugby,* así que la citó a las 18:30 en la torre del reloj del castillo. Marina respondió con otro *«great!»* y calculó que tendría que salir en diez minutos para llegar a las 18:30 al centro de la ciudad. Estaba llena de barro y olía a perro, pero si quería ver a Patrick, no tenía tiempo de darse una ducha.

Se disponía a escribirle una nota a Mrs Higgins para decirle que iba al teatro como parte de una actividad escolar y así no preocuparla, cuando la interrumpió el timbre de casa. «¡¡¡Ding, dong!!!», sonó más estridente de lo habitual.

Marina se acercó a la puerta, algo asustada, y la abrió con cautela.

—Te he visto llegar. ¿Dónde estabas? —la saludó Antaviana con aire insolente.

—¿Y a ti qué te importa? Tengo prisa y no puedo atenderte —Marina intentó cerrar la puerta, pero la pequeñaja se coló por debajo de su brazo con una habilidad pasmosa.

Marina suspiró resignada y cerró la puerta tras de sí con Antaviana dentro de casa.

—De todas formas no venía a verte a ti. Venía a visitar a Enrique VIII, Prince Charles y a Lady Di.

Marina pensó que le estaba tomando el pelo.

—Ya, claro.

—A los perros, boba. No sé si lo sabes, pero me encantan los perros.

¿Así se llamaban los caniches diabólicos? ¡Qué pretencioso! La verdad era que en ningún momento se había planteado preguntar su nombre. Probablemente Mrs Higgins se lo había dicho, ella no había entendido ni

papa, pero había fingido que sí, y todos contentos. Mira por dónde había un caniche hembra llamado Lady Di, aunque ella fuera totalmente incapaz de adivinar cuál. ¿Los caniches tenían sexo?

Los caniches aparecieron y saludaron afablemente a Antaviana, que se dejó querer. Alucinante. Parecían perros normales cuando estaban con ella.

La dejó jugando con los chuchos y se dispuso a terminar la nota a Mrs Higgins, que le estaba costando horrores.

—¿Quieres que te deje mi boli? —le ofreció con amabilidad la pequeña Antaviana, mirando por encima de su hombro.

—Ya tengo uno, gracias —respondió Marina secamente.

—El tuyo es de los chinos. El mío es bueno. Ten, pruébalo.

—No.

—Te saldrá mejor la letra.

O sea, que le estaba diciendo que tenía mala letra.

—La letra me sale siempre así de cutre, es la mía y, si no te gusta, te fastidias.

Antaviana palideció, pero no atacó; al revés, se mostró suave como un guante.

—Es una letra con personalidad.

—No te mates, aunque quisieras no serías simpática. Ve a jugar con los perros, anda —replicó Marina, envalentonada, puesto que la pequeña monada no se defendía.

—Solo quiero ser tu amiga.

Antaviana sonaba sincera. Le brillaban los ojos y le temblaba la voz. Ciertamente, Marina se estaba vengando de todas las humillaciones que le había hecho pasar, pero tampoco hacía falta regodearse en la debilidad ajena. Ángela nunca lo haría, Ángela sería buena.

—Va, no llores, somos amigas.

—¿De verdad?

Marina no quería mentir más de la cuenta; estaba intentando dominar los matices.

—Sí, si dejas de tocarme las narices.

—Puedo ayudarte en lo que tú quieras. Te puedo enseñar inglés, dejarte el boli, depilarte las cejas, explicarte dónde están los museos de Dublín, los puentes, la torre…

—¡La torre! —gritó Marina sin darle tregua.

—¿Quieres conocer la torre?

—Pues sí, me gustaría.

—De acuerdo. Te acompaño.

—No, no, quiero ir sola.

—¿Por qué no quieres ir conmigo…?

Antaviana puso cara de lástima y consiguió enternecer a Marina. Decidió sincerarse.

—No puedes venir porque tengo una cita con mi novio Patrick.

—Entonces necesitas que te depile las cejas.

—No, lo que necesito es que me enseñes cómo ir. ¿Me ayudas, *porfa*? —respondió Marina con una sonrisa encantadora.

Antaviana sonrió satisfecha. Acto seguido sacó un mapa, señaló con el dedo y cantó:

—Al salir de casa, vas por esta *street* hacia la izquierda, giras por la segunda *road* a la derecha y llegas a Clare Street. Ahí está la estación de Pearse. Tienes que coger el tren a Sandycove y, una vez que te apees, preguntas por la Torre Martello.

—¿Y ya está?

—Sí.

Marina sonrió. ¡Qué fácil! A punto estuvo de darle un beso a Antaviana. Pobrecilla. Quizá sí que fuera una buena amiga y lo único que deseaba era no quedarse marginada.

Terminó la nota para Mrs Higgins, ató a Quinny con la correa, y se largó zumbando y dejándola con los caniches.

—Bye!

Si se hubiera dado la vuelta, habría podido ver la sonrisa mefistofélica de la pequeña Antaviana. A buen seguro que hasta Marina hubiese sospechado que algo no iba a salir bien.

25. Marina

M

arina salió alocadamente de su casa arrastrando a Quinny y, al doblar la esquina, se dio de bruces con C.C.

—¡Ángela! —era un grito de júbilo que expresaba alegría y que escondía un significado añadido como de «qué casualidad, te estaba buscando».

Sin embargo, en aquellos momentos, el friki no le interesaba nada, nada.

Marina se levantó ignorándolo y preguntándose si el friki disponía de un radar para localizarla, se sacudió el polvo y volvió a emprender su carrera alocada.

—¡Espera! ¡Espera un momento! —intentó detenerla C.C.

—¿No ves que tengo mucha prisa?

—¡Te han secuestrado y he intentado rescatarte, te he estado buscando desde entonces!

—No me han secuestrado y ya me has encontrado, estoy bien.

Vio cómo a C.C. le cambiaba la expresión. Juraría que puso cara de pena, pero no estaba segura porque era poco empática y leía mal las emociones.

—Pues necesito pasta.

Marina, como siempre, lo había leído mal. No era cara de pena, era cara de interesado.

—¿Más dinero? ¿Te has pulido los seis euros de esta mañana?

—¡Eh, eh, que no me drogo! ¿Sabes lo que vale un bocata de beicon?

—Haberte quedado en la escuela a comer.

—¡Cinco euros me han soplado y además el beicon estaba quemado!

—Tengo que ir al tren. Adiós.

—Te acompaño.

—¿Eres sordo?

Daba lo mismo que Marina se desgañitase; el friki era inasequible al desaliento. Se situó a su espalda, como su sombra, y la siguió en su loca carrera hasta Clare Street. Marina confundió la izquierda con la derecha, retrocedió dos veces y, cuando llegó a la estación y contempló los horarios a Sandycove, comprobó que acababa de salir un tren hacía un segundo y que el próximo no saldría hasta al cabo de treinta minutos.

—¡¡¡Por culpa tuya!!! —chilló al friki indignada por su fracaso, tirando la mochila al suelo como hubiera deseado hacer con la sartén de los huevos

fritos reventados de la mañana.

Quinny pegó un respingo del susto; era muy impresionable. Pero Marina no se arrepintió. Tirar una cosa al suelo le producía un placer indescriptible, sobre todo si se rompía, lo cual no sucedió con la mochila.

Ante su estupor, el friki la recogió del suelo, la limpió con su manga y se la devolvió.

—Se te ha caído.

Marina recogió la mochila y se puso en la cola de la taquilla con Quinny para comprar los billetes. Cicerón se situó a su lado y continuó hablando.

—Se nota que estás aburrida de visitar Dublín.

—Sí, claro.

—Por eso prefieres visitar la Torre Martello.

Marina escuchó lo que escuchó, computó como pudo esa información confusa y luego preguntó inocentemente:

—¿Cómo dices?

—Eso, que tienes ganas de ir a la Torre Martello, que está lejísimos, porque Dublín te lo debes de haber pateado todo.

—¿Lejísimos?

—A una hora de aquí. Sandycove es un pueblecito de la costa.

—Por casualidad, ¿hay dos torres?

—Hay muchas. Las iglesias tienen torres, los castillos tienen torres…

—¿Y la Torre Martello cuál es?

—La de Joyce.

—¿Joyce?

—Un escritor algo chiflado que escribió un libro que no se ha leído nadie, pero que todo el mundo finge que sí y que se llama como el de la *Odisea*, *Ulises*.

Marina ya había desconectado.

—Entonces la Torre Martello no es la torre del castillo.

—No. El castillo está en el centro de Dublín y fue sede del gobierno británico hasta que Irlanda se independizó, en 1922.

Marina deseó retorcer el cuello a Antaviana, que la había confundido de esa forma tan vil. Había sido una suerte perder el tren.

—¿Y qué hago yo aquí?

—Yo qué sé.

Marina dudó entre lanzar de nuevo la mochila o ponerse a llorar. Optó por la tercera vía, la más práctica:

—¿Sabes ir?

—¿Adónde?

—A la torre del castillo.

—Un euro.

Marina no regateó ni un céntimo.

—Hecho.

Y detectó en los ojos de C.C. el chasco por no haberse atrevido a pedir más.

El trayecto fue entretenido. El friki mostraba una curiosidad especial por los italianos y no sabía cómo sonsacarla.

—Esto…, entonces, ¿en qué líos están metidos los italianos? ¿Estás compinchada con ellos?

—¿Cómo lo sabes?

—Te he visto irte con ellos. ¿Estáis compinchados o no?

—No, no lo estamos —Marina dudó—, o sí, ya no lo sé.

—¡Lo sabía! —gritó C.C. molestando a los demás pasajeros.

Se agachó y le preguntó con sigilo:

—¿Y… qué habéis hecho?

Marina optó por sincerarse. Tal vez el friki pudiera darle alguna idea.

—Los italianos me han obligado a ayudarlos a liberar un montón de perros de una casa en medio del bosque. O eso me han dicho, pero cuando salíamos, han aparecido unas chicas que nos han perseguido gritando.

—¿Les has visto la cara?

C.C. no puso en duda su historia, a pesar de que era absurda e increíble. Era tope, el tío.

—Eran pelirrojas y pecosas, y se parecían todas mucho.

—Sin duda eran irlandesas. No entiendo qué tienen que ver con la mafia siciliana.

—No lo sé. No parecían mafiosas, pero según los italianos pertenecen a una mafia que roba y revende perros de lujo.

C.C. se hizo el interesante.

—¡Oh! He leído mucho sobre eso. Ahora las clásicas mafias europeas se dedican a este tipo de negocios. Aparte de lo que te conté de los órganos. Roban perros de lujo a la salida de los supermercados o cuando sus dueños los sacan a pasear por el parque. Sin embargo, es extraño… Que yo sepa, la mafia irlandesa no se dedica a la trata de perros. Por lo que he leído, controlan el mercado y la distribución europea de patatas biológicas y tienen algún que otro chanchullo relacionado con las extensiones de pelo natural pelirrojo, pero nada más.

El friki era como una enciclopedia de la Cosa Nostra, pensó Marina encantada.

—Al salir, las chicas han gritado algo.

—¿Qué han dicho?

—Han gritado *«burglars»*.

—La traducción es *ladrones.*

—¡Hala! ¿Y eso qué significa?

C.C. se rascó la cabeza pensativo.

—Pues creo que significa que los italianos te han mentido.

Tenía sentido, pensó Marina, partiendo de la premisa de que era estúpida. Los italianos le habían mentido para que los ayudara a perpetrar un terrible delito. ¡Oh, no! Había sido cómplice del secuestro de un montón de perros sin saberlo. Le habían contado la historia al revés. Los italianos eran los verdaderos ladrones y ella, una tonta del bote. Sin embargo, aún no entendía por qué los irlandeses habían robado a Quinny; eso seguía sin cuadrarle.

Llegaron al castillo a las seis y veinte minutos, justo a tiempo de contemplar cómo Antaviana se explicaba con desparpajo ante un asombrado Patrick, que abría los ojos con estupor escuchando el tremendo culebrón que le debía de estar soltando la muy mentirosa. Marina, atónita, tardó unos segundos en reaccionar y comprender que la confusión entre la Torre Martello y la torre del castillo no era casual. Antaviana la engañó a propósito. La envió donde Joyce perdió el gorro para ligarse a Patrick.

—Diez euros si te deshaces de esa —señaló con el dedo a la pequeña pelirroja y abrió el sobre de la madre de Patrick mostrando un billete.

—Veinte.

—*OK!* —aceptó Marina entregándole el dinero de la madre de Patrick—. Diez ahora y diez luego.

—¿La puedo tirar al río?

—Si consigues que parezca casual.

C.C. estudió con detenimiento a su víctima, y su mirada se detuvo en su sonrisa teatralmente cordial y en sus ademanes exagerados que hacían tintinear sus pulseras y refulgir sus anillos de baratija. Después observó a Patrick, que, circunspecto, miraba a su alrededor con deseo de huir. Le pareció denigrante y le hizo la pregunta del millón a Marina:

—¿Quieres que te la quite de en medio para poder liarte con ese?

Su «ese» sonó tan despectivo que Marina obvió la respuesta. Contestó como hubiera contestado un padrino de la mafia.

—Te pago para que te lo curres, no para que hagas preguntitas.

C.C. se lo pensó una vez, dos, y se lanzó a la ofensiva. Se alejó con las manos en los bolsillos, silbando y fingiendo un encuentro casual. ¡Menudo farsante! Cualquiera se fiaba de su simpatía que a veces confundía. Todo era puro interés por los euros y el vicio. Era un actor consumado. Su extrañeza por el encuentro, su saludo efusivo a Patrick, su conversación con la pequeña Antaviana y la sorpresa que se dibujó en su rostro tenían todos los visos de ser reales.

Al cabo de cinco minutos, sin pestañear siquiera, Antaviana siguió a C.C. como un perrito faldero y se despidió de Patrick con un movimiento de mano y una disculpa gestual.

Marina asumió que la escena era suya, que era su momento y que Patrick, su adorado Patrick, estaba ahí para su gozo y disfrute.

26. C.C.

L

o hacía por dinero y le fastidiaba. Pero sobre todo le fastidiaba que le fastidiase. Y aunque procuraba racionalizar el problema, no acababa de entender por qué le molestaba que una pija teñida quisiera morrearse con un irlandés de dos metros y que, para conseguirlo, le pagara pasta a cambio de deshacerse de una pequeña metomentodo.

No se podía sentir utilizado, puesto que le pagaban por su trabajo. Entonces, ¿qué se sentía?… ¿Vil? ¿Miserable? ¿Mezquino? Efectivamente. Se sentía todas esas cosas juntas y revueltas. Mezquino, vil y miserable en el orden que se quisiera. Algo parecido a como debía de sentirse un mercenario, un asesino a sueldo o un *gigoló.* Lo cierto era que no acababa de saber a ciencia cierta qué le escocía, pero estaba cerca de su autoestima.

—¿Está muy lejos? —preguntó Antaviana.

—Para ti sí, con esas piernas tan cortas no llegas a ninguna parte.

C.C. se sorprendió a sí mismo por su crueldad. Eso confirmaba la sospecha de que estaba molesto con Ángela y que se vengaba con Antaviana. Al fin y al cabo, la pequeña —por muy desagradable que fuese— no tenía la culpa de sus rifirrafes.

—Pues vamos en autobús —propuso Antaviana.

Si algo admiraba de esa cría era su capacidad para sobrevivir al insulto con entereza y su sentido pragmático de la vida.

La triquiñuela que ideó para conseguir que le acompañase y abandonase a Patrick había resultado un éxito. Simplemente, simuló un encuentro casual y dejó caer que buscaba a Ángela para ofrecerle un anuncio publicitario en unos grandes almacenes, porque buscaban a una chica española fotogénica. Ni que decir cabe que a Antaviana se le agrandaron los ojos y que enseguida se ofreció para ocupar el puesto, aduciendo que Ángela se encontraba en la Torre Martello y que no regresaría hasta la noche.

C.C. no accedió a la primera.

—Pero estás con Patrick, no puedes dejarlo plantado.

—Pues claro que puedo. Este ni se entera.

Y no se lo pensó dos veces. La muy codiciosa se despidió de Patrick, *bye-bye,* no sin antes pedirle el teléfono y prometerle amenazadoramente que lo llamaría. Luego se dedicó a sembrar cizaña, el deporte favorito que nunca se

cansaba de practicar.

—Ángela es una tía muy rara, ¿no crees?

—No sé.

—No me meto con ella porque ya sé que sois novios, pero yo que tú la dejaría. Intentaba engañarte con Patrick.

Y a pesar de estar preparado, consiguió sacarlo de sus casillas.

—¡No soy novio de Ángela! —se defendió con excesiva vehemencia.

—Mejor. Es una farsante, y una pirada.

Antaviana, cándidamente, puso su destino en manos de C.C. sin sospechar ni por un segundo que estuviese siendo víctima de una estratagema. Como todos los tramposos, creía que esa era una especialidad de la casa.

—¿Cómo se llaman los almacenes? —preguntó jadeando tras una etapa especialmente dura de marcha atlética a través de medio Dublín.

C.C. dudó. Ya llevaba vacilándole cerca de media hora y habían recorrido casi toda la popular Grafton Street, atestada de tiendas y paseantes. Tendría que ser expeditivo. Inventaría un nombre, simularía confusión, nadie lo conocería y… finito.

—Se llaman Brown Thomas.

Y se quedó encantado con el nombre. Podía haber dicho Beef Steak o Rosbif, que eran cosas que le sonaban más, pero dijo Brown Thomas sin saber por qué, con tan mala suerte que a Antaviana, tras oírlo, se le iluminaron los ojos y gritó:

—¡Son estos de aquí! —y señaló unos almacenes carísimos y bastante concurridos que estaban a tan solo diez metros tras ellos.

C.C. estaba atónito. Su memoria inmediata le había jugado una mala pasada. Había retenido el nombre de los almacenes al pasar justo delante de ellos y lo había repetido como un loro unos segundos después.

—Rápido, entremos antes de que se nos adelanten —aulló Antaviana, repentinamente competitiva, dispuesta a luchar por su puesto de española fotogénica a patadas, mordiscos o como se terciase.

C.C. se quedó paralizado. ¿Y ahora cómo salía airoso de su mentira cochina? ¿Cómo le decía a aquella fiera que todo había sido un truco para alejarla de Patrick?

—Un momento. Tengo que ir a hablar con el encargado. Espérate aquí.

Desapareció escaleras arriba y dejó a la pequeña Antaviana en el reino del consumismo de las plantas bajas. Se encerró en un baño de caballeros y estuvo sentado sobre la taza meditando por espacio de diez minutos, durante los cuales tuvo que repetir como treinta veces que estaba *full,* lo cual, naturalmente, nadie entendía.

Cuando bajó de nuevo, había adoptado una mirada sombría y un porte

taciturno. Le pareció que para dar una mala noticia era mejor imbuirse de pesimismo. Sorprendió a Antaviana ante un espejo cargada de abalorios a cual más impresentable.

—¿Te gustan? Seguro que me los regalan por el trabajo.

Se embalaba sola; mejor frenarla antes de que se vistiese de mexicana y pidiese un elefante.

—Hay un problema.

Antaviana no quería ni oírlo.

—¿Qué tengo que anunciar? ¿Un perfume? ¿Maquillaje? ¿Joyas?

C.C. nunca dejaría de asombrarse por la vanidad de algunas chicas. Antaviana solo podría anunciar mochilas escolares y pijamas infantiles y, en cambio, su autoestima era tan alta que se proyectaba a sí misma un metro más alta y diez años mayor. Lo mejor era ser taxativo.

—No vas a poder hacer el anuncio.

—¿Cómo?

—Hemos tardado demasiado.

—Pero si hemos venido corriendo.

—Me lo dijeron este mediodía y hace dos horas que el fotógrafo se ha largado.

—¿Adónde?

Aunque fuera una pregunta estúpida, C.C. la contestó sin amilanarse.

—A casa de su abuela.

—¿Por qué?

—Porque se estaba muriendo.

Si C.C. tenía respuestas para las preguntas de Antaviana, Antaviana tenía soluciones para todos los problemas.

—Pues regresamos mañana, que ya se habrá muerto.

C.C. podría haber respondido que se celebraría el entierro, pero el asunto de la abuela podía llegar a ser truculento y optó por una solución definitiva:

—Antes de irse, le hizo las fotos a otra.

—¡¿A quién?!

Si esa OTRA hubiera existido, a buen seguro que hubiera temblado al percibir telepáticamente el odio profundo que destilaba Antaviana.

—Una chica que pasaba por aquí.

—¿Y cómo se llamaba?

—Pepi.

En la cara de Antaviana se asomó un rictus de dolor. No fingía.

—¿Tú sabes la ilusión que me hacía? Mi vida podría haber cambiado, podría haber sido famosa, podría haber salido en las revistas del corazón, podría haber hecho películas en Hollywood y, en cambio, ¿qué me queda? —

señaló con lástima los abalorios de sus manos.

C.C. no tuvo más remedio que consolarla.

—Tendrás más oportunidades.

—No, nunca tendré una oportunidad como esta.

Eso, pensó C.C., no dejaba de ser cierto, puesto que nadie le daría una oportunidad tan absurda como la de posar como modelo publicitario.

—Está bien, pues vete a casa y ve la tele —resolvió C.C., considerando que ya había invertido demasiado tiempo en su trabajo; estaba deseoso de deshacerse de la pequeña locuela.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decirle a alguien a quien acaban de hundir?

Antaviana se sentía la protagonista de una serie americana.

—Oye, tía, no exageres.

—No exagero, estoy hecha polvo.

—Bueno, pues tómate un té irlandés.

Antaviana, con el labio superior tembloroso y a punto de estallar en llanto, musitó:

—Necesito una compensación.

—Yo también necesito una compensación —la apabulló C.C. bastante harto —. ¿O te crees que no ha sido duro para mí? ¿Te crees que a mí no me importa quedar fatal y frustrarte?

—¿Te gustan los ordenadores, no?

No hacía falta la respuesta; era obvia.

—Pues están allá.

C.C. picó. Se volvió como un autómata siguiendo el dedo de Antaviana y caminó fascinado hasta llegar a la sección de informática. Era como un sueño. Estaba rodeado de centenares de *ordenatas* de todos los colores y tamaños. Los portátiles eran tan ligeros que hasta le cabían en la mochila de la escuela. Hizo la prueba con uno, lo introdujo y volvió a sacarlo, y mientras maniobraba no se fijó en que la pequeña Antaviana se llenaba los bolsillos de bisutería. Luego, la inocente niña de sonrisa angelical se colocó a su lado y le señaló el portátil de sus sueños.

—¿Te gusta este?

—¿Se nota?

Antaviana era más rápida que el Soyuz.

—Pues te lo llevas —dijo con todo el morro.

Y, visto y no visto, el portátil volvía a estar dentro de la mochila de C.C.

—Pero ¿qué haces?

Aunque no hacía falta una gran explicación.

—Ahora, ahora no nos ve nadie —lo animó Antaviana en un susurro, señalándole la puerta vigilada por dos *seguratas* que en aquellos precisos momentos le estaban dando a la lengua.

—¿Estás loca? —exclamó C.C.

—Venga, vámonos ahora.

C.C. sacó el ordenador de su mochila.

—Anda, lárgate.

Antaviana aumentó el leve temblor de sus labios y, esta vez sí, boqueó como un pez, se restregó los ojos y comenzó a sollozar. Para C.C. eso ya era demasiado.

—¿Qué te pasa ahora?

Esa era la pregunta que Antaviana esperaba, puesto que vomitó de carrerilla:

—Estoy sola, sin amigos, sin oportunidades, en un país extranjero y pasando por el momento más difícil de mi vida y tú…, tú me dices «lárgate».

C.C. se armó de paciencia.

—¿Qué quieres que te diga?

—Pues no sé, que me digas gracias, porque yo solo intento ayudarte, sé que te gustan los ordenadores y quería que tuvieras uno.

—Pero si nos encuentran soplando un ordenador, nos meten en el trullo.

—Pues ya llevo yo la mercancía.

—¿Qué mercancía?

Antaviana le señaló sus bolsillos repletos de pulseras, anillos, collares y pendientes. C.C. notó cómo se le doblaban las piernas del susto. Lo mejor era poner distancia con la niñata cleptómana antes de que lo metiese en un buen lío. Y se alejó perdiéndose en la sección de librería y zambulléndose en cuanto veía y leía para olvidarse de Antaviana y fingir que no la conocía, hasta que topó con el título de un libro y se detuvo de golpe: *Mafias europeas, historia y actualidad.*

—¿Te gusta? —le interrumpió Antaviana, manifestándose ante él inoportunamente como era su estilo.

—He dicho que no te conozco.

—Es que si te gusta lo puedo pasar.

C.C. dudó unos instantes y luego volvió a dejarlo en la estantería. No tenía los veinte euros que costaba.

—Yo me abro.

Rauda como el rayo, Antaviana tomó el libro, lo introdujo en su mochila y se le colocó al lado.

—Voy contigo.

—No te me acerques.

Pero Antaviana, cargada con toda su mercancía sin declarar, se pegó a él como una lapa, lo acompañó hasta la puerta, y en la puerta sucedió lo que tenía que suceder. Antaviana pitó, los guardias de seguridad se acercaron y, cuando C.C. intentó emprender la huida desesperada, Antaviana, prisionera de un gorila que la había atrapado del brazo, señaló traidoramente con el otro brazo hacia C.C. y un *segurata* le cerró el paso hacia la libertad.

—*It's him! It's him!*

C.C. tuvo dos segundos para pensarlo y optó por la táctica del caos. Más raudo de reflejos de lo que él mismo hubiera creído ser capaz, entró de nuevo en los almacenes, zigzagueó hábilmente evitando a su perseguidor, y corrió hacia la oficina central de información haciendo bocina con las manos y gritando desaforadamente:

—*Fire! Fire!*

El revuelo comenzó a notarse y la multitud rugió como una colmena de abejas atacada por un oso. Un rumor sordo se fue extendiendo en la planta y pronto el grito de C.C. se confundió con otros muchos gritos de «*fire, fire*» hasta que alguien pulsó el botón de alarma de incendios. Instantáneamente sonaron unas bocinas atronadoras y, segundos después, resonaron los aullidos de la tromba humana que corría hacia la puerta arrasándolo todo a su paso, incluido C.C., que fue arrastrado hasta la calle.

Y de pronto, igual que una aparición, Antaviana, con el cabello revuelto, la cazadora rota y los pantalones rasgados, pero sonriente y libre, se materializó ante él, se le lanzó al cuello y lo besó.

—¡¡¡Lo hemos conseguido!!!

—¿El qué?

Ella abrió su mochila y, orgullosísima, le mostró el trofeo: el ordenador portátil de última generación estaba ahí dentro, acurrucado, dormitando junto al bonito libro sobre las mafias europeas.

Antaviana los sacó y se los ofreció sin rastro de arrepentimiento.

—Pero son robados —objetó C.C.

—¿Y qué?

C.C. no podía entender su comportamiento. ¿Acaso era una enferma mental? ¡Era eso! Quizás era algo así como una paranoica o peor, una… psicópata. Decidió que, por prudencia, aceptaría los regalos; los psicópatas contrariados pueden ser muy peligrosos. Luego le daría esquinazo y los devolvería. De momento, mejor seguirle la corriente, no se diera el caso de que enloqueciese y cometiese un asesinato.

Sonrió a la pequeña ladrona y musitó un «gracias» inaudible y culpable.

27. Marina

Nada más verla, Patrick corrió a abrazarla y le plantó un beso de película. Marina, sintiéndose culpable, intentó apartarle, tenía que contarle la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Comenzó por Quinny, la perrita de su mamá que ella, equívocamente, había creído que era un regalo.

Se la entregó, con el alivio de saber que estaba vivita y coleando, y dispuesta a dejar claro que ella no era entrenadora ni era nada. Patrick, sin embargo, se quedó petrificado con la cadena en las manos contemplando a la perrita.

—¿Qué le ha pasado?

Vio que Patrick miraba a Quinny estupefacto y Marina entendió más o menos el motivo. La perra estaba hecha un asco. Tenía el pelo tan enredado que le habían salido rastas y estaba embarrada hasta las orejas, aunque, eso sí, parecía eufórica y no paraba de ladrar alegremente.

—Bueno…, nos hemos divertido mucho… La estaba entrenando para el triatlón canino. Va mejorando sus marcas.

—Pero, pero… yo no puedo llevarla a casa así. Mi madre me matará.

Marina lo miró con tristeza. Cuántas víctimas del amor materno mal entendido había por el mundo.

—Yo también tengo madre, te comprendo.

—No. Por mucho que te esfuerces, no puedes. Imposible.

—Lo intentaré. Anda, explícamelo. ¿Tu madre quiere más a la perra que a ti? ¿Es eso?

Patrick se asombró.

—¿Cómo lo sabes?

—Suele ocurrir.

Patrick se emocionó por la empatía que demostraba Ángela.

—Desde que mi madre la compró, no me hace ni caso.

Marina vio que iba por buen camino y continuó en su papel de psicóloga aficionada.

—A lo mejor solo es para llamar la atención. Tu madre necesita atención y te da celos con la perrita.

Patrick se rascó la cabeza. Tanta complicación excedía su capacidad de

pensar. Optó por simplificar.

—Yo solo quería verte a ti.

Tomó a Marina por la cintura dispuesto a besarla otra vez.

Marina, apurada, se apartó en el último momento.

—Espera, espera, tenemos que hablar.

Patrick palideció. La frase le sonaba a excusa. Así pues, como buen jugador de *rugby,* pasó al ataque.

—¿Es verdad que ese friki atontado es tu novio?

Marina salió en su defensa.

—No es un friki. Tiene intereses digitales, eso es todo.

Ella misma se sorprendió de su reacción.

—Y no, no estamos juntos. No estoy con nadie. No va por ahí la cosa.

—¿Y por dónde va?

—Bueno…

Marina no sabía cómo empezar a contarle la extrañísima verdad a Patrick. ¿Tenía que hacerlo realmente? Dado que Patrick llevaba unos días pensando que era su novia y besándola, tal vez lo mejor sería aguantar un poco más con la farsa. Enterarse de la verdad así de golpe y porrazo podría resultarle de lo más traumático. Se esforzó por recordar cómo afrontaba Ángela ese tipo de situaciones. Ángela era muy sincera y conseguía decir siempre la verdad sin ofender ni perder su hermosa sonrisa. Una vez, Marina la espió mientras cortaba con su novio del insti porque se había liado con el pizzero. Lo hizo tan bien que su ex terminó dándole las gracias por ser tan buena persona. De eso se trataba, Marina tenía que ser sincera, como su hermana, y así sería de paso una mejor persona.

Respiró hondo, puso su mejor sonrisa y abrió los ojos tanto como pudo para parecer bien empática. Del esfuerzo notó cómo la lentilla del ojo izquierdo salía disparada y chocaba contra la nariz de Patrick.

Patrick gritó horrorizado a la vez que ella se tapaba el ojo con la mano.

—¡¡¡Tu ojo!!!

—No, tranquilo, estoy bien. Mi ojo está bien, no te preocupes.

—¡No lo está! ¡Déjame ver! —Patrick intentó apartarle la mano del ojo.

—No, no, ya se me pasa.

Marina no sabía cómo solucionar ese embrollo y Patrick estaba flipando; lo mejor sería decir la verdad de una vez por mucho que le costara.

—Excuse me. Can you help me?

Un irlandés de mediana edad que conducía un coche familiar los interrumpió.

Marina respiró aliviada; el irlandés amable la había sacado del apuro. Agradecida, se acercó a la ventanilla.

—Yes, of course.

—Do you know where is the Martello Tower? I think I'm in the wrong tower.

Marina sonrió. Vaya, le preguntaban cómo ir a la Torre Martello. Casualidades de la vida, gracias a la pequeña lianta, se había convertido en una experta en torres irlandesas.

Pero Patrick le tomó la delantera. Sacó su móvil, conectó su GPS y le pidió amablemente que lo sostuviera mientras él se disponía a mostrarle al irlandés en qué punto se encontraban. Marina tomó el móvil molesta por su intromisión. ¿Por qué tenía que ponerse a competir con ella? ¿No le bastaba con ser más alto, más guapo, mejor deportista y más pelirrojo? Ella solo quería practicar su inglés y compartir solidariamente sus escasos conocimientos sobre los intereses turísticos de la ciudad.

Sin embargo, calló y dio un paso atrás justo a tiempo para asistir a una rapidísima y sorprendente acción. Dos manos cubrieron la cabeza de Patrick con una bolsa de basura y le hicieron tambalearse mediante una eficaz patada en la espinilla, todo a ritmo vertiginoso.

Marina gritó, pero alguien le cubrió la boca para silenciarla. Marina, guerrera, intentó morder la mano que la apresaba, hasta que hábilmente la encapucharon con otra bolsa de basura y la empujaron a la fuerza dentro del coche familiar del irlandés simpático. Una vez dentro le ataron manos y pies. Patrick estaba a su lado, gritando y revolviéndose como un toro. Desconcertado y rabioso, e incapaz de saber hacia dónde dirigir su ira. Marina pensó que tal vez estaba sufriendo algún tipo de ataque de ansiedad, pero ella ya tenía bastante con intentar regular su propia respiración dentro de aquella bolsa de basura. Era su segundo secuestro en un mismo día. No estaba como para tranquilizar a nadie.

El coche arrancó a toda prisa.

28. Marina

Tras un buen rato de traqueteos incomodísimos, lo cual le hizo suponer que habían salido de Dublín y circulaban por carreteras secundarias, el coche finalmente se detuvo. Los secuestradores se apearon, abrieron las puertas del vehículo y Marina notó un soplo de aire húmedo en las piernas y un leve aroma a vacas y a leche recién ordeñada, pero no pudo deducir dónde estaba porque seguía encapuchada y entre tinieblas.

Unas manos misteriosas la liberaron de las ataduras de sus piernas y la obligaron a levantarse. Junto a ella oyó los ladridos contundentes de Quinny y los balbuceos incoherentes de Patrick. Si la perrita ladraba, era mala señal. Los perros poseían una cosa que los humanos habían perdido: el instinto.

La arrastraron fuera del coche y la hicieron caminar a empujones unos metros sobre el césped húmedo. Si no hubiera sido porque iba encapuchada y maniatada, hasta hubiera dicho que el mullido crujir del césped mojado bajo los pies le producía un bienestar muy diferente que el de caminar sobre el asfalto. Pero la situación no se prestaba a ensoñaciones románticas de campiñas idílicas. Era un secuestro puro y duro, de los de verdad, de los del telenoticias del mediodía y la prensa sensacionalista.

Entraron en una vivienda y las manos invisibles la condujeron a través de diferentes habitaciones hasta una estancia que olía a tinta y a papel y donde se oía un leve zumbido de ordenadores o aparatos eléctricos. Probablemente fuera un despacho o un lugar de trabajo, dedujo rollo Sherlock. Allí la obligaron a sentarse de nuevo, la ataron a una silla de madera muy incómoda y, por fin, le sacaron la bolsa de la cabeza. Marina, cegada por el cambio de luz repentino, tardó unos segundos en recuperar la visión.

Cuando se acostumbró a la luz, distinguió cuatro pares de ojos muy verdes rodeados de un montón de pecas observándola fijamente. Parpadeó unas cuantas veces y volvió a fijar la vista hasta conseguir verlo todo mucho más nítido. A su alrededor, mesas, sillas, carteles, ordenadores e impresoras como si fuera una copistería. Por doquier, fotografías de perros, y en las paredes, estanterías abarrotadas de libros de veterinaria, adiestramiento, nutrición canina y otras lindezas por el estilo.

—¿Cómo te llamas? —la interrogó una muchacha de unos veinte años que fruncía las cejas con la intención de intimidarla.

Marina adivinó que era una táctica y reaccionó como hubiera hecho Ángela: haciendo gala de su simpatía, de su empatía y de su estupenda educación.

—*My name is Angela* —y siguió, más o menos—: Mucho gusto, encantada de saludarlos. Una tarde estupenda para dar un paseo por el bosque. Muchas gracias por su hospitalidad. Tienen una casa muy acogedora.

Los dejó boquiabiertos y algo desconcertados, aunque solo la entendieron a medias. Su interrogadora se vio en la obligación de responderle.

—Yo soy Greta, estas son mis hermanas mayores Marjorie y Mildred, y este es mi padre, George.

—No te pases de amable, Greta, es tu prisionera —la interrumpió otra de las jóvenes.

—No te metas, Marjorie. Tú lo has dicho, es mi prisionera y la trato como me da la gana.

—Bueno, bueno, chicas, nada de discusiones y menos delante de los prisioneros. ¿Qué van a pensar de nosotros? —concilió la hermana mayor, Mildred, que como todas las hermanas mayores iba de buena y comprensiva.

Eran las chicas pelirrojas de los perros y el irlandés amable. De hecho…, ahora que se fijaba mejor y que distinguía el bosque a través de los vidrios de la ventana, ¡juraría que estaban en un despacho de la cabaña del bosque!

—¿Eres italiana? —le preguntó Greta a bocajarro.

—No —respondió Marina.

—Menuda pregunta más tonta —se quejó Marjorie—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que sí? ¿Que es la sobrina del Padrino? Lo negará hasta debajo del agua. Están acostumbrados a resistir interrogatorios.

—Es que no parecen italianos —protestó Greta.

—La chica va teñida y tiene un ojo de cada color. Así que debe de ser un cruce —opinó Mildred, la mayor—. Y en cuanto al chico…, bueno… —puso cara de preocupación.

Todos miraron a Patrick. Marina hizo un gran esfuerzo para intentar girar la cabeza a pesar de las cuerdas que la ataban a la silla. Consiguió verle por el rabillo del ojo. Estaba tan pálido que sus pecas habían desaparecido. Parecía haber perdido la facultad de hablar y probablemente la de respirar, ya que estaba pillando un tono morado nada saludable. Tenía la mirada perdida, como si no se enterase de nada.

—¿Y a este qué le pasa? ¿Se ha quedado tonto o qué? —preguntó el irlandés, ya no tan simpático, señalando a Patrick.

—No sé, supongo que será del *shock.* A los perros a veces les sucede, aunque en un par de horas se recuperan —respondió resolutiva Marjorie.

Las otras chicas asintieron con la cabeza dándole la razón. Se parecían un

montón.

El irlandés aceptó la explicación y fijó su atención en Marina. La apuntó directamente a los ojos con una linterna que se sacó de repente del bolsillo, dejándola ciega otra vez.

—¿Dónde están nuestros perros?

—¡Papá! No hagas eso de la luz. ¡Es un maltrato! —interrumpió Mildred.

—A mí me parece estupendo que la asuste —opinó Marjorie.

—Quedamos que sería un secuestro según la Declaración de Toronto contra el maltrato —protestó Mildred.

—Si en las películas lo hacen, será por algo, Mildred —siguió en sus trece el, al parecer, padre de las chicas—. ¿Dónde están los perros, niña?

Marina entreabrió los ojos como pudo y respondió muy asustada:

—¡No lo sé! ¡Yo solo quería recuperar a la perra de Patrick! ¡Los italianos me engañaron para entrar y liberar a los otros perros, pero yo no hice nada!

Buscó inútilmente con la mirada la complicidad de Patrick, pero el irlandés estaba fuera de combate. Tenía la boca completamente abierta y babeante, los ojos fijos en un punto indefinido y las manos rígidas. Estaba en estado de *shock*.

—¿A liberarlos? —repitió agresivamente Greta.

Se hizo un silencio incómodo. Los cuatro irlandeses secuestradores intercambiaron miradas cómplices y luego estallaron en carcajadas.

Marina tuvo la certeza de que estaban como una cabra.

—Nosotros los liberamos, vosotros los esclavizáis —la acusó Marjorie.

—¿Acaso no sabes quiénes somos? —siguió pinchando Mildred.

—Ni idea —respondió Marina muy sincera.

La situación los divertía. Marina cazó al vuelo guiños de ojos y muecas de complicidad. Disfrutaban ante la perspectiva de un descubrimiento explosivo y se frotaban las manos anticipando el grito que daría Marina al saber su nombre. Marina se preparó para lo peor de lo peor.

—¡Jajajaja!

—¡Pobre niña!

—¡¡No sabe dónde se ha metido!!

—¿Quiénes sois? —preguntó Marina con vocecilla rota.

Cuanto antes se enterara de con quién se las tenía que ver, mucho mejor.

Los cuatro al unísono, y perfectamente coordinados, recitaron:

—¡Somos los O'Connor!

Sonrieron satisfechos y se la quedaron mirando expectantes, esperando una reacción que por parte de Marina no llegó.

—Ah —respondió Marina, bastante incómoda, sin entender un pimiento.

Enseguida se dio cuenta de que su respuesta era incorrecta y de que la había pifiado. Pudo ver cómo desaparecía la ilusión en la cara de los O'Connor para dar paso a una expresión de decepción absoluta.

—¿No has oído hablar de nosotros? —preguntó Greta con un hilillo de voz.

Marina, muy empática, decidió matizar su respuesta. Lo cierto era que la confusión de los O'Connor la hacía sentir fatal.

—El nombre me suena, pero es que soy española, y ahí apenas nos llegan noticias internacionales —y decidió añadir un detalle para hacerlo más veraz —: Se nos da fatal el inglés, por eso no nos enteramos de casi nada.

A los O'Connor eso pareció complacerlos. Irlanda se llenaba todos los veranos de españoles que iban a «mejorar su inglés» y que, en realidad, solo bebían cerveza negra en los *pubs* cantando a voz en grito en español.

—Hay que tener en cuenta esto que dice la niña, Mildred. Tendríamos que abrirnos a la prensa y a los fans internacionales, para llegar a todo el mundo. Habrá que traducir el mensaje para que llegue a los países subdesarrollados que no saben inglés.

—¡Buena idea, papá! Lo apunto para la próxima asamblea.

El patriarca estudió con atención a Marina, tras lo cual sonrió enigmáticamente.

—O sea que eres una española ignorante.

—Sí, señor.

—¡Marjorie! Corre, trae LA CAJA.

—¡¡¡Oh, sí!!!

Las hermanas aplaudieron la propuesta y Marjorie salió corriendo de la sala.

Marina se hizo una composición aproximada de la familia. El patriarca O'Connor tenía tres hijas entre los veinte y veinticinco años, aproximadamente. La mayor era Mildred, la más sensata; la mediana, Marjorie, era la más lanzada, y la pequeña, Greta, la más simpática.

Patrick seguía en otra dimensión. Inmóvil, babeante y emitiendo ruiditos automáticos.

Marina sonrió incómoda a los O'Connor, que volvían a mirarla fijamente en silencio, y calculó cómo escapar en el caso de que «la caja» estuviera repleta de herramientas de tortura. A lo mejor, con un poco de suerte comenzaban por Patrick y a ella le daba tiempo a alcanzar la ventana y salir por piernas.

¿Y luego qué? ¿Adónde iría sin coche, sin planos, sin linterna y en plena noche?

Marjorie reapareció con una caja de zapatos en las manos y la dejó en el centro de la sala. Y de pronto, las hermanas O'Connor, alborozadas, se abalanzaron sobre ella perdiendo la compostura, y comenzaron a sacar

recortes de periódico y fotografías mostrándoselas a Marina y a Patrick. Como niñas pequeñas abriendo sus regalos de Navidad.

Marina se vio literalmente cubierta de fotos de los O'Connor manifestándose o siendo detenidos y de artículos con titulares como «Los O'Connor atacan de nuevo», «Desfile canino boicoteado por los O'Connor» o «El patriarca O'Connor sale nuevamente de la cárcel». Incluso le enseñaron una felicitación navideña que en realidad era un *collage* de todos los *mugshots* de la familia. Las chicas salían muy monas.

Sin embargo, le sorprendió una foto antigua de familia donde estaba el patriarca O'Connor rodeado de sus tres leoncitas y con un bebé pelirrojo en los brazos.

—¿Tenéis una hermanita?

Marjorie le arrebató inmediatamente la foto de las manos y se la entregó a Mildred. Mildred riñó a Greta.

—¡Te dije que la quemaras!

—No pude —se disculpó Greta con los ojos llorosos—. Es el único recuerdo que tengo de ella.

El patriarca también se sonó los mocos y se secó una lagrimilla.

Marina supuso que detrás de esa imagen se ocultaba una tragedia familiar.

—Lo siento, yo… no quería… —se disculpó.

—No importa.

—Fue muy triste.

—Perdimos a nuestra hermanita.

—Pero la vida continúa…

—No nos hemos quedado llorando en un rincón. ¡Los O'Connor no se rinden!

Marina tragó saliva.

—Entonces… sois… ¿terroristas? —se atrevió a preguntar con un hilillo de voz.

—¡Jajajajajaja! —rieron a coro los O'Connor.

—¿Terroristas? Jajajaja —reían Marjorie y Mildred, y se les saltaban las lágrimas.

—¡No somos terroristas, somos ACTIVISTAS ANIMALISTAS! —soltó Greta, la pequeña.

—A mí me suena igual —confesó Marina.

Los O'Connor se rieron aún más fuerte.

—Tranquila, niña.

Marina no se tranquilizó en absoluto.

29. C.C.

En ningún rincón de aquella maldita casa llena de niños había cobertura wifi. Y a las nueve comenzaba el *raid* al que le había invitado Thana. ¿De qué le servía el maldito portátil si no tenía cobertura?, se lamentaba C.C. harto ya de su exilio permanente del planeta friki. Esa noche tenía que conectarse para asistir al *raid*. Era cuestión de vida o muerte. Y también era la única forma de quitarse a Ángela de la cabeza. ¿Por qué quería dejar de pensar en la pija y no lo conseguía? ¿Por qué se le iban los ojos y las manos hacia el libro de las mafias europeas y sentía deseos de leer el capítulo sobre la Cosa Nostra para congraciarse con ella en lugar de suspirar por el *raid* de la noche?

La hora de la cena le distrajo de sus preocupaciones metafísicas y virtuales. Se imponía el pragmatismo terrenal y se lanzó a la guerra con uñas y dientes. Peleó por el puré de calabaza y descubrió que las cucharadas de puré bien lanzadas eran mortíferas, puesto que dejaban ciegos (y pringosos) a sus contrincantes. Consiguió más puré que nadie y causó unas cuantas bajas en las filas enemigas. Luego, al llegar las bandejas del *fish* triunfó. Gracias a sus reservas de puré, que le sirvieron de munición, robó del plato de sus vecinos sendos *fishes* que se tragó sin respirar a pesar de las espinas. Los postres fueron especialmente sangrientos. La tarta de frambuesas era el plato preferido de los pequeños salvajes y muchos se reservaban para la batalla final. Tuvo que desistir al tercer intento al descubrir con estupefacción que no quedaba ni un miserable pedazo. La tarta, simplemente, se había evaporado. Tendría que mejorar su estrategia de ataque, concluyó. Y así lo hizo. Con una pizca de ingenio y tras una hora de intentos fallidos y mucha caradura, consiguió hacerse con el mando del televisor. Inaudito. Ni él mismo se lo creía. Aunque pronto comprobó que lo difícil no era conseguirlo, sino mantenerlo en su poder. Sus tobillos y sus espinillas quedaron acribillados a patadas. Le faltaba un largo aprendizaje para sobrevivir en la casa de los O'Hara, pero empezaba a encontrarle el gustillo *darwiniano* de la lucha diaria por su supervivencia.

La cena y la sesión de tele habían sido estimulantes. Con la moral algo más alta y el estómago un poco más lleno, tomó una determinación: si el wifi no iba a su encuentro, él iría al encuentro del wifi. Aún tenía un rato antes del *raid*.

Sin embargo, al salir a la calle, acarreando su flamante portátil, sus pies le llevaron frente a la casa de Mrs Higgins. Por el camino había decidido que Ángela le debía diez euros y que tenía que cobrárselos. Excusas baratas para volver a ver a la pija. ¿Le tenía comido el tarro? Lo cierto era que no hacía otra cosa que pensar en ella, a pesar de tener la certeza de su invisibilidad. No podía evitarlo. Era original y… le molaba. ¿Por qué era tan miserable y tenía tan poco orgullo? ¿Por qué se conformaba con migajas de amistad cuando otros tenían bocadillos de pasión?

Mientras llamaba a la puerta, ya se estaba arrepintiendo de hacerlo. Ángela estaría con los labios hinchados de tanto besarse y con esa cara de tonta que se les pone a las chicas cuando un *winner* de dos metros les dice estupideces en inglés al oído. Iba ya a dar media vuelta, avergonzado consigo mismo, cuando le abrió la puerta un italiano malcarado que lo increpó preguntándole por Ángela; debía de ser uno de los huéspedes que había intentado secuestrarla.

—No, no, yo no sé dónde está —se excusó encogiéndose de hombros.

El italiano se puso como loco y gritó algo. Inmediatamente, salió la pequeña psicópata con carita de ángel: Antaviana.

—¡Oh, C.C., tienes que ayudarnos! Ángela ha desaparecido.

C.C. se mordió los labios.

—¿Ah, sí?

—¿Tienes idea de dónde puede estar?

Antaviana le pareció una cínica, y Ángela, una fresca. Y se molestó con Ángela, con Antaviana y consigo mismo por bobo. Puesto que no importaba la verdad, mintió descaradamente:

—La última vez que la vi estaba esperando un tren. Iba a Sandycove, creo.

Antaviana palideció.

—Ah, vaya, entonces fue a la Torre Martello, ¿no?

—¿Y tú cómo sabes que en Sandycove está la Torre Martello?

—Lo pone en la guía.

—Claro.

Se oyó un grito desde el interior de la casa.

—Es Mrs Higgins. Está muy nerviosa y a la pobre le va a dar un infarto. Ángela es una impresentable.

—Pues espero que la encuentres.

—¿No me ayudas a buscarla?

—Tengo otras cosas que hacer.

—¿No te importa que puedan haberla secuestrado?

C.C. se obligó a pensar que Ángela no existía; aunque le debía diez euros y se los cobraría, fijo. Miró su reloj y se prometió que no escucharía ni un segundo más las demenciales suposiciones de una pequeña sádica.

—¡Espera! Luci vendrá ahora.

—¿Luci?

—Sí, me ha preguntado por ti y quiere que la esperes para jugar juntos.

—¿Cómo?

—Con tu ordenador…

C.C. tragó saliva.

—Supongo que no le has explicado nada de lo que ha sucedido esta tarde…

—No, es nuestro secreto.

C.C. no se quedó tranquilo. Con aquella pequeña perversa nunca se sabía.

—¿Ya te has conectado?

Glups. Le había descubierto.

—No. Iba a probarlo.

—En estas casas no hay conexión, pero por la calle sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Luci.

—¿Y ella cómo lo sabe?

—Le he conseguido un portátil y se intenta conectar por todas partes.

—¿Cómo le has conseguido un portátil a ella? —preguntó atónito.

—Lo tomé prestado de la casa donde estoy. No lo utilizaban.

C.C. no pidió explicaciones acerca de las atribuciones de «tomar prestado».

—Luci está enganchada a un juego idiota, como al que juegas tú. Yo creo que es el mismo.

La enana empezaba a lanzar golpes directos al mentón; estaba enteradísima.

C.C. se dio media vuelta.

—¡Nos vemos mañana! —gritó, y salió pitando para no topar con Luci, verse obligado a dar explicaciones acerca de su juego y retrasar el momento mágico de conectarse.

Era un ingenuo total. Ángela se habría quedado con Patrick. Y él, en cambio, había hecho un ridículo espantoso yendo a buscarla y evidenciando que era un pringado.

Tenía que aprender la lección y regresar a su mundo incontaminado de *raids,* leyendas y correrías en compañía de sus verdaderos amigos. Dentro de la pantalla todo era más claro, más nítido, más comprensible.

Mientras caminaba a ciegas con el ordenador encendido y la mirada puesta en la débil señal de conexión, chocó con una mole uniformada. Al levantar la vista y descubrir la gorra, la chaqueta azul, la porra y la cara adusta del policía, se quedó mudo. Lo habían cazado por estúpido. Quiso dar media vuelta, pero el policía lo agarró del hombro y le soltó una perorata ininteligible. Él apenas pudo balbucear:

—Wifi.

El policía, tras un breve titubeo, lo obligó a seguirlo agarrándolo por el cuello de la cazadora. C.C. supuso que lo conduciría a una comisaría y le haría confesar.

Sin embargo, contra todo pronóstico, se dirigía al parque. O eso parecía. Y de pronto, le embargó una pequeña alegría: su ordenador comenzaba a detectar la conexión de wifi. El policía le indicó la señal parpadeante. Solo entonces C.C. entendió que el buen hombre intentaba ayudarlo y que le estaba echando una mano.

Lo probaron desde todos los rincones posibles. No había duda. Ni bajo el sauce, ni junto a la glorieta ni frente al quiosco. La mejor conexión se conseguía en el *pipi-can.* Como si los perros fuesen unos frikis y viviesen en red. C.C., algo apurado, adecentó un rincón con la ayuda de una rama, se despidió del amable policía y se sentó en el suelo. Por fin, por fin, estaba a punto de conseguirlo.

Antes de poder entrar en el juego, debía bajarse un programa de internet e instalarlo. No era una tarea fácil, pero C.C. era un buen *hacker* y estaba dispuesto a averiguar quién demonios era ese usurpador de su otro yo y a denunciarlo públicamente. ¿Quién era Raeyn?

30. Marina

L

os O'Connor parecían más amigables que al principio y Marina agradeció el cambio de actitud. No obstante, no había bajado la guardia y permanecía alerta.

—¡Venga, explicadle a nuestra invitada a qué nos dedicamos!

Marina aprovechó para puntualizar que, ya que era su invitada, debían tratarla como a tal; a los invitados, en España por lo menos, no se los ata a una silla. Sin embargo, Marjorie, la más convencida, apenas la dejó abrir la boca y empezó a recitar de carrerilla lo que parecía ser el manifiesto de los O'Connor.

—Estamos en contra del *especismo* y creemos que someter a los animales y esclavizarlos como mascotas es una crueldad. Somos veganos y, por tanto, no apoyamos la utilización de los animales como objetos de consumo. Por estos motivos boicoteamos cualquier acto de humanización de los animales llamados domésticos, y los liberamos de su esclavitud. Ese es nuestro propósito, nuestra misión. ¡Es lo que siempre hemos hecho, lo que hacemos y lo que haremos!

Los demás aplaudieron, orgullosos. Marina seguía sin entender muy bien de qué iba todo aquello.

—Cuando liberamos a los perros de sus dueños esclavistas, los traemos aquí, donde los sometemos a una *recaninización* —añadió Mildred.

—¿¿Re-ca… qué?? —se extrañó Marina, francamente perdida, y no solo por las dificultades idiomáticas.

Marjorie salió en su ayuda.

—*Recaninización* es el proceso a través del cual los perros se deshumanizan, se convierten de nuevo en perros y vuelven a su estado primigenio o salvaje, para que me entiendas.

—Resumiendo, los obligamos a correr por el bosque, a jugar con palos, a revolcarse en el barro, a cavar agujeros en el suelo y a olerse el trasero los unos a los otros. Hasta que no recuperan su característico olor a chucho no están *recaninizados* —añadió Greta, práctica.

—Es un término que hemos inventado nosotros. ¿Te gusta? Es muy bonito. Se le ocurrió a Greta, que es muy creativa —sonrió la hermana mayor, empática.

Greta rechazó el cumplido visiblemente incómoda.

—Puf, para nada, fue papá quien tuvo la idea de usar de base la palabra latina *canis.*

El patriarca, por fin, se decidió a intervenir y lo hizo a favor de su hija pequeña, la niña de sus ojos.

—Venga, Greta, no seas modesta. Eres una artista inventando acciones y eslóganes —y confesó a Marina como si fueran íntimos—: Estamos muy orgullosos de ella.

Marina intuyó que el momento era muy importante; se había establecido un clima de familiaridad que valía la pena aprovechar. Las fotos, las confidencias y la proximidad física les habían acercado. Ahora se trataba de hacerles creer que era su amiga, su aliada y su persona de confianza, por lo que miró al patriarca a los ojos, como debe hacerse, y se comportó como lo hubiera hecho Ángela.

—Qué suerte tener una hija tan luchadora, tan valiente y tan creativa como Greta.

Lo hizo tan bien que el patriarca se animó.

—¡Ni te imaginas! Greta, mi pequeña, es maravillosa. Se le ocurrió que podíamos hacer alunizajes para liberar a los perros de las tiendas de mascotas. ¿Qué te parece?

Y mientras hablaba, iba dando golpecitos en la espalda a Greta, que se había puesto roja como un tomate.

—Pero las otras dos tampoco se quedan atrás. ¿Os acordáis del día en que nos manifestamos delante de la peluquería canina y se os ocurrió el lema de «No peines a tu perro…»? ¿Cómo era?

—¡No peines a tu perro, péinate el cerebro! —canturrearon las tres hermanas a la vez.

—¿Las oyes? Mis leonas son mi orgullo, aunque les avergüence que lo diga en público.

Marina no sabía qué cara poner ni qué comentario añadir, así que asintió, sonrió y aprovechó para hacer una pregunta práctica:

—Y ahora que somos amigos, ¿me dejaréis marchar? —probó por si sonaba la flauta.

—Lo siento, me caes bien, pero eres nuestra prisionera y os quedaréis aquí hasta que los italianos vuelvan a por vosotros. Entonces negociaremos un intercambio con nuestros perros —soltó tan tranquilo el patriarca.

—¿Los italianos? —repitió Marina incrédula—. ¡Pero si no los conozco de nada! Les importa un pimiento que me hayáis secuestrado.

El padre de familia vaciló y se dio cuenta de que algo fallaba en su plan; no se le había ocurrido esa posibilidad.

—Vives en su casa y estás bajo su responsabilidad, ¿no?

—¡No! —negó Marina—. Mi patrona es Mrs Higgins, que es quien alquila habitaciones. Los italianos son unos huéspedes.

Mr O'Connor miró a Marjorie con una ceja levantada.

—¿Es eso cierto, querida?

Marjorie se encogió de hombros y se disculpó con una mueca.

—No conozco a Mrs Higgins. He estado vigilando la casa desde fuera, y solo la he visto entrar y salir a ella y a los italianos. Yo creía que la chica era un miembro de la familia, porque los tres viven en la misma casa, son bajitos, hablan raro y vinieron juntos a robarnos.

Marina aprovechó las dudas para meter más cizaña en el plan:

—Además…, ¿cómo van a saber los italianos que nos habéis secuestrado?

—En eso tiene razón. Anda, pues danos su teléfono y los llamamos —respondió el patriarca, pragmático.

—¡No tengo su teléfono! De hecho, no tengo el teléfono de casi nadie —confesó Marina, muy sincera.

Greta, ni corta ni perezosa, metió la mano en su mochila hasta que encontró su móvil y se puso a revisarlo. Su cara de decepción no mentía.

—Dice la verdad, papá. Solo tiene cinco contactos en el móvil. Es una pringada.

Marina respiró aliviada: ser una pringada le podía servir para salvar su vida. A nadie le interesaban los pringados por los que nadie pagaría el rescate, no les robaban porque no tenían nada de valor y no los atacaban porque nadie los odiaba. De repente, Marina la pringada, tuvo una idea brillante.

—¿Y por qué no me dejáis salir para que pueda ir a buscar a los italianos y explicarles lo que ha sucedido?

Era arriesgado, pero por probar…

El patriarca se quedó pensativo un rato, miró alternativamente a cada una de sus hijas buscando su asentimiento, fingió que se lo pensaba más mesándose los cabellos y suspirando teatralmente, hasta que respondió a Marina:

—De acuerdo. Te liberaremos y, a cambio, tú buscarás a los italianos y les exigirás que nos devuelvan a nuestros perros.

Marina no se lo podía creer. Estaba segura de que no iba a colar, pero lo había conseguido. ¿Cómo podían ser tan tontos de dejarlos marchar sin más?

Desataron a Marina, que a su vez se dispuso a desatar a un Patrick en *shock* cuando Greta se lo impidió.

—Él se queda —soltó.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Tú te vas y él se queda; será nuestro rehén.

—¿Rehén? —repitió Marina sin asumirlo.

—Si quieres volver a verle, más te vale avisar a los italianos para que hagan el intercambio con nuestros perros. Aquí tienes la lista de los desaparecidos. Son siete. Ni uno más ni uno menos —le comunicó Mildred ofreciéndole un papel.

—¡Pero es que os estáis confundiendo! ¡Patrick no tiene nada que ver con los italianos, ni siquiera le conocen! ¿No veis que es irlandés?

Los O'Connor observaron detenidamente a Patrick y luego se miraron entre ellos. Mildred, más sensata, tomó la palabra.

—Nos da igual. Está claro que a ti sí que te importa. Si quieres volver a ver a este con vida —y con un gesto de cabeza señaló a Patrick—, tendrás que traernos mañana a los perros. ¿Lo has entendido?

Marina asintió con la cabeza, suspiró profundamente y admitió su derrota.

—Perdón, pero no sé volver a casa.

Y mientras le daban instrucciones, se dio cuenta de que se había metido en un lío de los gordos, de los gordísimos, y lo peor era que no sabía cómo solucionarlo.

31. Nura

L
a luna bruñida de azul pende de la esquina izquierda de la pantalla, pero C.C. no tiene tiempo de admirarla y dejarse bañar por sus rayos benefactores. Ahora se llama Nura, ha llegado con retraso y sigue el rastro de sus compañeros, que se pierden en la base de una colina. Tantea con prudencia y lanza un rayo de luz. Ahí está la entrada, bajo el viejo sauce, junto a los espinos. Levanta las raíces y penetra en el interior de la tierra. Los peldaños le conducen a una cueva subterránea cerrada por una puerta sellada con un código secreto. No tarda más de dos minutos en averiguarlo. La puerta se abre con estrépito y Nura entra en un nuevo mundo oculto en los recovecos de los cerros. Un mundo subterráneo poblado de bosques, brumas y senderos, y coronado por un imponente castillo.

Apresura el paso y consigue alcanzar a los demás antes de vadear el río. La comitiva se dirige en silencio hacia el torreón del este. Nura, convertida ya en maga 9, se sitúa
con discreción junto a Thana, que la recibe con una sonrisa.

—Bienvenida. Creía que ya no te acordabas de la cita.

—Tuve problemas de conexión. ¿Adónde nos dirigimos?

—Al castillo de Knockma.

Nura desconoce ese castillo.

—¿Quién ha propuesto este destino?

—Mirior.

—¿Mirior?

La sorpresa llega por partida doble.

—¿Está aquí?

—¿Lo conoces?

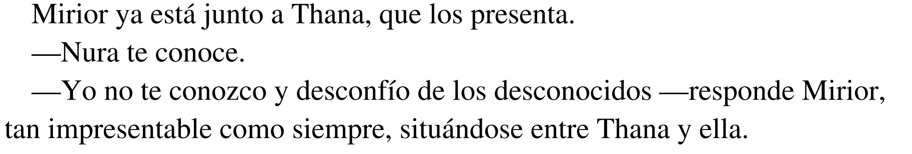
—Sí…, pero el otro día, en el reparto del botín del último *raid,* no lo vi.

—Yo tampoco te vi a ti —objeta Thana intentando recordar a Nura.

Nura calla prudentemente para no delatarse. Recuerda que Thana se enfadó con él bajo la apariencia de Quer al difamar a Raeyn.

Thana avisa con un gesto a Mirior y susurra a Nura:

—Mirior ha tenido problemas de conexión. Está en el extranjero y, al morir en el *raid* contra el dragón esmeralda Trumble, tuvo que hacer un nuevo recorrido para recuperar su nivel.



Mirior ya está junto a Thana, que los presenta.

—Nura te conoce.

—Yo no te conozco y desconfío de los desconocidos —responde Mirior, tan impresentable como siempre, situándose entre Thana y ella.

Piensa que si Mirior vuelve a ser un gnomo nivel 19, tal vez Raeyn haya desaparecido.

—¿Y Raeyn? —pregunta Nura con desconfianza.

—Está en la avanzadilla. Hoy es el líder.

Asombroso. Así pues, Mirior no ha muerto definitivamente y Raeyn no es Mirior. Mirior, sin embargo, continúa tan malcarado como antes.

—Preséntate, ya que me conoces.

—Soy Nura, maga de nivel 9.

—No hace falta que alardees de tu nivel —le corta sin contemplaciones.

Nura-C.C. no desea discutir con Mirior.

—¿Y por qué has decidido atacar el castillo de Knockma? —pregunta Nura.

—Porque es un castillo propio de la mitología irlandesa.

—¿Y qué tiene que ver? —pregunta Nura con sinceridad.

—Pues que estoy en Irlanda de vacaciones y nos lo explicaron en clase.

«¡Qué horror!», piensa C.C. Mirior también está en Irlanda. Menuda coincidencia nefasta.

Mirior se ha cansado del interrogatorio. Resulta excesivo y algo molesto. Los participantes de un *raid* no hablan de sus vulgares vidas privadas. C.C. recuerda que es Nura y se propone maquinar como una chica.

—Lo que no comprendo es por qué no lideras tú la expedición. Al fin y al cabo, saquear el tesoro del castillo de Knockma ha sido idea tuya. ¿Raeyn te quitó el puesto?

Ha dado en el clavo. Mirior salta.

—Raeyn, como siempre, nos está manipulando. Ha hecho creer que sus conocimientos son mayores que los míos y que sus estrategias de lucha son más adecuadas.

—¿Y Jerjes?

—¿No lo sabes? —se sorprende Mirior.

—¿El qué?

—Raeyn lo echó tras acusarlo de complicidad con el dragón Regjw.

—¿Qué? Eso es absurdo. Jerjes perdió dos vidas contra ese dragón.

—Pero tal vez —interrumpe Thana— lo hizo para probar su supuesta inocencia.

Mirior y Nura callan; se nota que Thana está a favor de Raeyn.

—Eso es muy perverso. Nadie finge su propia muerte para ocultar una traición —objeta Nura a regañadientes.

¿Qué tiene el Raeyn usurpador para que Thana descubra virtudes que él no poseía?

Y en ese momento Raeyn, con su daga alzada y embozado en su capa de elfo *hunter,* salta entre ellos y los conmina a lanzarse al suelo.

—¡Rayos y centellas! Detened vuestra estúpida cháchara o nos descubrirán los centinelas. Al suelo, bellacos, morded el polvo antes de que nos den pasaporte esos taimados del castillo de Knockma.

Toda la cuadrilla se lanza al suelo y Nura-C.C. se pregunta de nuevo de dónde habrá sacado el Raeyn usurpador esa jerga impresentable de cómic antiguo. Es el mismo y odioso tono de sus padres cuando intentan ser sus colegas. Vomitivo. Tal vez Raeyn no sea un joven. Tal vez sea mayor de lo que aparenta. Posiblemente sea taimado, manipulador, perverso y calculador. Ese alguien que se oculta tras su personaje se lo ha ROBADO. Estará atento a cualquier pista.

—Bien, estimados compañeros de avatares, hablemos y decidamos democráticamente la estrategia que nos llevará a nuestra victoria. Pero antes levantemos la moral de la tropa. Tres hurras por nuestro triunfo. ¡Hip, hip, hurra! ¡Hip, hip, hurra! ¡Hip, hip, hurra!

C.C. palidece. Así jaleaba siempre Ernesto ante sus notas cuando se las entregaba. Cuántas situaciones bochornosas no ha sufrido con sus extravagantes padres. Eso indica que quizás Raeyn sea un padre infiltrado para investigar por cuenta propia cómo es el mundo que tanto fascina a su retoño, como diría Ernesto.

—Propongo mi propia estrategia, que, sin complejos, creo que es sublime. Escuchadme bien, entraré en la cámara real y retaré al rey Finvana a una partida de ajedrez.

C.C. siente taquicardia. Odia el ajedrez desde niño, desde que su padre le sometió a la dura prueba de jugar todas las noches contra él y sobrevivir a las complicadas partidas de los grandes maestros.

—No tengo rival en el ajedrez si aplico la jugada mágica de Fisher. Je, je, pardillos. No sabéis cuál es, ¿verdad? No os la pienso explicar.

C.C. siente cómo el sudor le cae por el cogote. Su padre siempre le venció con una famosa jugada de Bobby Fisher. Le humilló una y mil veces ante los amigos hasta que consiguió que se la aprendiera. En venganza jamás la utilizó. Thana le da un codazo.

—Te está hablando a ti.

—Querida y bella Nura, no has tenido la gentileza de presentarte al líder. Haz el favor de adelantarte y mostrarnos tu destreza con el arco.

Nura, temblando, se acerca a su antiguo personaje robado por un padre sin entrañas, hace una reverencia y dispara con buen tino; ensarta una bellota. Se

la ofrece con respeto.
—Fantástica tiradora. Espero que seas tan hábil con la lengua como con el arco. ¿Qué tal se te da la oratoria?
—Me defiendo —susurra débilmente.
«¡No puede ser!», se dice una y otra vez. A Nura le entran ganas de gritar. Es imposible tanta coincidencia. No puede ser casual que Raeyn utilice los mismos recursos que Ernesto. No pueden existir dos padres tan tarados en el planeta Tierra. El suyo es el único.
—¿Conoces al famoso orador Cicerón? ¿Conoces sus maravillosas *Catilinarias*? ¡Rayos y centellas! Si no es así, te invito a que las leas, aunque hoy nos apure el tiempo y deba resumirte su sentido. Tu deber será abrumar al rey Finvana mientras yo juego la partida contra él. Le gustan las mujeres hermosas. Así pues, tendrás tu rostro distrayendo sus ojos, la lengua distrayendo su oído y la demagogia enredándole las ideas y alertándole sobre la traición que se desarrolla en el mismo seno de su corte. Finalmente, tu dedo estará presto a lanzar la flecha en su mano a mi señal.
Nura no se mueve, no avanza, no responde. El ratón resbala entre las manos sudadas de angustia de C.C. y no le obedece. Ya está seguro: Raeyn es su padre, Ernesto. Ernesto le ha robado a su personaje. ¿Cómo ha sido capaz su propio padre de usurpar a su hijo su personalidad? ¿Qué nombre recibe en la caterva de enfermedades mentales? ¿Complejo de Abraham? ¿Complejo de Bush?
Thana le empuja para que salude a Raeyn, pero no puede. No puede moverse, ni agacharse. Está empapado de angustia, el sudor cala su cuerpo y le chorrea por la cara. Es más, el sudor resbala por la frente de C.C. y los dedos le patinan sobre el teclado. Pero no es solamente por la angustia del terrible descubrimiento.
C.C. levantó la cabeza y creyó que estaba en la ducha. Aquello no era humedad, era un aguacero, llovía a mares. ¡Horror! No solo estaba empapado, sino que el suelo del parque estaba inundado y el agua estaba subiendo de altura con rapidez. Se puso en pie y comprobó que ya le llegaba hasta más arriba del tobillo. Intentó salir del lodo cuando pisó algo resbaladizo, cayó de bruces y perdió el portátil bajo el agua. Cuando lo rescató, constató que había muerto ahogado.
Lo llevó a casa e intentó reanimarlo infructuosamente y, sin embargo, se alegró al descubrir que era inútil. No tenía conexión. Sin embargo, estaba hecho una paradoja.
¿Para qué quería conexión con un mundo virtual que había sido colonizado y usurpado por sus padres? ¿Cómo se atrevían a entrar en su territorio y robarle a sus amigos, sus compañeros de *raid* y colgarse las medallas de sus

triunfos? Estaba hundido. Definitivamente hundido. Había perdido la fe y la ilusión de golpe. Había sido estafado, engañado, vilipendiado. Sus padres se habían reído de él en su cara. «Estábamos experimentando», le dirían. Siempre tenían una explicación para todo. Eso era lo más odioso, que jamás admitían sus equivocaciones o sus errores. A lo mejor hasta le proponían jugar juntos a un juego dirigido, didáctico e intelectualmente compensatorio. Pero él ya no les creería nunca más.

«Nunca más», se repetía llorando. Nunca más volvería a conectarse. Nunca más volvería a recuperar la inocencia. Y lloró por su pasado virtual y por su futuro terrenal.

Sin embargo, quizás Ernesto le hubiera hecho un favor, puesto que ahora sabía que el libro que escondía bajo su colchón le abría las puertas a un mundo real y no inventado. Él sí que tal vez penetrase, de la mano de la pija, en el interesante mundo real de la mafia.

Renunciaba a la vida y sus fastos engañosos. Solo le quedaba Ángela… Y el libro que hablaba de la Cosa Nostra.

Lo abrió con anhelo y comenzó a leerlo. Pero una pregunta le corroía: ¿quién demonios era entonces Mirior?

32. Marina

Marina, armada con una linterna en una mano y con un burdo mapa dibujado por Greta en la otra, se adentró en el bosque con la adrenalina por las nubes. No podía creer lo que acababa de pasar. Volvía a recorrer por tercera vez ese camino en el que había creído encontrar la muerte un par de veces. Empezaba a pillar manía a los bosques irlandeses; estaba claro que eran las zonas más peligrosas de la isla. No se sintió a salvo hasta haberse alejado diez minutos de la cabaña en dirección a la parada del autobús. En algún momento de su corta odisea había creído firmemente que no saldría con vida de casa de los O'Connor. ¡Menuda panda de chiflados! Aun así, tenía que admitir que le despertaban una brizna de admiración. Respetaba a la gente que lo daba todo por una causa y, le gustase o no, ellos estaban comprometidos con la suya hasta la médula.

De pronto, oyó un ruido detrás de ella y se le paró el corazón. Se detuvo en seco y escuchó claramente crujidos de ramas y sonidos de pasos. Alguien se acercaba a través de los matorrales. ¡La estaban siguiendo! Rápidamente se escondió detrás de un árbol a esperar a su captor. El corazón le latía tan fuerte que le costaba distinguir los pasos de su perseguidor, pero era obvio que cada vez estaba más y más cerca, casi encima, tenía que actuar.

—¡¡¡Yaaaaaaaaa!!!

Marina saltó encima de un pequeño bulto oscuro sin darle tiempo a reaccionar.

—¡Auuuuuú! ¡Auuuuuuuú! —aulló la presa.

Marina observó a su perseguidor, que le lamió la cara con ilusión.

—¡¡¡Quinny!!!

Efectivamente, Quinny había escapado y la había seguido a través del bosque sin dejarse intimidar por el barro, los matorrales ni la oscuridad. Se había ensuciado hasta las orejas, estaba llena de hojarasca, olía fatal y era feliz. Parecía… ¡Parecía un perro de verdad! Marina la levantó en brazos y la abrazó.

—¡Vaya, vaya, Quinny! ¡Te estás *recaninizando*!

Quinny, moviendo la cola, ladró alegremente y le pegó un lametón. En cuanto la soltó, se rascó rabiosamente y acto seguido se lamió el trasero. Marina sonrió, pero se le paralizó la sonrisa al percibir un sonido extraño.

Quinny empezó a gruñir y Marina le indicó que callara para localizar de dónde venía el ruido… Era como una vibración… Lo oía y lo notaba… ¡en la pierna!

Marina se palpó el bolsillo de su pantalón y de dentro sacó un teléfono móvil, ¡el de Patrick! Se lo había metido ahí, por automatismo, cuando Patrick se lo dejó para explicar al irlandés amable cómo llegar a la Torre Martello.

Por supuesto, por nada del mundo iba a volver a casa de los chiflados pelirrojos y, de todas formas, en su estado semicomatoso, Patrick era incapaz de responder a una llamada. Decidió, por tanto, que lo más prudente era quedárselo y no levantar sospechas hasta que recuperara a Patrick, a poder ser en sus plenas facultades mentales.

Marina metió a Quinny en su mochila para evitar posibles nuevos accidentes y emprendió su largo camino de regreso a casa. Atravesar el bosque arañándose las piernas, dando tropezones y metiendo los pies en los charcos no fue lo peor. El autobús tardó trillones de horas en aparecer y la larga espera estuvo amenizada por una lluvia puñetera que se encaprichó de ella y la acompañó hasta casa de Mrs Higgins.

Marina solo deseaba darse una ducha calentita, ponerse el pijama y tumbarse en su cama bien abrigada, a salvo. Ya se preocuparía de Patrick y de los italianos por la mañana; en aquellos momentos lo que necesitaba era descansar. Pero, al irse acercando a su morada, se le fue ensombreciendo el semblante. ¿Qué eran esas luces de colores parpadeantes que procedían del jardín de Mrs Higgins?

Se ocultó tras un *container* para observar mejor la escena, sin ser vista, y avanzó con sigilo.

Era, era… No podía ser, pero lo parecía. Quizás veía mal. No, no, veía perfectamente. ¡ERA UN COCHE DE POLICÍA!

Dos agentes interrogaban a Mrs Higgins, que apenas se podía sostener en pie por culpa del sobrepeso. Sin duda la estaban buscando a ella, bueno, a Ángela. Pero ¿por qué exactamente? ¿Por usurpación de identidad? ¿Por la desaparición y el secuestro de Patrick? ¿Por allanamiento de morada? ¿Por robar perros de lujo? ¿Por complicidad con la mafia italiana? ¿Por colaborar con unos famosos activistas animalistas irlandeses? Marina había acumulado un largo historial delictivo en nombre de Ángela desde que estaba en Irlanda. Y seguramente Mrs Higgins la había vendido. Su peculiar hogar irlandés ya no era un lugar seguro. No podía volver de ninguna manera. Entonces, ¿adónde iba?

Marina se quedó atontada bajo la lluvia, sin hogar, sin familia, sin ducha y sin manta calentita. Ese era el precio que tenía que pagar por ser una fugitiva fuera de la ley. Una proscrita. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Quinny se

quejó; la mochila no era impermeable y estaba empapada, así que Marina entendió que no era el momento para vivir una crisis existencial, puesto que tenía a un pequeño ser vivo peludo bajo su responsabilidad. Urgía encontrar un sitio seguro y seco donde ella y Quinny pudieran pasar la noche.

Echó una ojeada a su alrededor y solo vio un vecindario desierto, mojado, oscuro y hostil. Todas las luces estaban apagadas porque eran las diez y media, una hora infantil en España, pero intempestiva en Irlanda. Los irlandeses dormían. De pronto, divisó una débil lucecita parpadeante que provenía de una ventana cercana. Le sonaba esa casa… Observó con más atención. ¡Era la casa de C.C.!

Sin dudarlo un segundo puso el radar hacia su ventana, y mientras se dirigía a casa de su amigo, ya no se sintió tan sola, tan abandonada, tan hambrienta, ni tan mojada.

33. Marina

Era improbable que si golpeaba la ventana pidiendo asilo C.C. acudiese en su auxilio. Sin embargo, C.C. abrió la ventana soñoliento y, al verla de aquella guisa, le adelantó una mano a la que Marina, ni corta ni perezosa, se asió para trepar y entrar en la angosta habitación repleta de literas y de pequeños *holligans* roncando. La luz provenía de la litera de C.C., que estaba leyendo el libro *Mafias europeas, historia y actualidad,* y en concreto las páginas dedicadas a la mafia italiana, con una linterna.

C.C. la miró de arriba abajo y le hizo una sola pregunta:

—¿Te lo han hecho los mafiosos italianos?

Genial. A Marina no le haría falta inventar una complicada mentira. Con C.C. podía entenderse. Le encantaban los marrones y no rehuía los líos. Pero C.C. tampoco tuvo miramientos ni inventó eufemismos para decir las cosas por su nombre.

—Apestas.

Y era cierto. Aparte de estar sudada, cubierta de barro y chorreando, apestaba a perro mojado. De repente cayó en la cuenta.

—¡¡Es Quinny!! —y abrió la mochila para dejarla salir.

C.C. se puso nervioso.

—Un momento, un momento, la perra no se puede quedar. Si se enteran, me matan.

—De verdad que no molesta, C.C., está muy bien entrenada. No la voy a abandonar otra vez. Es mi amiga y la pobrecilla necesita secarse, está temblando.

Marina lo dijo tan convencida que C.C. no se pudo negar y las acompañó silenciosamente hasta la ducha, le prestó una toalla y, sin que Marina se lo pidiese, le ofreció unos calzoncillos, una camiseta y un chándal limpio, que —aunque dos tallas más grande— le pareció calentito y confortable.

Marina se ocupó de adecentar a Quinny y agradeció el jabón y la ropa seca que le ofrecía C.C. Lo único que lamentó fue no haber pedido un té con galletitas en la cabaña de los O‘Connor. Estaba muerta de hambre. Por suerte C.C., quizás por instinto, le dio una rebanada de pan y un trozo de queso que había podido arramblar a la hora de la cena y esconder bajo la almohada. A ella le supo a gloria, como el agua que se bebió sin respirar.

Sin embargo, el sueño tampoco le iba a la zaga en su lista de necesidades primarias. C.C. le indicó una litera vacía. Marina subió casi a tientas y se metió dentro sin preguntarse de quién era. A los dos segundos C.C. —apurado— le rogó que le dejara un hueco. Marina se arrinconó contra la pared y Quinny aprovechó ese momento para saltar y tumbarse sobre sus pies. Parecían una familia feliz. C.C. se metió en la cama y Marina agradeció el calor que desprendía su cuerpo, estaba muy a gusto, tanto, que se quedó catatónicamente dormida.

Despertó unas horas después a causa de los zarandeos de C.C. La habitación estaba completamente vacía y apestaba a zapatillas de deporte sudadas, pero lo que la invitó a despertar fue el olorcillo de un huevo frito con beicon que C.C. le ofrecía.

Marina tomó el plato de sus manos y se tragó en un santiamén el huevo, el beicon, que compartió con Quinny, y el pan.

—Muy rico, gracias.

C.C. no le quitaba el ojo de encima.

—Alucinante —exclamó al fin.

—¿El qué?

—¿Tú te has visto bien?

No, Marina no se había visto. La noche anterior tuvo que ducharse con la luz apagada y salir a tientas del baño. Lo que sabía era que había perdido el contorno de pecho de Ángela, el moreno rayos UVA, su color de pelo y una lentilla. Decidió que prefería no verse.

C.C. tampoco insistió, pero no dejó de mirarla en todo el trayecto que hicieron juntos hasta casa de Mrs Higgins para intentar localizar a los italianos.

¿Por qué la miraba tanto? ¿Tan horrorosa estaba?

34. C.C.

Era alucinante. Ángela se había transformado. Aún tenía un ojo azul, mientras que el otro ya era completamente castaño. El pelo, antes rubio, ahora era más bien oscuro. Y las tetas, excesivamente grandes para su gusto, habían disminuido tan misteriosamente como había desaparecido su bronceado y se había achicado su altura. Ahora estaba preciosa. Parecía más pequeña, más frágil, más delgada y más niña que el día anterior. Y también más natural. ¿Era posible o lo estaba soñando? Jamás había visto a una chica capaz de reducir su tamaño y cambiar el color de los ojos. Aunque lo que más le gustaba era ese aire andrógino que le daba su chándal, su caminar ágil y resuelto, y su piel más blanca. Le recordaba a una *hunter.* Irradiaba la luz evanescente de una elfa nocturna moviéndose con ligereza, capaz de trepar a un árbol o de saltar sin esfuerzo por encima de los charcos, dispuesta a echarse a volar en cualquier momento y a desaparecer entre las nubes.

La pija molaba, se iba diciendo, mientras la estudiaba de reojo y seguía sus complicadas explicaciones acerca de mafias, activistas animalistas y perros desaparecidos. La historia era fantástica y algo increíble, pero a pesar de que C.C. intentaba concentrarse en la original experiencia delictiva de Ángela, no podía quitarse de la cabeza que nunca antes había visto a una chica en calzoncillos. Tampoco había dormido nunca antes en la cama con una chica. Le pareció curioso compartir un espacio tan pequeño y tan íntimo con una desconocida, pero se sintió cómodo y al cabo de un rato hasta le pareció lo más natural. Y puesto que apenas tenía sitio y temía caerse al suelo, pasó su brazo sobre su cintura y entrelazó los pies con los de ella, que estaban fríos. Ángela emitió un ronroneo de placer al notar el calorcillo de su cuerpo y se apretó contra él con naturalidad. Sí, todo resultaba muy natural, excepto cuando comenzó a tener ganas de besarla. ¿O a lo mejor también eso era lo más natural del mundo? Sin embargo, C.C. se sintió confuso y tuvo que distraerse pensando en la Camorra y sus sanguinarios ajustes de cuentas. Solo así consiguió dormirse.

Por la mañana C.C. suspiró recordando el momento mágico en que oyó un ruido en la ventana, levantó la vista y vio a Ángela en la calle bajo la tormenta: desvalida, sucia y desesperada. La lluvia le caía por el rostro y

formaba una película de chorretones de barro en sus mejillas. En ese momento sintió un chasquido en su ventrículo izquierdo, abrió la ventana y le ofreció su mano.

Había sido un error, porque había olvidado que Ángela probablemente se había pasado la tarde entera en los brazos de Patrick y que el susodicho medía casi dos metros y pesaba cerca de cien kilos de puro músculo. Tenía que ser cauto para no llevarse un chasco y alguna torta perdida. Ángela estaba loca por el estúpido irlandés y hasta que no entendiera las tonterías que le decía en inglés no se le caería la venda de los ojos.

C.C. se mordió la lengua y se recomendó prudencia y distancia. No quería colgarse de la pija y convertirse en su esclavo sumiso. No quería ser el friki-zapatillas, fácil y cómodo, al que recurrir para charlar un rato, echar un sueñecito, desayunar y luego correr a morrearse con el novio de verdad. Y se convenció de que lo suyo con Ángela era una cuestión puramente comercial, técnica, limpia de sospecha emocional. Ella le pagaba por sus servicios y sería de tontos no cobrárselos.

—Me debes veinte euros —comentó con aparente indiferencia.

Con el rabillo del ojo observó cómo Ángela perdía aún más el blanco pálido de sus mejillas.

—Eran diez. Te prometí diez euros más si te deshacías de Antaviana.

—Y diez más por la cama, el desayuno y la información sobre la Cosa Nostra —dejó claro para que no hubiese malentendidos.

Ángela carraspeó nerviosa, pero no le regateó por el huevo frío ni por la estrechez de la litera. Con talante sumiso lo aceptó con una sospechosa humildad.

—Ten, cóbrate también la ropa que me has dejado —dijo ofreciéndole treinta euros que sacó de un sobre, con un mohín encantador.

C.C. se sintió fatal, pero no se amedrentó. No. «Nunca te fíes de las chicas, son capaces de las tretas más arteras para conseguir sus propósitos», se dijo.

—Está bien, pero sobran cinco —susurró devolviéndole 5 euros para lavar su mala conciencia.

—Mejor espérame en la parada de autobús. Tengo que pasarme un momento por casa de Mrs Higgins —le dijo Ángela de pronto echándose a correr.

No le dio tiempo a reaccionar, porque enseguida una Luci sonriente y con las mejillas arreboladas lo arrastró a sentarse junto a ella en la parada del bus y lo acaparó.

—Esta noche iré al cibercafé. Te espero a las ocho.

Y luego, repentinamente parlanchina, se confesó:

—En este barrio no hay manera de encontrar wifi. Ayer estuve buscando y

quedé chorreando, o sea que si queremos jugar tendremos que ir al *cyber.*

C.C. se sintió extraño. Habitualmente las chicas le ignoraban siempre y de pronto una pija mutante se autoinvitaba a dormir en su cama y una tímida empollona se sentaba a su lado y le pedía una cita para jugar en un cibercafé. Vivir para ver.

Ángela regresó con las mejillas arreboladas y cara de preocupación justo a tiempo de pescar el autobús. Una vez dentro, hizo un amago de acercarse a él, pero Luci se interpuso entre ambos y se lo impidió. En cuanto el autobús arrancó, Luci se arrimó y le
soltó:

—Me muero de ganas de jugar. ¿Tú no?

C.C. la miró como si fuese un fantasma.

—¿Tú también… juegas?

Luci le susurró muy quedo a su oído:

—Jugamos al mismo juego.

C.C. abrió una boca de asombro y miró a Luci. Jamás hubiera imaginado que formara parte de su otra vida, una compañera de aventuras virtuales. ¿Una maga, una cazadora *hunter,* una bruja *warlock…*? ¿Bajo qué personalidad se ocultaría Luci?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi el otro día, en el *cyber* —insinuó guiñándole un ojo con complicidad.

—Ayer lo intenté, pero solo había wifi en el parque.

—¿Estabas?

—Sí.

—Yo también fui.

—Pues no te vi.

—No me extraña, con la que caía…

—Se me murió el portátil.

—¿Tienes portátil?

C.C. se azoró. Estaba hablando demasiado.

—No, no era mío, me lo dejó un chaval de la casa.

Luci suspiró.

—Yo ya sé que no debería y que les prometí a mis padres que no lo haría, pero no podía aguantarme más.

Demasiado alucinante. Un alma gemela.

—¿Te castigaron a venir aquí para que no te conectaras?

Luci chilló de entusiasmo y palmeó.

—¡¿A ti también?!

C.C. no se emocionó; al revés, le pareció patético que su miserable

existencia fuera similar a la de aquella tía tan rara.

—No me dan pasta.

—A mí tampoco —reconoció Luci.

—¿Cómo la conseguiste para ir al *cyber*?

—Vendí mis pulseras a Antaviana.

C.C. ató cabos.

—¿Y el ordenador portátil?

—Le prometí hacerle los *«homework»* de todo el curso —admitió Luci.

Luego suspiró profundamente y rozó su mano con la de C.C.

—Necesito conectarme —reconoció igual que un fumador admite que necesita un cigarrillo o un alcohólico, que necesita una copa.

Debería sentirse vinculado a Luci. Estaba pasando por la misma angustia, compartía las mismas expectativas y soñaba sus mismos sueños. Y en cambio, le resultaba tan distante como un calamar. No tenía ni las más mínimas ganas de ir al cibercafé con ella esa noche y lo más curioso era que los quince euros nuevecitos en su bolsillo no le tentaban.

A su pesar, a pesar de las humillaciones que recibía de la pija, de su trato rudo, directo y tiránico, se moría de ganas por pasar la tarde con ella. Le echó un vistazo a hurtadillas y la sorprendió mirándolo sin ningún disimulo. Venga, C.C., se dijo. Toma la iniciativa si eres un friki de verdad. Y en ese mismísimo instante, Luci se inclinó sobre su oído y le soltó por lo bajines:

—¿Qué tal el castillo de Knockma? ¿Fue buena idea o no?

C.C. tragó saliva con lentitud. No podía ser. Luci acababa de mostrar sus cartas. Luci había estado la noche anterior en el juego. Luci había participado en el *raid*. Luci estaba de vacaciones en Irlanda. Luci tenía problemas de conexión. Luci había propuesto atacar el castillo de Knockma. Lo sabía. Lo detectaba. La antipatía natural hacia los seres humanos o virtuales no puede disimularse.

Luci le caía fatal.

Luci era Mirior.

35. Marina

M

arina estaba preocupada. A pesar de haber registrado la casa de Mrs Higgins por delante y por detrás, por arriba y por abajo, no había encontrado ni rastro de los italianos. El sótano estaba desierto, y su habitación y su armario, completamente vacíos. ¿Dónde demonios se habían ido? ¿Dónde estaban los perros que se llevaron de casa de los O'Connor? Lo peor de todo era que no se le ocurría la manera de sacar a Patrick del embrollo en el que le había metido. Metió a Quinny en su mochila y echó una carrera hasta la parada del autobús a tiempo de pillarlo en el último minuto.

Por mucho que pensara no daba con la repuesta. Y tampoco pudo preguntárselo a C.C. El friki no le hacía ni caso porque Luci no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Lo tenía monopolizado, aunque lo peor era que él parecía encantado con aquella boba.

A Marina le escocía que, después de pasar la noche juntos, a la primera que se daba la vuelta, C.C. la ignorara para echarse el rollo con la empollona de Luci. Seguro que le estaba hablando de la mafia. A Ángela esto no le habría pasado.

Antaviana la agarró de un brazo y, con su habitual tozudez, la obligó a sentarse a su lado y le preguntó:

—Así pues, ¿te gustó la torre?

—¿Qué torre?

Marina, pendiente de C.C., apenas recordaba los incidentes del día anterior.

—La Torre Martello, cuál va a ser —puntualizó Antaviana con sadismo.

No podía creerlo. Además de tramposa, era cínica.

—¿Y cómo sabes que finalmente fui allá?

—Porque no estabas en tu casa a las diez de la noche. La pobre Mrs Higgins estaba a punto de sufrir un ataque. ¿Qué te pasó? ¿Te perdiste a la vuelta?

—Sí, eso, me perdí en un bosque —respondió con retintín haciéndose la interesante.

—¿Y ese disfraz tan horroroso? —comentó señalando el chándal de C.C.

La desfachatez de la niñata la irritó y metió la pata.

—Finalmente me decidí por la torre del castillo, me encontré con Patrick y estuve liada con él toda la tarde y toda la noche.

Antaviana sonrió irónica.

—Ja, de jamón. Yo sí que estuve con Patrick.

Pero Marina estaba tan encantada con su ingeniosa hazaña que descubrió su juego.

—Mira, guapita, yo pagué a C.C. para quitarte de en medio. Fue fácil. En cuanto te largaste con C.C., yo me quedé con Patrick.

Touchée. Antaviana se puso roja, púrpura y amarilla, todo a la vez. Su cara era una mezcla de estupefacción, odio y desolación.

—Dame una prueba. Una sola prueba de que estuviste con él.

Marina le mostró sus labios levemente hinchados y la piel irritada de sus mejillas.

—Esto es de los morreos.

—Te podrías haber morreado con C.C. Este chándal es suyo.

Marina se enfadó.

—¿Estás loca?

—No, no estoy loca. Os he visto salir de su casa juntitos.

Marina calló unos instantes.

—Fui a buscarlo.

—¿Y te dejó un chándal? —preguntó a bocajarro señalándolo.

—Me lo ha dejado porque hemos hecho un trato.

—¡Ja! Estuviste con C.C. y me quieres hacer creer que estuviste con Patrick.

¿Cómo se permitía dudar aquella enana de su capacidad de ligar con Patrick?

—Si C.C. estaba contigo, no podía estar conmigo.

Antaviana no se daba por vencida.

—Quedasteis luego.

—¿No te crees que estuve con Patrick en un bosque?

—Pues no, mira, no me lo creo.

De pronto, Marina recordó que llevaba su móvil. Y fue lo suficientemente idiota como para enseñárselo.

—Mira, es su móvil.

Efectivamente, no había dudas. Era una marca diferente, la foto de la pantalla era de Patrick y en la agenda de direcciones los nombres eran de irlandeses e irlandesas. Antaviana se llevó una mano a la boca y se mostró escandalizada.

—¿Se lo has robado?

Marina se dio cuenta demasiado tarde de que nadie le deja el móvil a otra persona excepto si está muerto.

—Me pidió que se lo guardase.

—¿Por qué?

—No te importa.

Antaviana, en sus trece, la atacó.

—Sí que me importa, porque se lo robaste, se lo quitaste sin que lo supiera.

Dijese lo que dijese la liaría. En cuanto el autobús se detuvo ante la puerta de la academia, Marina saltó al suelo y se puso a ojear un periódico gratuito y sensacionalista que repartían en la calle para esquivar a Antaviana. La foto de Patrick en primera plana le heló la sangre.

Patrick McCarthy, desaparecido. *El primogénito de los McCarthy, una de las familias más influyentes de Dublín, se encuentra en paradero desconocido. El joven, una promesa del* rugby *nacional, fue visto por última vez en compañía de una misteriosa muchacha en la torre del castillo. Se ruega a cualquiera que pueda aportar datos sobre su paradero que se ponga en contacto con la policía. Aunque solo han transcurrido unas horas desde su desaparición, la familia McCarthy ha reaccionado con rapidez y ofrece una generosa recompensa a quien le proporcione información útil sobre el caso.*

Resultaba que Patrick era Patrick McCarthy, el heredero de una de las familias más influyentes y ricas de Dublín. Genial. Su hermana Ángela no podía conformarse con menos. El revuelo que había causado su desaparición era, sin duda, una prueba del poder que tenían los McCarthy en la ciudad. Probablemente, en ese preciso instante, toda la policía irlandesa estaría buscando al heredero McCarthy y Marina se había convertido en una de las delincuentes más buscadas del país. Por eso la policía había ido a su casa esa noche. Mierda, mierda y mierda. Tenía que solucionar el embrollo antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que informar a los O'Connor.

Dejó a Quinny atada a la puerta de la escuela con una galletita y le prometió que la recogería enseguida. Luego buscó un rincón solitario en el *hall* y sacó el teléfono de Patrick para llamar al número de los O'Connor que Marjorie le había apuntado, con muy buena letra, en el envoltorio de un chicle de fresa.

—Hola, soy Marina, quiero decir Ángela, o sea, la rubia teñida —saludó Marina a los O'Connor.

Habían acordado, con el voto en contra de Marina, que Rubia Teñida sería su nombre en clave.

—Hola, Rubia Teñida. Aquí Colmillo Blanco —la saludó el padre O'Connor.

—Dos problemas: los italianos han desaparecido y Patrick es rico y famoso, un McCarthy. Su desaparición se ha hecho pública y la policía le está buscando.

—Lo sabemos, lo hemos visto en internet —respondió el señor O'Connor, ante la sorpresa de Marina.

—¡Tenéis que soltarle! ¡Habéis cometido un error terrible! —exclamó Marina desesperada.

—De eso nada.

—¿Cómo? —preguntó Marina, descolocada.

—Pues que no le vamos a soltar. Estamos encantados con la noticia. Lo estamos celebrando juntos porque ahora ya lo están dando hasta en televisión. ¡Aún no me puedo creer que hayamos tenido tanta suerte, es increíble! —soltó el señor O'Connor dejando a Marina aún más perdida.

—¿Por qué?

—Porque es una gran oportunidad. Nosotros lo que buscamos es popularidad y este chico rico nos la dará.

—¡¡Pero la policía lo está buscando!! ¡No pude hablar con los italianos porque la policía estaba anoche en mi casa! ¡Nos van a pillar! ¡Soltadle por favor! —suplicó Marina a la desesperada.

—Mejor, si nos detienen, saldremos en todas las cadenas de televisión y seremos famosos en las redes sociales. Luego, Mildred, que es abogada, ya se ocupará de sacarnos.

—¡¡No, no y no!! ¡Esto es una locura! ¡Teníamos un trato!

Marina gritó sin darse cuenta. Miró a su alrededor asustada y vio que C.C. se acercaba a lo lejos. Parecía feliz, quizás Luci le hacía feliz. Y en aquel momento le pareció odioso y se le ocurrió una idea muy fea.

—En realidad, os quería comentar que he encontrado a un rehén mejor, el sobrino de los italianos. Y ya sabéis cómo son los italianos con la familia. Os devolverían los perros de inmediato a cambio de recuperar a su sobrino…

El señor O'Connor no respondió, pero Marina escuchó cómo discutía la propuesta con sus hijas.

—¿Lo tienes localizado? ¿Podrías traerlo esta misma tarde? —preguntó al cabo de un rato el señor O'Connor.

Marina saludó con la mano a C.C., que cada vez estaba más cerca, y susurró:

—Estoy con él ahora mismo.

Y en el momento de pronunciar esas palabras, una puñalada de culpa le atravesó el pecho.

—De acuerdo, tráelo esta tarde y haremos el intercambio.

Marina colgó rápidamente, justo en el preciso instante en el que C.C. la alcanzó.

—¿Con quién hablabas? Se te veía preocupada… —le preguntó C.C. con talante observador.

—Bah, con mis padres, que son unos plastas —mintió Marina.

—Vale. Oye, te invito a desayunar en la cafetería.

—¿Tú?

—Sí, con tu dinero. Nos saltamos la clase.

Aceptó encantada. Aprovecharía para convencerle de que la acompañara a la cabaña de los animalistas y así solucionaría el embrollo de Patrick.

Si los O'Connor querían a un rehén, lo tendrían. Sería alguien que agradecería vivir una experiencia diferente y emocionante como la que los O'Connor le ofrecían; alguien que fliparía en colores, puesto que la realidad le parecía tan insulsa que la ignoraba. Sería alguien a quien nadie echaría de menos. Porque… ¿a quién le importaba que hubiera un friki más o menos en el mundo? Ni siquiera a sus padres, que es a la única raza de seres a los que les importaría una cosa así. Mejor imposible.

Y con la conciencia acallada, se pidió un cruasán, un bollo de crema, una ración de pastel de chocolate y un vaso de leche, y mientras se chupaba los dedos le preguntó a C.C.:

—¿Estás libre esta noche?

Evidentemente. Se le veía en la cara de estúpido que se le puso. Era obvio que no ligaba, que no tenía amigos ni planes, excepto la boba de Luci.

—¿Por…? —dejó caer con una fallida pretensión de hacerse el interesante.

Marina sonrió.

—Te quería invitar a venir conmigo a un bosque.

—¿Y qué tiene de especial ese bosque de noche? —respondió C.C. de forma insolente.

—Una fiesta secreta de la mafia internacional.

C.C. tragó saliva.

—¿Siciliana y napolitana?

—Más que nada irlandesa. Bueno, y mafiosos de toda Europa. Celebran su fiesta anual superexclusiva y me han invitado porque les he dicho que era amiga de un mafioso italiano muy importante.

C.C. abrió unos ojos como platos.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Tú —respondió Marina para sorpresa de C.C.

—¿Cómo?

—Pues… es que me hacía mucha ilusión ir y no sabía cómo conseguir una invitación, así que me lo inventé. Pensaba que podrías ayudarme haciéndote pasar un ratito por mafioso italiano.¡Seguro que la fiesta es genial y que harás un montón de contactos interesantísimos!

—Menuda tontería. La mafia no me interesa para nada.

—¿Y el libro sobre mafias que te compraste?

C.C. le quitó importancia.

—Es un libro entretenido y punto.

Marina quedó afectada.

—No puede ser que ayer estuvieras tan… comprensivo y hoy, hoy no te interese en absoluto.

—Esta noche tengo que ir al *cyber*. Mis amigos de la partida me esperan —respondió secamente C.C.

—Yo también, y los mafiosos —musitó Marina.

C.C. fue tajante.

—Pues si necesitas a un pringado que se haga pasar por italiano, invita a ese amigo tuyo que tanto te gusta…, el irlandés.

Marina bajó la mirada.

—Patrick no puede… Está…, está malo. Dejando a un lado que nunca pasaría por italiano. Es demasiado blanco, demasiado alto y tiene los ojos demasiado azules.

C.C. hizo una mueca de asco. Marina dedujo que se estaba metiendo en un jardín repleto de minas, así que decidió cambiar de táctica. Ángela siempre conseguía lo que quería a base de caídas de ojos magistrales, morritos y guiños.

No dominaba los morritos ni las caídas de ojos, así que decidió probar con el guiño. C.C. se la quedó mirando sorprendido. Marina insistió. Guiñó de nuevo el ojo derecho (¿o el izquierdo?) y preguntó:

—¿Qué? ¿Te atreves a acompañarme?

Pero C.C. no la escuchaba, sino que la observaba preocupado.

—¿Te has mordido la lengua o algo así?

Marina entendió que se refería a su supuesto guiño. ¿Tan mal le salía? Y recordó otro truco de Ángela, el movimiento de cadera insinuante. Se dio la vuelta y caminó contoneándose hacia el mostrador con tan mala pata que perdió el equilibrio, cayó y se derramó la leche sobre el chándal. C.C., solícito, la ayudó a levantarse, tomó un pañuelo de papel y la limpió.

—Te han fallado las rodillas, caminabas muy raro. Debes de haber pisado algo resbaladizo.

Marina sintió ganas de llorar, pero todavía le quedaba una última oportunidad. Aprovechando que C.C. estaba muy cerca y que le pasaba con delicadeza el pañuelo por la cara, se puso de puntillas, adelantó la barbilla y le besó. Total, por un beso…, pensó Marina con frivolidad. Solo era una mercancía intercambiable por la vida de Patrick.

Sin embargo, le gustó. Y lo más curioso fue que C.C. se lo devolvió con ímpetu, con tanto ímpetu que la arrimó contra la pared y le cortó la respiración. Y debió de suceder que estaba muy cansada o que tuvo un corte de digestión, porque de repente se le nubló la vista y cayó por un torbellino

vertiginoso y negro. Despertó en el despacho del director, tumbada sobre su alfombra y empapada de agua. El mismo C.C. le había lanzado un vaso a la cara.

—Lo siento. Te has desmayado —se justificó con los ojos brillantes y las mejillas arreboladas, encantado con su desmayo.

Luego, en un susurro le rogó:

—Les he explicado que estabas mareada y que por eso te llevé a desayunar a la cafetería. No les he dicho que fue besándonos.

Marina no daba crédito. ¿Se había desmayado morreándose con…? Y cayó en la cuenta de que había besado a C.C. y de que C.C. la miraba de una forma especial, tan especial que notó las mejillas ardiendo y rápidamente se llevó las manos a la cara.

¿Estaba enferma?

36. Marina

Su hazaña les precedía. El cotilleo que había corrido de boca en boca como la pólvora y que había hecho estragos decía: que Marina y C.C. se estaban repasando en un rincón de la cafetería y que ella se había desmayado de pasión. Los compañeros les hicieron un recibimiento entre risitas y miradas cómplices, y el profesor atendió a Marina con especial deferencia rogándole que se sentara en la primera fila y que, si se sentía mal, levantara la mano.

«Lo que puede hacer un desmayo», pensó ella, encantada. Naturalmente, el profesor no le pidió los *homework* ni la molestó durante toda la clase con preguntas estúpidas. Valía la pena desmayarse, se dijo cuando sonó el timbre. Un brazo solícito la ayudó a levantarse, pero no era el de C.C., sino el de Luci, que con mucha naturalidad empática le propuso:

—Te acompaño al lavabo.

Antaviana se les unió y mantuvo a C.C. alejado.

—Lo siento, vamos al baño de chicas, no puedes venir.

Marina se dio cuenta demasiado tarde de que estaba siendo víctima de una encerrona. Y así fue. Nada más cerrarse la puerta, Antaviana se le echó encima con uñas y dientes.

—Dijiste que C.C. no era tu novio.

—Y no lo es —se defendió Marina.

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué te besas con él en la cafetería y montas el numerito del desmayo?

Marina se sintió ofendidísima.

—No ha sido ningún numerito. Me he desmayado de verdad, lo juro.

Luci, con una expresión de sufrimiento pintada en el rostro, asistía a la escena unos pasos más atrás retorciéndose las manos.

Antaviana arremetió con saña.

—¿No has tenido suficiente con engañar a Patrick y robarle, y ahora también quieres hacer lo mismo con Cicerón? Ya tienes su chándal, su anorak, sus guantes… ¿Qué más quieres?

Marina lamentó el desgraciado momento en que enseñó el móvil de Patrick a la enana.

—Haz el favor de no meterte en mi vida.

Antaviana se creció y se convirtió en la protectora de los débiles, muy a su

estilo de Robin Hood liante.

—Con mucho gusto, si no fuera porque eres tú quien te metes en la vida de los demás y la estropeas.

—¿A qué te refieres?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Fíjate, le has destrozado la vida —y señaló a Luci, trémula, con la mandíbula desencajada y a punto de estallar en llanto.

—Yo no le he hecho nada a Luci.

Y Luci, en ese momento sí, rompió a llorar con desconsuelo. Marina se quedó aterrada.

—¿Qué he dicho? ¿Qué le pasa? ¿Luci, qué tienes?

Pero la consoladora oficial era Antaviana.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? Acabas de besarte con su chico y hundirla —resumió con su estilo simple y contundente de teleserie americana.

Marina se dirigió a Luci, anonadada.

—¿Te gusta C.C.?

Luci, como respuesta, intensificó el llanto y Antaviana la miró con desprecio.

—Y ahora me dirás que no te habías dado cuenta.

La miró con detenimiento y descubrió a una nueva Luci, vestida muy diferente del primer día. Llevaba unos pendientes chillones que se bamboleaban al ritmo de sus sollozos y vestía una camiseta ajustada que le marcaba un michelín indiscreto y que se abría descocadamente por el escote y mostraba parte de sus tetas. ¡Y qué tetas! El tipo de domingas que vuelven locos a los chicos. Un rápido repaso al resto del conjunto confirmó sus sospechas: el rímel, el maquillaje, la barra de labios, las gafas perdidas y los pantalones ajustadísimos. ¿Cómo había podido estar tan ciega?

—Lo siento, lo siento de verdad, yo no quería fastidiarte —consiguió balbucear a modo de disculpa.

Antaviana volvió a atacar.

—Sí, claro, no querías, pero lo has hecho. Has oído perfectamente que quedaban para esta noche, pero tú has tenido que llevártelo y convencerlo para que abandonase a Luci y se fuese contigo. Eres una egoísta, una acaparadora, una mala amiga.

Luci intervino apaciguando los ánimos.

—Antaviana, déjala. Seguro que no se había dado cuenta. Yo la creo —y suplicó a la pequeña y monísima Antaviana—: ¿Podrías dejarnos solas, por favor?

Antaviana le ofreció un Kleenex, le apretó la mano solidariamente, miró a Marina con odio y salió. Luci, a solas, se lavó la cara con agua fría.

—Lo siento, perdona, me han traicionado los nervios. No quería que te enterases, pero Antaviana ha tomado la iniciativa y no he podido detenerla.

Marina se sintió fatal.

—Lo siento, en serio. Yo y C.C. no somos nada, te lo juro.

Luci suspiró.

—No importa, siempre me pasa lo mismo.

—¿El qué?

—Que cuando me gusta un chico, yo no le gusto. A C.C. le gustas tú.

Marina lo negó, pero con menos vehemencia que cuando lo negó en el autobús. Su vida era una continua negación de C.C.

—Te aseguro que yo no le veo nada al friki, no le encuentro ninguna gracia —se vio forzada a reconocer, ignorando que se había desmayado al besarlo y que al pensar en su arrebato pasional se le encendían inexplicablemente las mejillas.

—Ni yo te veo la gracia a ti —dejó caer Luci de sopetón sin ninguna mala baba—. Eres una pija con la cabeza llena de serrín y hoy vas hecha un adefesio. Y ahora que me fijo, no tienes ni tetas. ¿Qué puede haber visto Cicerón en ti? No lo sé, posiblemente seas un espejismo, un trauma o una fijación que tuvo de niño con alguna prima, vete a saber. Sin embargo, te ha besado. No lo niegues.

Marina no lo negó. De hecho, se había quedado apabullada por la tranquila sinceridad de Luci. Sin querer herirla en absoluto, había hecho una disección fría de sus miserias. Y tenía toda la razón del mundo. Al fin y al cabo, no era más que el pálido reflejo de Ángela.

—Ha sido una casualidad, yo no quería besarlo, pero…

No sabía qué más había ocurrido. Y ahora que lo recordaba, sentía cómo le daba vueltas la cabeza. Prefería no pensar en ello. Y entonces Luci, la buena de Luci, la abrazó cariñosamente y la perdonó.

—Ya sé que no lo harás más. Ahora que sabes lo que sufro, te mantendrás lejos de C.C., lo sé, porque eres una buena amiga, ¿verdad?

Marina asintió conmovida. Luci era un sol.

—¿Y por qué te gusta? —preguntó intrigada y sin atreverse a decir que solo veía a un friki colgado.

Luci puso los ojos en blanco.

—Es un tío misterioso.

En eso Marina estuvo de acuerdo. No sabía nada acerca de su vida.

—Con un mundo interior muy rico —añadió Luci—. Y bajo su aparente personalidad, se ocultan muchas otras —suspiró.

Marina se sorprendió. A lo mejor no era la única que se ocultaba tras un nombre falso.

—Y sobre todo, me gusta porque es guapísimo —a Luci le brillaban los ojos y le temblaba la voz al reconstruir a su C.C.—. Tan moreno, tan delgado, con esa media sonrisa ladeada, con esas cejas tan pobladas e intrigantes que le ensombrecen la mirada. Y esos ojos color miel que sonríen juguetones.

—Continúa, continúa, por favor —el retrato de Luci era tan apasionado que Marina reprimió un escalofrío.

Luci fue bajando la voz imperceptiblemente:

—Y cómo le sientan los vaqueros, huuuum, y luego están sus piernas, tan largas y musculosas.

Marina fue recomponiendo un nuevo C.C. Un C.C. soñado por otra y deseado por otra. Un C.C. prohibido, reservado, con el cartel de «ocupado». Un C.C. ardiente, irónico, misterioso y musculoso. No se atrevió a decirle a Luci que había dormido abrazada a ese *body* tan maravilloso.

Luci la tomó de las manos.

—Gracias por ayudarme, te estaré agradecida toda la vida. Tú solamente háblale bien de mí, ya sabes, y le dices que esta noche en el cibercafé tendrá una gran sorpresa. Y luego le explicas que estás liada con Patrick. ¿Es la verdad, no? Solo eso. ¿Me lo prometes?

Marina tragó saliva, vio los ojos húmedos de Luci y no pudo negarse a esa promesa.

—Lo prometo —pronunció claramente.

Un grito repentino les hizo pegar un salto. La puerta del baño se había abierto y una Antaviana horrorizada tomó a Luci de la mano, la arrastró fuera y gritó asustada:

—¡Corre, vámonos!

Luci se resistió.

—Pero ¿qué pasa?

—Lo están dando por las noticias, todo el mundo lo sabe: Patrick ha desaparecido. Acaba de llegar la policía al colegio para interrogar a Ángela.

Se dio la vuelta un instante para mirar a Marina y le gritó:

—¡Asesina!

Las dos desaparecieron corriendo por el pasillo. Y Marina estuvo a punto de desmayarse por segunda vez en el mismo día.

37. C.C.

Los lavabos de chicas eran uno de los misterios más complejos de la civilización occidental, pensaba C.C., al verse condenado una vez más a quedarse fuera. Se habían escrito millones de libros sobre las pirámides, la Isla de Pascua y otras memeces, pero nadie se había propuesto investigar seriamente sobre los extraños acontecimientos paranormales que sucedían en el interior de los baños de chicas. Entraban niñas de doce años y salían tías de veinticinco; entraban blancas y salían morenas; entraban tan amigas y salían peleadas. Eso, si salían, claro. Ángela, antes de ser engullida por la puerta misteriosa del baño, le había dicho: «Espera, ahora salgo», y él la había creído.

Hacía ya unos veinte minutos que Antaviana y Luci, sonrientes y tan amigas, habían entrado flanqueando a Ángela y convertidas en su Guardia de Corps personal que ahuyentaba a los moscones como él. Después, gritos, llantos. Luego, la salida precipitada de Antaviana, hermética, poseedora de un secreto inconfesable, porque, por mucho que rogó a Antaviana que le explicase lo que sucedía ahí dentro, la enana se negó. Esa era otra de las reglas de oro de las chicas. Jamás explicaban las historias de los baños. Era un misterio sellado por un pacto de silencio.

No le gustaba nada esa situación. Ángela en poder de Luci sabiendo que Luci era Mirior. ¡Uuuf!

Hubiera tenido que pasar de todo e invertir el tiempo del recreo tomando algo en la cafetería con su nueva fortuna; o bien, estirando las piernas bajo la persistente *rain,* pisando el *green* del *garden;* o bien largándose al cibercafé, conectándose y pasando de las clases. Pero no podía: estaba esperando a Ángela, quería volver a ver a Ángela, necesitaba hablar con Ángela. Sin rodeos ni eufemismos: se moría de ganas de volver a besar a Ángela.

NO. ¡¡¡No, no, noooooooo!!!

Se había colgado de Ángela.

Lo sabía, sabía que la pija se había ido apropiando lentamente de su voluntad y se había ido haciendo sitio en su vida —a codazos y a lo bruto—, hasta instalarse definitivamente en el hueco de su esternón. Y ahí estaba, en medio de todas partes, un miércoles, vampirizándole sus pensamientos, sus sueños y sus deseos. Como si en el mundo no hubiese nadie más, como si

todo empezase y acabase en su nariz, en sus ojos bicolores y en sus labios. Qué desastre.

Desde el momento en que le entró a saco mientras hacía cola en el baño del avión hasta ese mismo instante, esperándola ante la puerta cerrada de otro cuarto de baño, la telaraña invisible del misterio de la verdadera naturaleza de Ángela le tenía atrapado y en vilo. Ya no pensaba en recuperar su personalidad de Raeyn ni en desenmascarar a su usurpador. Ya no le quitaban el sueño el destino de Mirior ni la desaparición de Jerjes. Ya no suspiraba por Thana ni maquinaba estrategias para Nura, su nuevo personaje femenino. Todo era secundario, prescindible y decepcionante, sobre todo desde que supo que nunca más podría regresar a un juego invadido por su padre.

Sin embargo, la pija no le había decepcionado. Estaba sin colonizar, era salvaje, indómita y sorprendente. Le tenía sin aliento. ¿Qué nueva sorpresa le depararía? Los increíbles cambios de imagen de Ángela habían ido modificando su aura y en su último estadio evolutivo —vestida con su chándal y calzada con unas zapatillas irlandesas— le resultaba encantadoramente familiar y hasta pícara, sobre todo si la imaginaba con sus calzoncillos puestos. Irresistible. Tenía que haber una explicación científica para su debilidad…, su falta de amor propio…, su miserable actitud servil.

Y Ángela sin salir.

¿Qué estarían haciendo Luci y Ángela juntas tanto rato?

Enfrascado en esas reflexiones apenas cazó la imagen de Antaviana, que volvía por el pasillo con cara de haber visto a un fantasma y arrasando todo a su paso como un ciclón. Antaviana abrió la puerta del aseo con estrépito, entró, salió al minuto con Luci agarrada del brazo y las dos huyeron a la desbandada.

Y Ángela sin salir.

Finalmente, una eternidad después, Ángela, demudada, abrió la puerta del baño temblorosa.

—Ángela… —se atrevió a decir.

—¿Dónde está Antaviana? —le preguntó.

—Antaviana se largó con Luci.

Ángela estaba preocupada.

—Por favor, ayúdame.

Era una estupidez. C.C. sabía que las chicas pedían ayuda por vicio, que no había nada especial en el hecho de que una chica pidiese ayuda, que se la pedían al primero que pasaba: al conserje, a un ciclista, al estudiante que tenían al lado. Sabía que ayudar a una chica, en el código de ellas, no suponía estrechar ningún vínculo. Y sin embargo, que Ángela le pidiese ayuda así le emocionó.

—No te preocupes. ¿Qué quieres que haga? —pronunció sin pizca de dignidad.

Ángela se mordía las uñas muy nerviosa.

—Vigila a Antaviana. Entérate de lo que hace, con quién habla y lo que dice. Y ven a informarme enseguida. Te espero en la entrada, con Quinny.

C.C. corrió tras Antaviana y Luci como alma que lleva el diablo y llegó a tiempo de ver a lo lejos cómo Antaviana, del brazo del director, entraba en su despacho.

—¿Qué ocurre?

Luci se lo explicó encantada.

—La policía quiere interrogar a Antaviana. Está en el despacho del director.

—¿Qué ha pasado?

Luci puso cara de póquer.

—Es terrible. Ángela es sospechosa de asesinato.

—¡¿Cómo?!

—Patrick ha desaparecido y Ángela tiene su móvil.

—Nadie mata por un móvil —negó C.C.

—Tú y yo no, pero Antaviana, por ejemplo, sí. Dice que era un modelo superbueno.

—Qué tontería.

—Estuvieron en el castillo, junto a la torre del reloj, y se fueron juntos. Los vio el del quiosco.

—¿Y…?

—Y luego nadie lo ha vuelto a ver. No volvió a casa por la noche y su familia ha puesto a la policía a investigar su desaparición.

Bien por Ángela. Le gustaba la idea de Ángela deshaciéndose del baboso de Patrick.

—¿Tú crees que Ángela puede haberlo liquidado?

Luci suspiró.

—Yo de Ángela me lo creo todo. Esa tía no es agua clara. Miente.

C.C. tragó saliva. Estaba siendo víctima de una enorme contradicción. Le tentaba la idea de que Ángela se hubiese cargado a Patrick, pero se vio obligado a disimular.

—Es increíble. Hasta luego.

Y sin tomar precauciones para cerciorarse de que Luci no le seguía, echó a correr de nuevo por los pasillos (lamentando no disponer de un patinete), salió agónico de la escuela y localizó a Ángela en el jardín jugando a lanzar piedras a Quinny. Corrió hasta ella y lo soltó de un
tirón.

—Antaviana está declarando ante la policía en el despacho del director por

la desaparición de Patrick.

Quinny ladró enfadada, como si lo hubiera comprendido todo. Ángela se detuvo y se puso a temblar de miedo. Cuando temblaba parecía más cría, más necesitada de cariño y calor humano. Se moría de ganas de alargar la mano, acariciarla y decir una gilipollez como «no estás sola, somos dos». Por suerte, se abstuvo.

—Oh, por favor, tengo que esconderme. No pueden encontrarme porque si no, no podré… ¡Oh, qué lío, qué horror! —gimió Ángela.

C.C. no dudó ni un segundo y, sin preguntarle si las sospechas que recaían sobre ella eran fundadas o no, tomó a Quinny en volandas tapándola bajo su cazadora, agarró a Ángela de la mano y salió zumbando. Al pasar por la cafetería, se metió un vaso en el bolsillo y continuó la carrera.

—Ven, conozco un buen escondite.

Las dejó a las dos en el cuarto de las escobas. Ahí guardaban los cubos, las bayetas y el salfumán. Le hizo prometer a Ángela que no se movería hasta que regresase con noticias y, tras recibir un lametón de agradecimiento de Quinny, se metió en la biblioteca.

Se sentía un héroe. Tenía un plan concebido para espiar a Antaviana. Gracias a su preocupante obsesión por interpretar signos y orientarse en lugares caóticos, había detectado que el despacho del director se comunicaba con la *library* de la academia.

De una ojeada se hizo cargo de la situación: al fondo una bibliotecaria ávida de estudiantes que le molestaría seguro; a mano derecha, la pared contigua que daba al despacho del director; y a mano izquierda, en el lugar más alejado y recóndito, las novelas. Con su mejor sonrisa de chico aplicado, pidió a la bibliotecaria que le hiciese una selección de las diez mejores novelas irlandesas del siglo xix ambientadas en la campiña. La bibliotecaria entró en estado de éxtasis, corrió rauda a cumplir con su encargo y le dejó el camino libre.

C.C. se acercó al lugar donde calculaba que estaba el tabique que comunicaba con el despacho del director, cubierto de estanterías cargadas de aburridos libros de Derecho. Palpó, golpeó suavemente con los nudillos y vació con disimulo una estantería para poder acercar el vaso a la pared. De la forma más discreta posible, pegó su oreja al vidrio y se dispuso a escuchar. Entendió lo que pudo de la conversación que se estaba desarrollando entre el director del centro, la policía y la pequeña Antaviana que gimoteaba.

—Yo no quería. Fue él quien me convenció. Lo juro.

Ante su sorpresa, el director del centro la consoló.

—Ya sabemos que eres una buena chica, pero queremos que nos des sus datos para registrar su casa y detenerlo.

Antaviana no titubeó.

—Se llama Cicerón y se aloja con la familia O'Hara.

C.C. se quedó blanco. No entendía nada. ¿No estaban hablando de Ángela y su supuesto homicidio en el bosque? ¿Y de qué lo acusaba Antaviana? No tuvo que esperar demasiado.

—Me dijo que metiera el ordenador portátil en mi mochila y que saliera por la puerta sin mirar a los guardias de seguridad.

Qué morro, Antaviana lo estaba acusando del robo de los grandes almacenes. Así pues, había habido un error en la información de Luci. La policía había ido a la academia a interrogar a Antaviana porque la habían identificado gracias a las cámaras de vigilancia, pero la traidora de Antaviana le acusaba a él de instigador del robo.

—¿Y Cicerón cuántos años tiene?

—Unos diecisiete. Ya es mayor, yo creo que tiene edad penal. A él sí que lo pueden meter en la cárcel
—explicó con deleite Antaviana, ofreciendo carne fresca de presidio al policía.

—Diecisiete añitos, vaya, vaya… Y así pues, él te daba las órdenes a ti porque eres menor.

—Sí, señor —ratificó Antaviana con una vocecilla de niña buena que conmovía hasta a través de la pared.

—Y mientras tú robabas, ¿él qué hacía?

—Vigilar para que no escapara. Me quería tener cerca y controlada para pasarle la mercancía.

—Ayer fuimos a tu casa a buscarte y no estabas. Interrogamos a los vecinos, pero no sabían nada de tu paradero.

—Me tuve que esconder en casa de mi amiga Luci para evitar que C.C. me encontrara y me hiciera daño. Yo tenía mucho miedo. Cuando se enfada, puede ser peligroso.

Antaviana estalló en un llanto melodramático.

El teléfono sonó y el director se lo pasó al policía comunicándole que la señora O'Hara estaba al aparato y que tenía muchas cosas que declarar sobre el delincuente que se alojaba en su casa. Cuando colgó, C.C. supo que estaba sentenciado.

—En efecto, han encontrado el portátil robado debajo de su litera, así como un libro sobre la mafia. La dueña de la casa ha dicho que el joven Cicerón tiene un carácter introvertido y violento y que es un pésimo ejemplo para sus hijos.

C.C. supo que, a partir de ese momento, para los adultos, él era culpable de robo y la niñita se había convertido en la víctima de un desalmado casi mayor

de edad. La vida era injusta y miserable. Todos le traicionaban. La señora O'Hara, sus padres, Luci, Antaviana… Solo había una persona en el mundo que no le había engañado, que no le había mentido y que confiaba en él.

Gritó en silencio para sus adentros, se levantó y salió de la solitaria sala de lectura y estudio sin avisar a la bibliotecaria. Una vez en el pasillo, ni siquiera se fijó en que Luci le esperaba agazapada y le seguía a unos metros de distancia. C.C. se lanzó a la carrera hasta plantarse delante del cuartito de la limpieza, abrió la puerta, tomó a Ángela de la mano, recogió a Quinny cariñosamente del suelo y propuso:

—Vamos al bosque juntos.

A Ángela le pareció una excelente idea. Y a Quinny también.

TERCERA PARTE

38. Antaviana

¿Dónde iba Luci corriendo como una loca bajo la lluvia? ¿Por qué se ocultaba en los portales antes de cruzar la calle?

—¿Qué haces?

Luci dio un respingo.

—¡Chissst! —le indicó llevándose un dedo a la boca y pidiéndole silencio.

Luego, señaló las dos figuras que se alejaban y doblaban la esquina.

—¡C.C. y Ángela! —gritó Antaviana, indiscreta como siempre.

—¡Chissst! No grites, que van a oírnos —la reprendió Luci.

—¿Qué hacen?

—Se escapan. ¿No lo ves?

—¿Adónde? —preguntó Antaviana.

Luci respondió muy segura de sí misma:

—Ángela se lleva a C.C. al bosque. Quizás al mismo bosque donde enterró a Patrick.

Antaviana se tapó la boca con la mano.

—¿Para matarlo?

—Claro. Pero si la detengo ahora, no podré demostrar su culpabilidad. Quiero pescarla in fraganti.

Antaviana estaba asombrada de la frialdad de Luci, que continuó exponiendo su plan.

—Esperaré a que lleguen al bosque y, cuando Ángela se proponga cargárselo, intervendré.

—Salvarás a C.C. en el último minuto, para que entienda de una vez quién es Ángela y se le caiga la venda de los ojos.

—Exactamente.

Antaviana suspiró aliviada. Luci no tenía que descubrir que ella había declarado contra su enamorado, pero necesitaba a C.C. como culpable. Si C.C. no iba a la cárcel, a ella la meterían en un correccional de menores.

—¿Y cómo subirás al mismo autobús sin que nos vean?

—No subiré —respondió Luci lacónicamente.

—¿Ah, no? ¿Y cómo los seguirás?

—En un taxi.

—¿Y con qué dinero lo pagarás?
—Con el tuyo.
Eso le pasaba por preguntar.
—Ja, ja de jamón —dijo para despistar.
Entonces Luci la miró con una determinación extraña.
—Mira, guapa, más vale que hagas lo que te digo o, si no, me iré de la lengua y le explicaré a la pasma que te dedicas a choricear bisutería de las tiendas.
Antaviana palideció.
—¡Eso es mentira!
—Y robaste un ordenador —fue más lejos Luci.
—¡Falso! ¡Se lo quedó C.C.!
—Y un libro de la mafia.
—Fue él, se los quedó él.
—Él no quería, fuiste tú quien te lo metiste todo en la mochila contra su voluntad.
Antaviana sufrió un instante de desconcierto. ¿Acaso Luci tenía poderes?
—¿Y tú cómo lo sabes?
—Porque os seguí y os espié —se justificó—. Sigo a C.C. porque me gusta, me gusta mucho —susurró en un lamento— y por eso estaba en los almacenes.
Una razón contundente que dejó a Antaviana sin argumentos.
—Pero Ángela me lo ha quitado y eso no vale
—masticó Luci, dolida.
—¿No? ¿Por qué? —preguntó con franca curiosidad Antaviana, para quien todo valía si era por una causa justa, o sea, por su conveniencia.
—Me lo prometió. Me prometió que dejaría a C.C. tranquilo.
—Jamás creas a una extraña —le aconsejó Antaviana.
Luci entrecerró los ojillos y se transformó en una vengadora.
—C.C. es mío, yo lo vi primero.
Antaviana estaba disfrutando de lo lindo. Sin embargo, si Luci y C.C. se aliaban y declaraban contra ella, lo iba a tener crudo. Lo mejor sería estar en medio y controlar.
—Te acompañaré. Necesitarás ayuda para reducirla.
—No me hace falta, soy cinturón negro de kung-fu.
Antaviana abrió una boca de palmo.
—Te acompañaré de todos modos. Quiero saber dónde está la tumba de Patrick, pobre chico.
A Luci le brillaron los ojillos.
—Buena idea. Necesitamos pruebas.

Antaviana respiró aliviada. Si ella estaba ahí, ya se las apañaría para que Luci no pusiera las zarpas sobre C.C. Y de pronto, como un fogonazo, se le ocurrió que lo mejor sería que Ángela se lo cargase. En boca cerrada no entran moscas.

—Prepara el dinero para el taxi —le ordenó su amiga excompasiva y exempática.

Antaviana, resignada, sacó su cartera, que gracias a sus últimos padres adoptivos —con sentido de culpa por ser incapaces de comprenderla— siempre estaba repleta. Ángela y C.C. subieron a un autobús e inmediatamente Luci se lanzó en medio de la calzada, detuvo un taxi y le señaló al autobús.

—Sígalo —ordenó en inglés con acento peliculero.

39. Marina

Marina subió al autobús, dio la mano a C.C., le sonrió y le invitó a sentarse a su lado. Durante un rato los dos permanecieron en silencio, discretamente absortos en sus pensamientos, hasta que en la primera curva el autobús viró tan bruscamente que les hizo perder el equilibrio y los lanzó al uno contra la otra. Al levantar la mirada para disculparse, Marina topó con los labios de C.C., que, sin preguntar, se tomó la libertad de besarla de nuevo. A partir de ahí, Marina perdió la cabeza y se quedó sin voluntad.

A C.C. le faltaba profesionalidad, pero le sobraba entusiasmo. Sus besos eran atrevidos, puros, lo que se dice besos de novato apasionado, de los que dejan sin aliento, pero que todavía saben un poquitín verdes. Marina, más ducha en la especialidad desde la tarde anterior, se propuso enseñarle algunos truquillos para mejorar. Era buen alumno, sin duda. Pasó de devorar a degustar; de tragar, a paladear; de precipitarse, a demorarse, hasta que Marina cerró los ojos, se relajó y reconoció que ya no tenía nada más que enseñarle.

Marina se sentía cómoda en brazos de C.C. y lo más curioso era que, tras dos días vistiendo su ropa, se había acostumbrado a su olor. C.C. olía a suavizante azul y a sudor de limón, y los dos, juntos, giraban en una lavadora de arrumacos mezclando sus ropas, sus efluvios y sus cuerpos. A Marina le resultaba difícil distinguir dónde acababa su mano y comenzaba la mano de C.C. Confundía los olores, las texturas y el tacto de la piel, y tras cada curva y cada frenazo, sus cuerpos se iban liando más y más hasta formar un amasijo intrincado de brazos y piernas. Ya totalmente desinhibida, lamentó que el autobús se detuviese, justo en el dulce instante en que la mano de C.C. acariciaba lentamente su hombro izquierdo. ¿O era el derecho?

Recogió la mochila donde viajaba Quinny y se levantó a su pesar.

Bajaron acaramelados y suspirando. Marina se sentía esponjosa y dulce como un bizcocho sacado del horno. Qué curioso. Luci tenía toda la razón: C.C. era guapo. Mejor dicho, era muy guapo y, por encima de todo, un compañero excelente. No sabía si era por compartir el mismo idioma, por el color oscuro de sus ojos o por llevar puestos sus calzoncillos, pero se sentía tan cómoda con él como con el sofá de su casa. Hasta Quinny, relajadísima, se

había quedado como un tronco acurrucada en la mochila; se notaba que la perra, en su compañía, se sentía como en familia. De buena gana hubiera continuado el viaje, pero su destino era otro. Tenía una cita para entregar a C.C. a los O'Connor y liberar así a Patrick…

¿¿Patrick?? ¡¡¡Patrick!!!

Horror. ¡Pobre Patrick! No había vuelto a pensar en él en todo el viaje. Se le había esfumado de su memoria con una celeridad impresionante. Quizás le quería tanto que, para no sufrir, su cerebro lo había borrado de su archivo. Así era la naturaleza humana, sabia y generosa. No como el bosque irlandés, desconcertante, húmedo y desabrido.

Estaba cayendo la tarde. Las sombras de los árboles se cernían amenazadoras sobre las rocas y la dulce curva de las colinas permanecía oculta. Angustiante. Los árboles no le permitían ver el bosque. Marina intentaba recordar infructuosamente las señales que había retenido en sus anteriores excursiones a la cabaña de los O'Connor: las madreselvas cruzando el sendero, las rocas cubiertas de musgo, el hormiguero de…

—Es la tercera vez que pasamos por aquí —comentó C.C.

Marina se detuvo de golpe.

—¿Estás seguro?

—Fíjate, esa rama podrida la he pisado tres veces. ¿No ves mi huella sobre el fango?

No la veía. Ni fijándose conseguía verla. Marina no era una exploradora india ni una investigadora del CSI. Era una chica sin sentido de la orientación y sin una pizca de memoria inmediata.

C.C., para romper el hielo, decidió verbalizar la duda que le carcomía.

—Entonces…, ¿te lo cargaste?

—¿Me crees capaz de cargarme a un tío?

—¿Por qué no?

Marina se sintió ofendida.

—¿Me crees una asesina?

El silencio fue más elocuente que todas las disculpas del mundo. Y Marina, repentinamente, se vio a sí misma radiografiada por los ojos oscuros de C.C. Veía a una posible asesina, a una posible ladrona, a una gran estafadora y a una perfecta impostora. En resumen: a una miserable.

Y eso que solo sabía de la misa la mitad.

No tenía disculpas para su acción. Estaba a punto de traicionar al chico con quien se había estado besando minutos antes. ¿Y si al friki no le apetecía ser el rehén de unos activistas irlandeses y vivir una vida emocionante al margen de la ley? ¿Y si, en cambio, se moría de
ganas de soportar a unos padres controladores, estudiar informática,

comprarse un cactus y vivir recluido en su habitación?

Además, le estaba sucediendo algo curioso: en aquellos instantes no tenía ningunas ganas de separarse de C.C., le había tomado cariño. Se sacudió ese sentimiento. También sentía cariño por sus calcetines, su bolígrafo y su cepillo de dientes. Seguramente se debía al uso y al roce. Sería por eso.

Por fin consiguió orientarse, pero a medida que se acercaban al claro del bosque, se iba sintiendo más vil. ¿Por qué no le explicaba la verdad? ¿Por qué no le confesaba su tremendo lío: su verdadero nombre, el malentendido de los perros, el trato con los O'Connor? ¿Realmente quería entregarles a C.C.? Suspiró, contó hasta diez y concluyó que no, que no quería, que era una sentimental de mucho cuidado

y que prefería que C.C. fuese un friki infeliz antes que un rehén con la adrenalina a tope.

—Anda, lárgate —decidió de pronto dirigiéndose a C.C.

Era un acto de bondad y valentía, pero C.C. no lo entendió así.

—¿Por qué me tengo que largar? ¿No teníamos que encontrarnos con la mafia internacional en el claro del bosque?

Marina tragó saliva. Le resultaba imposible confesarle que ese encuentro no era más que una estratagema para intercambiarlo como rehén. Si le explicaba las verdaderas razones, C.C. la odiaría; y si no se las explicaba, la odiaría igualmente.

—He quedado con Patrick y ya sabes que es mi novio. O sea que sobras.

Podría haberlo dicho aún peor, pero hubiera sido difícil.

C.C. palideció y se deshinchó como un globo pinchado.

—Yo creía que… —musitó mirando a Marina con ojos de pez atrapado en un anzuelo.

Marina sintió pena y unos enormes deseos de acercarse de nuevo a él, acortar distancias y besarlo, pero el sonido de ladridos de perro cercanos que indicaban que estaban llegando a la cabaña la hicieron reaccionar con rapidez y acabó de clavar su puñal en el corazón del frustrado rehén.

—No, no me gustas, si es eso lo que querías saber. Y ahora vete antes de que Patrick te encuentre conmigo y te rompa la cara.

—Yo creía que tú y yo…, yo y tú… —acertó a repetir como un tonto encasquillado el pobre C.C.

Y Marina sintió aún más lástima.

—Luci está loca por ti —soltó de repente, recordando una vaga promesa que por puñetera casualidad hasta iba a cumplir—. Es muy empática —añadió.

Fue el único piropo posible que se le ocurrió.

Dicho esto, corrió, corrió y corrió hacia la cabaña de los irlandeses sin mirar

atrás para no compadecerse del friki herido… Ser odiosa era la única manera de evitar que la siguiera. Qué asco de vida.

40. C.C.

C.C. tenía un nudo en la garganta. No estaba familiarizado con esa sensación y por eso le costaba discernir lo que le sucedía; lo cierto era que le costaba horrores respirar y le escocían los ojos.

Ángela, su preciosa y traidora Ángela, le había engañado como todas las otras chicas que había conocido a lo largo de su vida. Había esperado el momento en el que él había bajado la guardia y era más vulnerable para clavarle una puñalada trapera. Le había engatusado, seducido y manipulado para que la acompañara a la fiesta y luego le había dejado tirado como una colilla, en medio de la nada. Lo peor de todo era que ni siquiera conseguía entender lo que había pasado. ¿Qué sacaba la pija de su engaño? ¿Era tan ruin que le había besado y creado falsas esperanzas solo porque le daba pereza hacer el camino hacia la fiesta sola? Según su escasa experiencia, algunas chicas hacían este tipo de cosas, pero Ángela le había hecho creer que ella era distinta… ¿Eso era C.C. para ella? ¿Un simple guardaespaldas? Algo no le cuadraba: si lo que quería era protección y compañía, bien podría haberse buscado a un tipo más fuerte y entretenido.

C.C. notó cómo una lágrima indiscreta le resbalaba mejilla abajo y la secó rápidamente con la manga. No lloraría por culpa de una psicópata, desequilibrada o bipolar; no se lo merecía. Compungido, lo primero que se le ocurrió fue dar media vuelta para regresar a casa y refugiarse en su mundo virtual, seguro y predecible. Un mundo indoloro.

Sin embargo, a pesar de sentirse despechado, C.C. se resistía a esfumarse. Lo suyo era masoquismo puro y duro, del que practican los que nunca se dan por vencidos. Por eso decidió comprobar con sus propios ojos cómo Ángela se divertía en la fiesta, olvidándose de él y ligando con su Patrick o con algún mafioso europeo mucho más interesante. Así que la siguió hasta la cabaña del bosque y la espió a través de la ventana.

C.C. se autodisculpó pensando que ya tenía muy asumido considerarse un ser patético y sin dignidad. Sin embargo, lo que vio a través de la ventana superó sus expectativas masoquistas y pasó de estar triste a furioso.

¡Patrick, el idiota de Patrick, estaba en la fiesta! Ángela no le había mentido en eso. Le había abandonado para morrearse tranquilamente con ese irlandés descerebrado, aunque la fiesta, siendo honestos, le pareció una birria. Solo había tres chicas pelirrojas, muy guapas pero con cara de locas; un viejo

hippy-flowers irlandés; Quinny, que correteaba tan feliz; Ángela y el tonto de Patrick. Le hervía la sangre solo de verlo. Lo más sensato, sin duda, era dar media vuelta y conservar la poca dignidad que le quedaba, pero en vez de eso se vio, sin saber cómo, aporreando enérgicamente la puerta de entrada de la cabaña misteriosa.

No se reconocía; sus padres tampoco le reconocerían. La rabia que sentía por la traición de Ángela y la presencia de Patrick en la fiesta le había poseído y había tomado la decisión por él. Estaba aporreando la puerta de la casa de unos mafiosos desconocidos para recuperar la atención de una pija que le había traicionado para morrearse con un pijo irlandés. Ese valor, ese coraje, esa valentía solo la había experimentado a través de los ojos de Raeyn, su *alter ego* virtual ahora usurpado por su padre. Nunca hubiera imaginado que podría extrapolarla a la vida real.

C.C. no tenía ni idea de qué haría cuando abrieran la puerta. Por eso se sorprendió cuando se vio recitando versos en un italiano inventado —de anuncio de televisión— delante del *hippy* irlandés, que le miraba estupefacto. Llegados a este punto, C.C. decidió seguir adelante con su personaje improvisado.

41. Marina

Marina, atónita, escuchó a C.C. ¿Qué demonios hacía? No podía verle desde donde estaba, pero tan pronto como el señor O'Connor había abierto la puerta, había reconocido la inconfundible voz de C.C. hablando en un italiano macarrónico.

—O sooooole mio!… E cuando arrivo a casa…, Nescafé Capuccino!

Quinny ladró enfadada y Marina se agarró la cabeza con desespero ante tamaña sobreactuación. C.C. la estaba pifiando muchísimo. Ella, que creía que lo tenía todo controlado y que había salvado a C.C. de convertirse en moneda de cambio barata por el ricachón de Patrick, y no, ahí estaba él para estropearlo todo, como siempre.

Marina se sentía más o menos en paz. Se había negado a entregar a C.C., con el sabor de sus besos aún fresco en sus labios, y esa muestra de ética por su parte la había sorprendido gratamente. No era tan ruin como imaginaba y podría dormir con la conciencia tranquila por ser una chica con principios. ¿Por qué C.C. había decidido aparecer y fastidiarlo todo? ¿Y ahora cómo demonios arreglaba el desaguisado?

Marina había mentido a los O'Connor diciéndoles que el sobrino de los italianos se había escapado. Inventó una historia verosímil y algo truculenta de un chico miedoso, desconfiado y supersticioso que se dio media vuelta al olerse la trampa. No le hizo falta inventar ninguna agresión ni fingir ninguna amenaza. Lo simplificó diciendo que el chico era lo suficientemente listo como para no meterse en la boca del lobo y que la había dejado plantada a la primera de cambio.

¿En quién podía confiar ahora? Evidentemente en nadie, excepto Quinny. Y menos, en Patrick. Patrick la había decepcionado y había mostrado su verdadera cara. Para empezar, volvía a ser una «persona humana» y no un vegetal. Lo de «persona humana» decidió dejarlo entre comillas, porque lo cierto era que Patrick estaba muy raro.

Por un lado, durante su ausencia, Patrick no solo había resucitado, sino que estaba encantadísimo con la compañía de las hermanas activistas y defensoras de los perros. El muy frívolo se mostraba fascinado con la misión de los O'Connor y les hacía la pelota descaradamente. Lo peor era que ellas parecían hacerle caso. Bueno, en realidad, la única que le hacía caso era Mildred.

Además,
ahora que entendía mejor el irlandés, Marina se dio cuenta de que Patrick no era gracioso, sino que practicaba un estilo de chico popular bastante vomitivo.

—Pagaría por ser un perro y caer prisionero de tres maravillosas activistas y salvadoras de animales —recitó con sonsonete de seductor de discoteca.

Quinny protestó a su manera ante tamaña estupidez y le mordió un pie con saña. Patrick, muy en su papel de bueno, buenísimo, sonrió a la perra, como si no la reconociese.

—Claro que sí, querido. Te dejaremos que juegues a ser un perro —le replicó Marjorie con ironía.

—Te sacaremos al bosque para que caves un hoyo, mees en los árboles y aúlles a la luna —se recochineó Greta.

—¡Yo te ayudaré! ¡Serás un hombre nuevo, te salvaremos! —le animó Mildred creyendo ciegamente en su conversión.

Por lo visto, las hermanas O'Connor habían estado comiéndole el tarro, pero Mildred era la única que tenía fe en su labor de proselitismo. ¿Estaban *recaninizando* a Patrick? ¿Le estaban liberando de su coraza de niño rico? ¿Le estaban sacando de su burbuja elitista para hacerle aterrizar entre el pueblo?

—Patrick salvará a los perros del planeta. ¡Pobre del que vuelva a colocarle una correa a un perro! ¡Pobre del que le ponga un lazo! ¡¡¡Pobre del que lo lleve a la peluquería!!!
—gruñó el irlandés aporreándose el pecho como un gorila y gesticulando al estilo de los jugadores de *rugby,* con sus bravatas antes de luchar.

—Hola, Patrick —le había entrado Marina, puesto que no le hacía ni caso.

—¡Ah, hola, Ángela! —y se dirigió a Mildred para aclarar—: Esta chica es una adiestradora de perros de élite. Mi madre me pidió que la contratase por la mitad de precio porque ya sabe que yo, con las chicas, consigo lo que quiero.

—¿Cómo dices? —había rugido Marina sin poder contenerse.

—Lo siento, Ángela, te utilicé, pero tú también puedes salvarte —se había disculpado Patrick.

Marina se había quedado helada. Resultaba que Patrick se había servido de ella, o sea de Ángela, o sea de una adiestradora de perros, para conseguir un vulgar descuento. ¡Qué miserables eran los ricos! ¡Cuanta más pasta, más avaros! Eso significaba que ella, o sea Ángela, le importaba un pimiento. ¡Qué vergüenza! Ángela se merecía a alguien mejor, se merecía mucho más, y Marina, también.

Quinny, notándola abatida, se había acercado a lamerle las manos.

Fue en ese instante cuando había sonado el timbre y C.C. había hecho su aparición estelar haciéndose pasar por italiano.

C.C. era lo más próximo a un… ¿amigo?, ¿compañero?, ¿aliado? C.C. la

había seguido a la cabaña y no se había conformado con quedarse en un segundo plano. Había entrado y había puesto su vida en peligro —aunque él no lo supiera— para estar con ella. Y curiosamente no le parecía un plasta, ni un acosador… De hecho…, se alegraba de verle, e incluso… ¿le había echado de menos?

El señor O'Connor entró muy sonriente al salón seguido de un C.C. que, ajeno a la situación real, seguía con su horrenda interpretación de un mafioso italiano.

—Volare, oh, oh! Cantare, oh, oh, oh, oh!

C.C., orgulloso, miró a Marina, pero Marina, avergonzada por su turbio papel en aquella farsa, desvió la mirada mientras las irlandesas reducían a C.C. y lo ataban con cuerdas. C.C. desconcertado, seguía con su actuación.

—Volare, cantare, uoooohhh! Ma che cosa succede??? —preguntó algo descolocado a los irlandeses y a Marina.

—¿Así que este es el sobrino de los italianos? ¿Querías engañarnos? —preguntó el señor O'Connor a Marina.

—¡No! ¡Para nada! —se apresuró a responder Marina—. Este…, este es solo un plasta que me sigue a todas partes y no sé cómo quitármelo de encima. Ni siquiera es italiano de verdad.

—¡¡Miente!! —la acusó Mildred.

—¡Que no, que es la verdad! —se volvió hacia C.C.—: C.C., diles la verdad, que no eres italiano y mucho menos un mafioso.

—*Non capito* —respondió el inútil de C.C. siguiendo con la farsa.

Marina se desesperó.

—Da igual, tenemos tres rehenes, alguno servirá —apuntó Greta.

—¡Pero es que los italianos han desaparecido! ¡Os juro que no han vuelto a casa ni sé dónde están los perros! —se apresuró a explicar Marina a la desesperada.

—Eso ya nos lo has dicho, niña —la cortó el señor O'Connor—. No sabemos dónde están los italianos ni los perros, pero gracias a Greta sabemos dónde estarán.

Y sonrió misteriosamente.

—¿Dónde estarán? —preguntó Marina, un poco harta de los jueguecitos de los O'Connor para crear expectativas.

Greta lanzó un folleto que Marina pescó al vuelo dando un salto y pegándose con el canto de la mesa.

—Esta noche estarán aquí.

El folleto era del concurso de belleza canino más famoso de Irlanda.

Quinny ladró al reconocer el escenario.

Marjorie se emocionó.

—Es perfecto. Nosotros ya habíamos puesto en marcha el plan de boicotear el concurso y lo teníamos todo estudiado y preparado. Ahora encima aprovecharemos la ocasión para recuperar a nuestros perros.

Greta se acercó a Marina, le agarró el brazo y añadió:

—Y eso será cosa tuya. ¿Comprendes?

—Comprendo —asintió Marina sin comprender nada.

C.C. iba a decir algo en italiano, pero Greta lo amordazó. Marina lo agradeció; así no podría pifiarla más.

Mientras tanto, Patrick, sentado junto a Mildred, estaba mirando el álbum familiar de los O’Con-
nor con verdadero entusiasmo. Le brillaban los ojos de emoción y apretaba los puños en un gesto de pasión contenida. ¿Qué demonios le ocurría?

—¡Mildred! —reclamó el patriarca.

Mildred desvió la mirada de Patrick y Marina se sorprendió del cambio operado en la primogénita O’Connor. No parecía la misma chica sensata, toda una abogada, que el día anterior la había secuestrado. Ahora solo tenía ojos para Patrick. Pero no la culpaba, sabía que Patrick causaba este efecto porque a ella le había pasado lo mismo. Mildred se estaba dejando convencer por la conversión de su rehén a su causa.

—Mildred, haz el favor de centrarte y volver a atar al rehén.

—No puedo. ¡Ya es de los nuestros!

—¿No te estarás dejando engañar?

—¡Papá, es el síndrome de Estocolmo! ¡Es maravilloso!

—¡Mildred! —insistió el patriarca O’Connor más autoritario—. ¿Cómo es posible que te creas sus patrañas?

—Patrick está plenamente convencido. Dice que quiere unirse a nosotros.

«Sí, y tú vas y te lo tragas», pensó Marina.

—Mildred, querida, eres muy ingenua y te lo crees todo. Patrick es un McCarthy y los McCarthy son por naturaleza fatuos, engreídos y crueles. No pueden transformarse en seres sensibles por puro y simple contagio de un día para otro.

—No ha sido contagio, yo le he adoctrinado y él ha visto la luz —se empeñó Mildred, convencida de que era buenísima.

Sus hermanas, mucho más realistas, amordazaron e inmovilizaron a Patrick en un pispás ante el estupor de Mildred.

—Vamos a repasar EL PLAN —ordenó el señor O’Connor, y fue a por una pizarra cubierta por una tela blanca.

En la pizarra había un montón de cosas escritas bajo el título: «EL PLAN». Debajo había flechas, horarios, un mapa y sus nombres en clave: «Colmillo Blanco», «Loba Feroz», «Niebla Nocturna», «Pata Negra», «El italiano»,

«Rubia Teñida» y «Pequitas». Al lado del sobrenombre de «Pequitas», que debía de ser Patrick, alguien había dibujado una heroica espada.

—¿Y esto? —se burló Greta.

Mildred enrojeció y Marina sintió vergüenza ajena.

A Marina EL PLAN no le pareció un título muy creativo. Sin embargo, tuvo que admitir que era impecable. Los O'Connor lo tenían todo controlado. Habían sobornado a algunos guardias de seguridad, habían conseguido identificaciones falsas y habían reproducido el mapa original del recinto.

Su boicot al concurso canino consistiría en secuestrar a los perros participantes en una salita anexa al escenario justo antes de que empezara el desfile, para raparlos y pintarlos con espray a modo de protesta.

—¿Y los italianos? —preguntó Marina.

—Estarán en el recinto con los perros robados, seguro —afirmó Greta.

A Marina no le pareció tan seguro. Más bien le pareció una estupidez que los italianos llevasen los perros robados a un lugar donde sus amos los pudiesen reconocer. Pero calló la boca. Al fin y al cabo, ella era la prisionera.

—Ahí es donde intervienes tú —añadió Marjorie.

—¿Yo?

—Puesto que nadie te conoce, preguntarás a unos y otros, indagarás dónde están nuestros perros y los rescatarás.

—O sea, ¿que queréis que me ponga a hacer de Sherlock Holmes en pleno concurso canino mientras vosotros boicoteáis el acto?

Los O'Connor asintieron.

—¿Y si me quedo aquí vigilando a los rehenes? Desde aquí también puedo hacer llamadas.

Los O'Connor no cedieron. Ella les había robado los perros, ella los tenía que recuperar.

—Vale… —accedió Marina, fastidiada—, pero son muchos para rescatarlos yo sola. Necesito que C.C., el italiano, me ayude.

C.C., amordazado, asintió con la cabeza a la vez que lanzaba a Marina una mirada de agradecimiento.

Los O'Connor se miraron. Ciertamente, era imposible que Marina pudiera llevarse sola a todos los chuchos.

—De acuerdo —soltó de repente el señor O'Connor—. Patrick te acompañará. Nos quedamos con el italiano.

Mildred protestó rápidamente.

—¿Cómo vas a dejarlo con ella? ¿No ves que nos abandonarán?

—A ver, querida, acabas de anunciar que Patrick está con nosotros. ¿En qué quedamos? —resopló el señor O'Connor.

—No me fío de esta —dijo señalando a Marina.

—Muy bien, pues la acompañarás tú —zanjó el patriarca señalando a Mildred—. Salimos en cinco minutos, así que todos a prepararse.

—¿Y ellos? —preguntó Marina señalando a los dos rehenes amordazados y maniatados a las sillas.

—Ellos se quedan aquí. Si consigues los perros, los soltaremos.

Marina se sintió la adolescente más desgraciada y estúpida del mundo. No solo no había conseguido liberar a Patrick, su supuesto amor, sino que, para más inri, había conseguido que también secuestraran a C.C., su… ¿nuevo amor? La había pifiado otra vez con su inequívoco *Marina's style.* Se sentía tan engañada y perdedora que no fue capaz de reprimir la protesta que impulsivamente vomitó a la desesperada:

—¡No habéis cumplido vuestra palabra! Me prometisteis que si os entregaba al sobrino de los italianos, soltaríais a Patrick. Teníamos un trato.

Marina se arrepintió en el mismo instante en que las palabras salían de su boca y se escapaban libres para ser escuchadas por todos. Deseó poder reabsorberlas y tragárselas aderezadas con su estupidez, pero ya era demasiado tarde.

Vio, casi palpó, cómo el corazón de C.C. se rompía en mil pedazos y se sintió el ser más ruin del mundo. No entendía cómo ella, Marina, la pringada a la que siempre tomaban el pelo por inocente, había llegado a manipular, mentir, seducir y traicionar a alguien en su propio beneficio. Nunca pensó que sería capaz de llegar a esos niveles de bajeza moral. No se reconocía. Eso no era propio de ella; era propio de alguien egocéntrico y narcisista.
Era propio de alguien como… ¡Ángela! Se le hizo un nudo en el estómago.

Marina tomó a su perrita en brazos y salió tras la familia O'Connor sin levantar la mirada del suelo, evitando todo contacto visual con C.C. No podía soportar su expresión de cordero degollado mezclada con decepción. En cuanto se cerró la puerta de la cabaña tras ella, le pareció escuchar la voz de Ángela dentro de su cabeza diciendo: «Felicidades, creía que eras un caso perdido, pero cada día te pareces un poquito más a mí».

42. Luci

U
na vez el coche de los O'Connor, con Ángela dentro, se hubo alejado lo suficiente, Luci y Antaviana se levantaron de su escondite con las piernas entumecidas y llenas de rasguños. Natural, se habían ocultado tras unos matorrales que resultaron ser espinos. Desde ese incómodo mirador, acuclilladas bajo una ventana, habían espiado las escenas que se habían ido sucediendo dentro del salón de los O'Connor.

Luci no había digerido la traición de Ángela. Sin embargo, lo que más la agobiaba en aquellos momentos era la pequeña Antaviana. Desde el momento en que pisaron el bosque y se internaron en la espesura, comenzó a excitarse hasta unos niveles preocupantes. Si de natural Antaviana ya era desconcertante y parlanchina, el efecto del bosque sobre su personalidad era alucinante. Decía incoherencias, hablaba solo en inglés y la conducía por atajos que se conocía como la palma de la mano. Reía sola y no paraba de repetir nombres, unos nombres que luego resultaron ser los nombres de las hermanas O'Connor.

A Luci le dio algo de miedo. La pequeña locuela parecía la protagonista de una novela de Stephen King: una niña terrorífica que ya había vivido otras vidas anteriores y debía desempeñar una misión. Se propuso, por si acaso, no acercarse demasiado a ella, y, en la medida de lo posible, no llevarle la contraria, aunque esto último era casi imposible.

Aquel era un buen momento para intervenir. Ángela se había esfumado y C.C., solo y frustrado, era el rehén de una familia irlandesa. Ahora Luci era la única que podía ayudarle. Sería su salvadora y a él se le caería la venda de los ojos y olvidaría a la pija de Ángela. Pero la cháchara incoherente de Antaviana no la dejaba pensar con tranquilidad.

—Te estoy preguntando cuál es tu preferida.

—¿Puedes callar un rato por favor? Me das dolor de cabeza.

—A mí la que me gusta más es Greta, porque es supercañera, así como yo. Me identifico un montón.

—No sé quién demonios es Greta.

—Yo me pido Greta y tú te puedes quedar con Marjorie o Mildred. ¿Cuál prefieres? Mildred es una empollona, como tú. Te hago un buen trato, Mildred manda más que Greta. Aunque… Mildred es superguapa, no como tú…

—¿De qué me hablas? —sondeó Luci totalmente desconcertada.

—De las hermanas O'Connor, de qué va a ser. ¿No estamos siguiendo a los O'Connor?

Además de pelma, se había vuelto tonta, pensó Luci.

—No. Estamos siguiendo a C.C.

Antaviana se detuvo en seco.

—¿Por qué?

—¡Porque me gusta! —exclamó Luci, hastiada.

Era muy cansado tener una amiga sorda. ¿Tendría que repetírselo todo cada cinco minutos?

Antaviana se llevó un disgusto.

—¿Y los O'Connor?

A Luci le entraron ganas de darle un sonoro cachete, pero se acordó de que eso era violencia y de que ella era una buena persona.

—Deja a las O'Connor.

—Yo creía que, que tú…, que me querías dar una sorpresa y por eso…

—¿Qué sorpresa? —preguntó honestamente Luci, que no entendía la fascinación de la mocosa por aquellas peligrosas activistas.

—¡No finjas que no lo sabías!

—¿El qué tenía que saber? —la increpó Luci con talante agresivo.

—Que yo soy una *groupie* de las O'Connor Sisters —se sorbió los mocos Antaviana— y solo he venido a Irlanda para poder conocerlas.

Luci no entendía nada, pero decidió no interrumpir y escuchar.

—Llevo años siguiéndoles la pista, recopilando todas las noticias y reseñas de periódicos donde salen, las entrevistas que les hacen… Mis últimos padres adoptivos no sabían qué hacer para quitármelo de la cabeza, me llevaron al psicólogo, pero nada. Al final decidieron pagarme el billete a Dublín y me dijeron que, si quería conocer a esa familia, que me espabilara… Y ahora tú… ¡¡¡me has hecho tan
feliz!!!

Se lanzó al cuello de Luci y comenzó a besuquearla.

Luci alucinó. La enana estaba loquísima, hasta podría ser peligrosa, así que, por si acaso, decidió seguirle el juego.

—Está bien. Luego te llevo con ellos, pero ahora sígueme.

Antaviana, súbitamente alegre, continuó la marcha alrededor de la casa a paso ligero, canturreando. Era increíble cómo podía llegar a tener un humor tan voluble.

—Ángela parecía un poco falsa fingiendo que no quería traicionar a C.C, ¿no crees? Yo no me lo trago —dejó caer con vocecilla inocente, jugando a su juego preferido de sembrar cizaña.

Luci, sin desearlo, sintió ira. Chasqueó los nudillos de sus manos haciendo crujir los huesos uno a uno y apretó la mandíbula. Hasta a sí misma se daba un poco de miedo.

—Ángela se ha librado por los pelos de que le arrancase los ojos con mis propias manos —sentenció con voz ronca.

Antaviana aplaudió entusiasmada.

—¿Lo habrías hecho?

—Naturalmente. Si no llega a dejar plantado a Cicerón y a decirle que se fijase en mí, la mato. Pero luego no ha tenido entrañas y lo ha engañado para secuestrarle.

Curiosamente, Antaviana defendió a Ángela.

—Pero ella le ha dicho a C.C. que se marchase. Lo hemos oído. Ha sido C.C. quien ha decidido seguirla; está muy colgado de ella. Le han secuestrado por su culpa.

—C.C. no sabe lo que quiere —justificó Luci.

—Quiere morrearse con la pija —le recordó Antaviana.

—¡Cállate ya! —explotó Luci, que no soportaba la voz de falsete de la pequeña Antaviana ni, claro está, las cosas que decía.

Por fin Luci se detuvo. Habían dado una vuelta completa a la casa y había podido estudiar la situación.

—Vamos a entrar por la ventana para liberar a C.C. y a Patrick —comunicó a su amiga.

—¡Yo no! —protestó Antaviana.

Luci la agarró y la obligó a entrar por la ventana sí o sí.

—Tú la primera, por hablar.

No le cabía en la cabeza que una mequetrefe ignorante y caprichosa se las diera de lista y le plantase cara a ella, un gnomo *warlock* nivel 19 llamado Mirior. Inconcebible.

43. Marina

Los cuatro O'Connor y Marina salieron de la furgoneta familiar absolutamente transformados. Quinny, tras ellos, pegaba saltos excitadísima y los olisqueaba para comprobar que no la habían engañado. Las pelirrojas, impecables, iban vestidas para matar. Llevaban faldas de tubo, tacones altos, americanas entalladas y las tres se habían pintado, peinado y maquillado mutuamente a lo largo del trayecto, de modo que los traqueteos del sendero se habían traducido en un par de manchones de rímel, un *eyeline* torcido y una mancha de lápiz de labios rojo pasión en la camisa de Mildred. En conjunto, y sin entrar en detalles innecesarios, parecían tres ejecutivas agresivas del mundo de la moda canina. El patriarca no les iba a la zaga y vestía una corbata de colores y una americana en el más puro estilo de diseñador alternativo. En cuanto a Marina, a las O'Connor se les fue la mano con la improvisación y le pusieron un sombrero de lunares en la cabeza, un vestido de margaritas drapeado por encima del chándal de C.C. y unas botas altas de ante a lo Pocahontas, como si fuera una joven *hipster.*

A la puerta del recinto, Mildred repartió las acreditaciones falsas, y los cinco, al unísono y tras un gesto del patriarca, sincronizaron sus relojes y asintieron con un movimiento de cabeza seco y contundente cuando Greta dijo:

—¿Preparados?

Greta sacó un *walkie* de un maletín, se despidió discretamente y se coló por la entrada principal con la connivencia de una estudiante que trabajaba como azafata de recepción y que, en realidad, era una animalista infiltrada. Al poco se oyó la voz de Greta, a través del *walkie* que sostenía el padre O'Connor, indicándoles en clave el camino despejado que tenían que seguir. Se dirigieron hacia el lugar señalado al unísono, pero Quinny comenzó a temblar y a lloriquear y Marina no supo interpretar qué ocurría. Mildred se lo aclaró:

—Está traumatizada. Huele a concurso y sufre un *shock.*

Marina, compadecida, se agachó junto a su perrita, la abrazó y le susurró que no pasaba nada, que no la harían concursar, puesto que era una perra libre y con derechos caninos. Quinny pareció entenderla y accedió a acompañarlos.

Un guardia de seguridad, que tonteó doce segundos y medio con Marjorie y se conformó con un besito sin lengua, les guiñó el ojo y les dejó entrar por la

puerta lateral que conducía a través de intrincados pasillos hasta la habitación anexa al escenario.

Marina se sentía protagonizando una película de James Bond.

Llegaron a la sala que había sido previamente reservada por sus contactos a través de una empresa falsa y tomaron posiciones. Se colocaron estratégicamente y sacaron sus instrumentales de dentro de los aparentemente inocentes bolsos: tijeras, espráis, pinturas y maquinillas de rapar.

—Tres, dos, uno… ¡Ya! —cronometró el patriarca O'Connor reloj en mano.

Automáticamente, y con puntualidad británica, se abrió la puerta que comunicaba con el escenario y apareció Greta con pinganillo en la oreja y micrófono inalámbrico, arrastrando las correas de diez chuchos. Lucía sonrisa de profesional y anunciaba con voz metálica: «Último retoque antes de salir».

Inmediatamente, Quinny se escondió bajo una mesa temblando y gimoteando. Estaba sufriendo un ataque de pánico.

Greta, sosteniendo una lista en su mano izquierda, fue haciendo pasar los perros uno a uno mientras leía en voz alta su nombre.

—Aquí tenemos los primeros: Rose, Sir Justin Bieber, Flu Flu, T. Rex, Madame Curie, Rihana…

A medida que decía sus nombres, una mano O'Connor los cazaba y los colocaba en fila para someterse a su cambio de *look.*

Los cuatro O'Connor estaban perfectamente sincronizados y trabajaban como los operarios de una planta de coches. Mildred los sujetaba mientras el señor O'Connor los rapaba y Marjorie los pintaba de colores sugerentes. Eran rápidos y experimentados. Actuaban con gestos precisos y una eficacia envidiable. Marina
ya hubiera querido su colaboración para peinarse por las mañanas o ponerse su chándal de deporte en la escuela.

Poco a poco, Quinny, al darse cuenta de que nadie la molestaba y que la cosa no iba con ella, fue sacando la cabeza y se atrevió a saludar a sus congéneres.

—¡Rubia Teñida! —la avisó Mildred—. No te quedes aquí pasmada sin hacer nada. Dirígete al *hall* principal y localiza a los italianos.

Marina, apurada, desvió la vista del maravilloso espectáculo de transformación canina y sintonía familiar, le dijo a Quinny que volvía enseguida, y salió de la salita para cumplir con su misión.

INCREDIBLE! Por mucha imaginación que tuviera, jamás habría podido imaginar lo que vieron sus ojos al abrir la puerta.

El *hall* parecía el *backstage* enloquecido de un desfile de Chanel. Había un montón de gente con pinganillos corriendo de un lado a otro de la sala y

pegando gritos. Había cientos de perros pijos rodeados de sus séquitos compuestos por fotógrafos, peluqueros, agentes, maquilladores, adiestradores y dueños, todos dando órdenes por doquier y gritando para hacerse comprender por encima de los ladridos. La histeria era palpable en el ambiente.

Los perros, estresados y nerviosos, pasaban de mano en mano y con ojos tristones suplicaban clemencia a sus amos, que parecían entrenadores de la NBA y les daban los últimos consejos antes de salir al escenario. Marina se contagió del histrionismo de la situación. Había una media de cuatro personas atendiendo a cada perro, así que no le iba a resultar nada fácil localizar a los italianos entre tanto mogollón de fauna peculiar.

Se adentró en el meollo y escudriñó todos y cada uno de los rincones del enorme recinto, en busca de los perros de los O'Connor.

Vio cómo le hacían la manicura a un *pomerania,* cómo le daban un masaje a cuatro manos a un *pug* y cómo le incrustaban cristales de Swarovski al pelaje de un Shih Tzu, pero ni rastro de los italianos y sus perros.

Siguió buscando sin éxito hasta que recibió un mordisco traicionero en el dedo gordo del pie.

—¡¡¡Auuuuuu!!!

Se agachó para descubrir al bicho mordedor y lo que vio fue a uno de los caniches diabólicos de Mrs Higgins. Se alegró tanto que intentó acariciarlo, lo que le granjeó otro mordisco en la mano como respuesta.

—¡Auch! Yo también me alegro de verte, pequeño demonio.

Y se dio la vuelta para localizar a Mrs Higgins.

No le resultó muy complicado, ya que ocupaba el espacio visual de tres personas estándar. Y no era una manera de hablar, sino que estaba sentada en las gradas ocupando tres plazas para sostener su enorme trasero; de hecho, parecía que se había quedado encajada y que nunca podría volver a levantarse. Marina se acercó. Lo malo era que no sabía por dónde podía salir la Mrs Higgins. Era tan imprevisible.

En cuanto Mrs Higgins la reconoció, tardó unos diez incómodos segundos, la abrazó inesperadamente y se puso a gimotear.

—¡Oh, Ángela! Creía que me habías abandonado. A mí y a mis preciosos caniches. Esa niñita, Antaviana, me dijo cosas horribles de ti.

Los brazos rollizos de Mrs Higgins la aprisionaban contra sus enormes pechos. Marina no podía respirar. Cuando por fin consiguió deshacerse del abrazo mortal de la señora Higgins y recuperar la respiración, le preguntó a bocajarro:

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los italianos?

Mrs Higgins se removió en su asiento, emocionada y agradecida por la

pregunta. Deseaba descargar su pena donde fuera.

—Estos chicos me han engañado. A mí, que he sido como una madre para ellos, que me he dejado la piel, el dinero y la salud por ayudarlos. Mírame, sola y abandonada. Hay que tener el corazón bien negro para hacerle algo así a una anciana frágil y desprotegida.

A Marina nunca se le habrían ocurrido esos adjetivos para describir a Mrs Higgins, pero la animó a continuar.

—¿Se han marchado?

—El miércoles se despidieron después de comerse unos macarrones a la *putanesca* que les preparé con toda mi ilusión y, luego, los muy desagradecidos, pidieron una *pizza* y se marcharon con el pizzero.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Ver para creer. Dijeron que era primo suyo y que preferían vivir con su verdadera familia.

Y, de pronto, todo cobró sentido: la pizzería Mamboland, los perros desaparecidos y el robo que le obligaron a protagonizar a ella.

Ya sabía dónde se ocultaban los italianos y, con toda probabilidad, dónde escondían a los perros robados.

44. C.C.

C.C. tendría que haber abrazado a sus salvadoras, pero no lo hizo. Sin ellas probablemente habría muerto olvidado del mundo y al lado del tonto de Patrick. Qué fin más miserable.

Lo más terrible había sido descubrir que se estaba quedando sin aire. Greta le había colocado la mordaza con tal celo que le tapaba parte de la nariz. Entendió lo que era la claustrofobia y, por primera vez en su vida humana, creyó que iba a morir de verdad (no virtualmente) y cayó en la cuenta de que solo tenía una vida. Menuda faena. Fue entonces cuando oyó unos pasos a su espalda y notó cómo unas manos amigas los desataban a él y a Patrick. Sin embargo, sus rescatadoras eran las últimas personas que deseaba encontrar en ese lugar remoto y desconocido: Luci y Antaviana.

—¿Qué hacéis aquí? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar en lugar de abrazarlas, besarlas y agradecerles el salvamento.

—Salvarte —respondió la enana metomentodo—. ¿No nos lo agradeces?

C.C. se frotó los ojos y se asombró de su jeta. Hacía unas horas lo había acusado ante la policía de un robo que no había cometido y ahora pretendía que le besara la mano.

Patrick se levantó y sin musitar ni un *«thanks»* se fue corriendo al lavabo. «Una urgencia es una urgencia», pensó C.C.

—Queríamos advertirte del peligro que corres —murmuró Luci poniéndose roja como un tomate al hablar.

—Gracias, muy amables por tomaros la molestia de venir a avisarme de que la podía palmar, pero ya me había dado cuenta yo solito.

Lucí rectificó:

—Me refiero a lo peligrosa que es Ángela.

C.C. se puso a la defensiva.

—Ángela es quien está en peligro. Está en manos de los O'Connor.

—Es una delincuente, está aliada con ellos —musitó Luci.

—Una asesina en serie —añadió Antaviana, que siempre aprovechaba la ocasión para crear bulos.

C.C. iba a responder que no, que Patrick estaba vivo, por desgracia, pero Luci se le adelantó.

—Es una de ellos —dijo misteriosa.

C.C. estaba cada vez más nervioso.

—¿De ellos? ¿De quiénes?

—De los activistas mafiosos —afirmó Luci—. Ángela es una delincuente. Por eso ha regresado con los suyos; por eso os ha seducido a ti y a Patrick y os ha entregado. Es cruel, insensible e inhumana.

C.C. hubiera deseado poder cerrarse las orejas y no oír, de la misma manera que se cierran los ojos para no ver, pero las acusaciones de Luci cuadraban bastante. Era tan frustrante reconocer que la única chica que le había besado de verdad fuera una delincuente sociópata…, que sintió ganas de llorar. Luci lo tomó de la mano cariñosamente.

—Yo te ayudaré, yo conseguiré que la olvides. Vamos.

Luci era Mirior. Luci era peor que Ángela, pero se sentía tan solo y desconcertado que no tenía fuerzas para desasirse de su mano.

—¿Adónde?

—A casa. Lejos de aquí.

Antaviana, sin embargo, no pensaba lo mismo.

—Yo no vuelvo sin conocer a Greta.

Luci intentó apaciguarla.

—Por favor, Antaviana, comprende que corremos peligro.

—¡Ja, de jamón! ¡Ja, de Jabugo! ¡Ja, de jamás! Jamás me iré a casa sin haber estado con Greta —Antaviana sonrió con malicia—. Y vosotros no sabréis salir del bosque sin mi ayuda.

Era cierto. C.C. había seguido a Ángela; y Luci, en los momentos de duda, había seguido a Antaviana, que por algún extraño motivo conocía a la perfección el camino hasta casa de los O'Connor.

C.C. mostró sus cartas acusando con el dedo a la miserable pequeña chivata.

—Me da lo mismo quedarme aquí. Tú me denunciaste a la policía como instigador al robo. Si regreso, me enchironan.

Luci, la pacífica Luci, echó fuego por los ojos.

—¿Eso hiciste?

Antaviana tembló y se empequeñeció. Luci la agarró con fuerza por los hombros y C.C. temió que la descoyuntase.

—No tuve más remedio. Me torturaron —chilló Antaviana.

Luci la zarandeó.

—Traidora, miserable.

C.C. se interpuso entre ambas.

—Pues haces una declaración exculpatoria y ya está.

—¿Excul… qué? —se extrañó Antaviana.

Luci se puso en acción.

—No hará falta. Yo también estaba en los almacenes y declararé a tu favor

y en su contra.

—¡No serás capaz! —protestó Antaviana.

—Claro que sí —dijo Luci con fiereza, y acto seguido miró teatralmente a C.C. a los ojos—: Me necesitas.

C.C. tragó saliva dos veces. Estaba en una encrucijada muy, muy difícil. Necesitaba a Luci para que declarara a su favor, necesitaba a Antaviana para salir del bosque, pero por encima de todo necesitaba a Ángela, a su Ángela, aunque esto último no tuviera ningún sentido. Esa necesidad era superior a las otras dos. Se aferró a un clavo ardiendo.

—Está bien —y se dirigió a Antaviana—: Te llevaremos con Greta si nos dices cómo salir de aquí. ¿Vale?

—*Wait for me!!!* —gritó Patrick mientras corría hacia ellos.

«Oh, my God!», pensó C.C., que se había ambientado tanto que su mente se expresaba en inglés. Se habían olvidado del tonto del irlandés macizo. ¿Y qué demonios había estado haciendo en el baño? Se había pintado la cara a modo de guerrero tribal con pintura azul.

—¿Y a este que le pasa? ¿Se cree descendiente de los pictos escoceses o qué? —preguntó Luci.

—No abandonaré a mis camaradas en el día más importante de su lucha. Soy un guerrero. *Let's go!!* —rugió Patrick que sufría una empanada mental de las buenas.

C.C. suspiró antes de salir. ¡Ver para creer!

45. Marina

Marina, incómoda, se aclaró la garganta para romper la tensión que se respiraba dentro de la furgoneta en la que viajaban ella y Mildred.

En cuanto les había comunicado a los O'Connor que creía haber encontrado a los perros, el padre había reorganizado el equipo y la había mandado a la pizzería a por ellos, acompañada de Mildred. Mildred había accedido por pura obediencia militar, pero poniendo cara de asco y dejando claro, clarísimo, que no le apetecía en absoluto compartir esa misión con Ángela. Ni siquiera había tenido la delicadeza de ayudar a Marina a buscar a Quinny, que había desaparecido sin dejar rastro. Y al final habían acabado las dos encerradas en esa cochambrosa furgoneta en contra de sus respectivas voluntades.

Para mostrarle su descontento, Mildred había decido retirarle la palabra e ignorar por completo su presencia. Marina no aguantaba estas situaciones; no podía quedarse callada si estaba acompañada de alguien. El silencio compartido la incomodaba y sentía que, si no hablaba y no lo rompía de alguna forma, su cuerpo lo haría por ella y empezaría a traicionarla.

Por eso prefirió sacar cualquier tema de conversación por íntimo y personal que fuera.

—¿Tienes novio?

Marina calculó que la excusa les daría como mínimo para diez minutos de charla insustancial.

—No —respondió Mildred secamente cortando cualquier posibilidad de tirar del asunto, mientras daba un volantazo para tomar una curva que pilló a Marina desprevenida.

Marina no se rindió y pensó que le daba lo mismo que Mildred le respondiese o no. Ella hablaría por las dos. Al fin y al cabo, eso era lo que hacían los que iban al psiquiatra. Tumbarse en un diván y hablar solos.

—Yo siempre había tenido celos de mi hermana, que tenía un montón de líos amorosos, y cuando vine a este viaje, quise imitarla y probar cómo se lo montaba. Y de pronto me encontré con que tenía dos novios. ¿Te imaginas?

Mildred no respondió y Marina continuó hablando sola.

—Y ahora no tengo a ninguno de los dos, por culpa de querer ser como mi hermana. A lo mejor no estoy hecha para estas cosas.

—Tendrían que prohibir tener hermanas —musitó Mildred en un murmullo.

Marina se la quedó mirando atónita. Mildred hablaba con una voz ronca, cargada de intenciones. Y al parecer tenía más cosas qué decir.

—Te repiten que eres la mayor y que por eso debes cuidar de tus hermanitas pequeñas, pero con el tiempo te conviertes en la aburrida, empollona, obediente y tonta a quien todos consideran una buena chica, mientras tus hermanitas pequeñas se lo pasan bomba dando la nota por ahí, ligando con chicos y engañando a papá con cuatro carantoñas, aunque suspendan los exámenes. ¿Y sabes qué castigo reciben?

Marina negó con la cabeza. Nunca había sido la hermana mayor.

—¡Ninguno!

Marina la miró con otros ojos, unos ojos más atentos. Mildred estaba dolida por tener que ser siempre la hermana responsable y sensata. Qué complicado era todo. Qué difícil era encajar en la etiqueta familiar y salir indemne. En su familia, por ejemplo, Ángela era PERFECTA y ella era un DESASTRE.

—Si volviese a nacer, pediría ser hija única —afirmó Mildred contundentemente.

—Puedes serlo ya —le sugirió Marina.

—¿Cómo?

—Divorciándote de tu familia, haciendo lo que te apetezca y siendo simplemente tú misma.

Mildred se quedó pensativa unos instantes hasta que esbozó una sonrisa y, lentamente, murmuró un maravilloso:

—*Thanks.*

Y a Marina le dio en la nariz que había sido empática sin proponérselo.

En ese momento giraban por un callejón y divisaron el cartel de la «pizzería Mamboland». Todo parecía indicar que esta vez no se había equivocado. Marina recordaba el logo a la perfección y también la camioneta de pedidos que estaba aparcada en la parte trasera del edificio.

—¿Sabes dónde están exactamente los perros? —le preguntó Mildred cuando aparcó.

—No…, pero tienen que estar aquí dentro.

—Mira, rubia, si has hecho que me pierda la acción que llevo meses preparando por culpa de una estúpida intuición fallida, te juro que…

Mildred no pudo terminar la frase. La interrumpieron unos ladridos. Las dos se miraron con los ojos muy abiertos y salieron cautelosamente del vehículo, para aproximarse al ventanal a pie de calle de donde provenían los ladridos. Antes de agacharse para dar un vistazo, escucharon gritos en italiano intentando acallarlos.

Mildred sonrió y miró a Marina.

—Por esta vez te has salvado. Buen trabajo.

Marina, poco acostumbrada a los cumplidos, no supo cómo reaccionar.

—*Thanks…* tú también —murmuró roja como un tomate.

—*Shhht!* —la mandó callar Mildred mientras asomaba cuidadosamente la cabeza por el pequeño ventanal para espiar el interior del semisótano.

Marina la imitó con estilo. Estaba disfrutando de la increíble sensación de haber hecho algo bien. Mildred la había felicitado. Hinchó el pecho con orgullo y, más segura de sí misma de lo que había estado en muchos años, se dispuso a descubrir dónde estaban los chuchos para salvarlos, como la heroína que ahora sentía que era.

Una débil bombilla colgada del techo iluminaba la escena casi en penumbra. Los perros estaban atados en una esquina de lo que parecía un almacén. Enseguida distinguió a los siete que buscaban, pero había muchos más. En total calculó que habría unos quince o dieciséis.

Con ojos de experta estudió el terreno. El almacén estaba repleto de sacos de alimentos y cajas de cartón y el suelo estaba cubierto de excrementos de todos los colores. Al parecer, los perros de raza también eran exclusivos en eso y cada variedad tenía asociado un tipo de caca característica de diferente forma y color. Salvatore y Giuseppe no tardaron mucho en rendirse y retirarse, tal vez con la esperanza de que los perros se quedaran afónicos de tanto ladrar.

—Venga, entra, es el momento —la pilló Mildred por sorpresa.

—¿Eh?

—¡Por la ventana! Una vez dentro, sacas a todos los perros uno a uno a la calle y ya verás cómo entran solos en nuestra furgoneta. Luego nos largamos —y la empujó.

Marina tenía la sensación de que, desde que había llegado a Irlanda, entraba y salía de las casas más por las ventanas que por las puertas.

—¡Ya entro solita! Pero… ¿y si vuelven los italianos?

—Tengo un plan para distraerlos. Yo te cubro, camarada —respondió Mildred sonriente y guiñándole un ojo.

¡Guau! ¡Camarada! Una activista y famosa animalista buscada por la policía internacional la había llamado «camarada». Se le escapó una sonrisita. Se sentía peligrosa.

46. C.C.

O Antaviana llevaba incorporado un radar o tenía poderes, pensó C.C., admirado por la precisión de la pequeña metomentodo. No se había equivocado ni una sola vez, no había dudado ante ninguna de las encrucijadas y los había conducido sin vacilar por intrincados laberintos repletos de perros hasta la pequeña salita junto al escenario, reservada por los O'Connor bajo nombre falso, y que era en esos momentos su base de operaciones.

El mundo real, tal y como estaba apareciendo ante sus ojos, comenzaba a ser interesante. Cuanto menos, sorprendente. Tan sorprendente como Patrick, Luci y Antaviana, tres seres absolutamente estrafalarios capaces de protagonizar cada uno en su estilo una película de terror.

Patrick había enloquecido y se había convertido en un furibundo defensor de los derechos de los perros sin importarle que, para defender a los perros, tuviera que agredir a algún humano en la honrosa misión que le había sido revelada gracias a la labor de proselitismo de las hermanas O'Connor. Él y Luci, que se había destapado como una karateka feroz, habían puesto fuera de combate a los dos *seguratas* de la puerta del recinto de la exhibición canina en un abrir y cerrar de ojos. Luci atizó a uno con el pie en la cara y Patrick, a otro con un puñetazo certero. Y Antaviana, sin callar ni un instante, aludía a experiencias ya vividas. Daba escalofríos oírla hablar en inglés como si fuera una reencarnación de una vida pasada. La niña del *Exorcista* era una aficionada comparada con la pequeña Antaviana.

C.C. no se podía quejar. Luci, tal vez por su experiencia virtual, les había propuesto pruebas emocionantes, como la de saltar del autobús en marcha para esquivar al revisor. Y ahora, en aquellos precisos instantes, estaba sucediendo lo mejor: Antaviana, absolutamente fuera de sí, estaba abrazando a la familia O'Connor como si los conociera de toda la vida.

Sin embargo, C.C. echaba de menos a alguien. ¿Dónde diablos estaba Ángela?

Luci se apresuró a meter cizaña:

—Los ha abandonado. Ángela se las ha pirado y los ha dejado tirados,

como a vosotros. Le da lo mismo que os estuvierais pudriendo en una cabaña en el bosque. Ella va a lo suyo, ya la conoces.

C.C. se había propuesto no escucharla, teniendo en cuenta los antecedentes de su personaje Mirior; pero, a su pesar, la escuchó y, peor aún, la creyó. Era posible. Podía ser… Además, la escena a la que estaba asistiendo era tan surrealista, tan increíble, que no razonaba bien.

Antaviana, que se conocía los lemas y las canciones de los O'Connor como si fueran la música pegadiza de sus dibujos animados favoritos, estaba tarareando una sintonía antigua, tan antigua que ni Greta la recordaba. El señor O'Connor frunció la nariz.

—¿Cómo conoces esa música?

—Soy vuestra fan número uno y lo sé todo de vosotros. Sé lo que coméis, lo que vestís, lo que cantáis en la ducha…

Marjorie también parecía algo escamada.

—¿Y qué canto yo, eh?

—A ti te van las marchas húngaras, y a Greta, los tangos argentinos.

Greta y Marjorie se miraron. El patriarca agarró a Antaviana por los hombros y la zarandeó.

—¿Nos has estado espiando?

—No, no.

—¿Y cómo lo sabes?

—No lo sé, sé que lo sé, como también sé lo de vuestra marca de nacimiento.

Llegados a este punto, los O'Connor se mosquearon.

—A ver, niña, eso no lo sabe ni la Interpol. ¿Cómo vas a saberlo tú?

—Yo también tengo la misma marca que vosotros. Mirad.

Antaviana se remangó el pantalón, se bajó el calcetín de su pierna izquierda y les mostró un anillo circular.

Los tres O'Connor lanzaron una exclamación y dieron un salto atrás como tocados por un rayo.

—*Ooohhh!* —exclamaron.

Antaviana se quedó sorprendida por el efecto causado.

—No os asustéis. Es solamente una marca de nacimiento como la vuestra, una coincidencia, el destino.

Los O'Connor, pálidos y desconcertados, escrutaban ahora a Antaviana con otros ojos.

—No es una simple mancha de nacimiento, querida.

—Es la marca de los O'Connor.

—Es una rareza genética que proviene de un gen recesivo que provoca esta mancha tan simétrica y particular.

—Algunos jefes de los primeros vikingos invasores tenían esa marca, que era considerada un signo divino.

—Los que tenían esa marca estaban destinados a hacer grandes cosas, como los O'Connor.

—Lamentablemente, este gen, junto con la nobleza, la valentía y la heroicidad, se ha ido perdiendo.

—Solo quedamos los O'Connor y una familia australiana, los Sullivan.

—Los Sullivan son unos camaradas que luchan con uñas y dientes por la preservación de la mosca pelotera verde australiana.

—¿Podría ser que tu familia tuviera raíces australianas?

Antaviana se partió de la risa.

—¡Ni idea! He sido adoptada y readoptada más de cinco veces. Ninguno de mis padres adoptivos tenía esta marca y quizás por eso no me soportaban y me devolvían.

C.C. sintió pena por la pequeña Antaviana. He aquí la razón de su desdicha. Una pobrecita niña rechazada una y otra vez, sin familia, sin afecto, sin raíces.

Entonces el patriarca O'Connor tocó su cabello pelirrojo, su nariz pecosa.

—Podría ser… ¿Creéis que podría ser…?

—¡Gillian! —gritó Greta lanzándose sobre la pequeña Antaviana.

—¡Eres Gillian! ¡Nuestra pequeña Gillian! —rugió Marjorie ahogándola con un abrazo.

El patriarca sacó una foto de su cartera y, secándose una lagrimilla, se la mostró a Antaviana.

—Creímos que habías muerto con mamá en el accidente de coche, cuando caísteis al lago. Tenías cuatro años. Subestimamos tus dotes como nadadora.

—Pusimos una lápida.

—Echamos a volar globos.

—Creamos una nueva raza de perros con tu nombre.

—Y ahora estás aquí, viva…

Antaviana no se lo podía creer.

—¿Soy…, soy, soy una O'Connor?

—¡Pues claro que sí! Tienes el instinto de un sabueso, la inteligencia de un fox terrier, la astucia de un *cocker,* el valor de un lobo… ¡Nos has encontrado tú sola!

—¡¡¡Nuestra chiquitina!!!

C.C., emocionado, se secó una lágrima y se sorbió los mocos. Era una historia bonita, tanto, que parecía una historia fantástica del mundo virtual.

—Ya verás cuando te vea Mildred.

—¿Dónde está Mildred? —preguntó Antaviana buscando a su alrededor.

—Ha ido a una misión con Ángela a la pizzería Mamboland.

—Están recuperando a unos perros robados.

—Cuando regrese, comenzaremos la acción. Contigo.

—¿¿¿Conmigo???

—¡Pues claro! Tú con tu familia, como debe ser.

C.C. computó lo que acababa de oír y trató de ratificarlo.

—Así pues, Ángela ha ido a la pizzería Mamboland a rescatar unos perros junto con Mildred.

—Eso es —le respondió Marjorie.

C.C. miró a Luci con fuego en los ojos y dio un paso en su dirección. Nada ni nadie volvería a hacerle dudar de Ángela.

—Yo solo quería que te conectases un ratito conmigo —susurró Luci cazada en falta y retrocediendo—. No te vayas —le suplicó al ver que el chico daba media vuelta dispuesto a largarse—. Te presentaré a Thana.

C.C. vaciló.

—¿La conoces?

—Te puedo dar su teléfono.

Lo del teléfono de Thana era tentador, francamente tentador, aunque le tiraba tanto Ángela…

—Se llama Rodolfo y es muy majo.

C.C. recibió el último mazazo del día.

—¿Rodolfo?

—Sí. Estudia informática, toca el saxo y habla tres idiomas, seguro que congeniáis.

Antaviana era una O'Connor, Patrick era un salvaje, Luci era Mirior y acababa de descubrir que Thana era Rodolfo. ¡Brutal! ¿Quién demonios sería Ángela?

Y por si acaso, decidió que lo mejor sería averiguarlo en primera persona.

—No me sigas —dejó claro a Luci.

No obstante, sí le siguió alguien y, para variar, sin su permiso.

—¡Guau, guau!

—¿Y tú quién eres?

47. Marina

L

a habitación olía a humedad y a salsa de tomate. A Marina se le revolvió el estómago. Decidió darse prisa y desatar perros a toda pastilla para poder sacarlos por la ventana. Al descubrir su presencia, e intuir tal vez su misión de salvadora, los perros dejaron de ladrar y se acercaron a olfatearla con curiosidad, lo cual hizo que Marina temiera que los italianos sospecharan del silencio y asomaran la nariz. Todo cambio resulta siempre delator. Afortunadamente, sonó el timbre de la entrada del restaurante, que estaba cerrado a esas horas, y Marina supo que su«camarada» Mildred había acudido en su ayuda.

—Hola, vengo por la entrevista de trabajo —se presentó Mildred con una vocecita inocente.

—¿Trabajo? ¿Qué trabajo? No tenemos ningún trabajo para ti —la recibió secamente Salvatore intentando volver a cerrar la puerta.

Mildred no dejó que la puerta se cerrara.

—¡De verdad que no se arrepentirán! ¡Soy una repartidora magnífica! ¡Me salto todas las señales y los semáforos! El pedido siempre llega a tiempo y calentito —insistió con mucho entusiasmo.

Marina no escuchó ningún grito, insulto o ruido de puerta cerrándose, así que dedujo que los italianos se lo estaban pensando. Ella ya llevaba un rato sacando a los perros por la ventana, según lo convenido, y de forma natural estos iban subiendo solitos a la furgoneta. Lo hacían con ansia, con deseos de entrar. Marina no lo entendió hasta que vio cómo se disputaban un hueso. ¡Ajá! ¡Qué listos! Los O'Connor habían habilitado la parte trasera de la furgoneta como un hogar canino. Los chuchos se volvían locos por entrar y pillar lo que fuera: palos, piedras, huesos, salchichas o pelotitas de goma.

En cuanto vio que no le daría tiempo a sacarlos de uno en uno y con delicadeza como había empezado, se puso a hacerlo de dos en dos; la mayoría eran pequeños y pesaban como plumas.

—Y mi padre tenía un taller clandestino de motos —seguía Mildred ganándose a los italianos—, así que con mis hermanos me divertía haciendo carreras ilegales. Me encanta conducir motos, es mi pasión.

—¿Y cuánto quieres cobrar?

—Nada. Con las propinas me basta. Solo quiero que me deis la oportunidad

de demostrar lo que valgo.

Mildred la estaba clavando. Marina ya había conseguido sacar a casi todos los perros por la ventana. Solo necesitaba cinco minutos más. Le quedaban los más pesados.

—De acuerdo. Nos has convencido. Ahora vete y vuelve mañana para hacer una prueba —le propuso Salvatore muy profesional.

—¿No puedo hacer la prueba hoy? —se quejó Mildred, empeñada en entretenerlos más.

—Hoy, imposible. *Ce vediamo domani!* —cortó la conversación Giuseppe.

Marina oyó el inconfundible sonido de un portazo. ¡PLAF! Una gota de sudor frío resbaló por su nariz. Le faltaba el *bulldog* francés. Escuchó pasos. ¡Los italianos se acercaban! Si se asomaban al almacén, estaba perdida. Así pues, sin dudarlo, sacó fuerzas y levantó el *bulldog* con ímpetu. Mildred cerró la puerta trasera de la camioneta y saltó al asiento del conductor para calentar motores. Le indicó con gestos que se diera prisa y Marina se agarró al marco dispuesta a escapar justo en el momento en el que el pomo de la puerta empezaba a girar. En ese mismo instante se oyó una voz familiar gritando desde el otro extremo, o sea, desde la entrada principal del restaurante:

—¡Ángela! ¡Estoy aquí! ¡He venido a salvarte!

Y el corazón le dio un vuelco. Era C.C.

En cierto modo, la entrada triunfal de C.C. surtió efecto, porque los italianos dieron media vuelta y se dirigieron a toda prisa hacia el lugar desde donde gritaba el inoportuno salvador.

Marina volvió su mirada hacia Mildred. No sabía qué hacer; se encontraba en medio de un dilema.

—¡Ha venido el chico italiano a salvarme, pero se ha metido en un lío! ¿Qué hago?

—Haz lo correcto —le replicó Mildred.

Marina no sabía qué era lo correcto. ¿Qué haría Ángela en su situación?

«Salta y salva el pellejo. No os podéis salvar los dos; por lo menos hazlo tú», le aconsejó el fantasma de su perfecta hermana.

—No querrás que lo deje colgado —dijo Marina—. ¡Sería una canallada!

«No, no, eso es ley de vida, supervivencia. Si te quedas un rato más, os pillarán a los dos».

Marina forcejeó mentalmente en una fracción de segundo con su parte Ángela, que se le estaba manifestando como un ser sin entrañas.

«C.C. ha decidido él solito ser un héroe. Tendrás un buen recuerdo de él, un chico que se sacrificó por ti». Marina no podía creerlo.

—¿No serías capaz de ser tan cínica?

La respuesta de Ángela fue contundente: «¿Por qué? No sería el primero.

Los chicos están encantados de hacer de héroes».

Y entonces Marina comprendió que la mayor diferencia entre ella y su hermana no era su estatura, ni el color de sus ojos, ni sus buenas notas… Ángela era capaz de dejar a C.C. colgado. Ella no.

—¡Rápido, decídete! —la apremió Mildred desde la furgoneta.

Marina ya lo había decidido, tenía que ser ella misma y olvidar a Ángela. Y le hizo una señal a Mildred.

—¡Vete! Me quedo con él.

Y Marina, resignada, se dio media vuelta para salvar a su querido friki.

48. Marina

M

arina abrió cuidadosamente la puerta del almacén. Delante de ella había un pasillo oscuro, largo y con varias puertas. Aguzó el oído y fue caminando con sigilo hasta que oyó a los italianos interrogando al pobre C.C. tras una de ellas. Tomó aire y, sin saber qué haría en cuanto los viera, giró el pomo procurando no hacer ruido. Era un despacho prácticamente vacío a excepción de una mesa y un par de sillas. Dentro estaba C.C., sujeto por un pizzero malcarado, frente a los dos italianos. Aún no la habían visto y eso le daba cierta ventaja, pero ella decidió actuar como la kamikaze que era y gritó:

—¡Soltadle! ¡Tengo a vuestros perros!

Se arrepintió enseguida, sobre todo en cuanto Salvatore y Giuseppe, al verla, corrieron hacia ella sin pensárselo dos veces.

C.C. abrió los ojos como platos y luego sonrió a la vez que pronunciaba su nombre, «Ángela», emocionado.

Marina echó a correr con los italianos detrás, lo que aprovechó C.C. para lanzarse sobre el pizzero que lo retenía y presentar batalla en un cara a cara que asumía sin espadas virtuales y sin magia.

El plan improvisado en tres segundos por Marina era volver al almacén de los perros para saltar por la ventana, pero, torpe como siempre, se equivocó de puerta y terminó en el almacén de la harina. Sin ventana. No tenía escapatoria; era una ratonera. Intentó esconderse entre los sacos de harina, pero se la veía desde todos
los ángulos.

Los italianos la acorralaron enseguida, muy enfadados:

—Muy amable por venir a visitarnos, niña.

—Precisamente estábamos hablando de ti y no creas que te dejábamos muy bien.

—Eres una chica preguntona que mete la nariz donde no debe.

—Y te llevas lo que no es tuyo.

—¿Dónde están nuestros perros?

—¿Sabes qué hacemos en nuestro pueblo a las chicas como tú?

—Las apuntamos en una lista.

—Y luego pum-pum. *Capito?*

Marina se dio cuenta de que las amenazas iban subiendo de tono. Estaba atrapada, la espalda contra la pared, y no había forma de escapar de la situación. Ahora sí, se acercaba su fin. Terminaría sus días convertida en *pizza* barbacoa, un final nada épico para su triste y corta vida.

Sin embargo, detrás de los italianos divisó a C.C., con un ojo morado, que se había liberado de su guardián. Intentó comunicarle con la mirada que se fuera, que salvara su pellejo, pero C.C., tozudo, siguió acercándose y hasta le guiñó el ojo bueno. Tenía un plan. Había arrastrado rodando un barril de aceite. Lo abrió y lo empujó de golpe.

Los italianos se dieron la vuelta alertados por el ruido y, en cuanto vieron a C.C., intentaron apresarle, pero resbalaron por culpa del aceite y cayeron de morros contra el suelo, blasfemando, momento que aprovechó C.C. para tender una mano a Marina, que estaba maravillada. Todo estaba sucediendo como en una película muda de las que su padre le pasaba cuando era pequeña, de esas de las que solo se reía su padre, claro.

—¡Vamos! ¡He venido a salvarte!

Marina prefirió no entrar en el debate de quién estaba salvando a quién y le dio la mano para salir corriendo, con tan mala pata que también resbaló y se cayó junto a los italianos. Estos intentaron atraparla por las piernas desde el suelo, arrastrándose. Marina pegó una patada en los morros a Salvatore y C.C., con los pies secos, consiguió levantarla a tiempo y echar a correr.

—¡Por aquí! —le indicó Marina señalando la puerta del almacén de los perros—. ¡Hay una ventana y podemos saltar!

C.C. abrió la puerta de un empellón y los dos corrieron hacia la ventana. Mientras C.C. se encaramaba a la repisa para ofrecer la mano a Marina y ayudarla, Salvatore, rabioso y con los labios hinchados de la patada, se asomó a la sala, se tiró en plancha y la agarró de las piernas. Marina se debatía entre C.C. y Salvatore. Cada uno la estiraba por un lado como en un potro de torturas.

— ¡¡¡C.C.!!! —gritó Marina desesperada—. ¡Haz algo!

Salvatore, aceitoso, no la soltaba y, para empeorar las cosas, oyeron la voz de Giuseppe gritando:

—¿Dónde estáis?

Y C.C. venga a estirar de ella sin conseguir liberarla.

—¡Haz algo más eficaz! —le exigió Marina de nuevo.

Y C.C. la obedeció. La soltó y dejó que cayera sobre Salvatore.

—¡Tú puedes con ellos, no te dejes pillar! ¡Y arriba! ¡Estaré contigo!

Y sin mirar atrás, saltó por la ventana.

49. Mildred

Mildred franqueó las puertas del pabellón donde se celebraba el concurso canino justo a tiempo de saborear el maravilloso espectáculo de los perros customizados: medio rapados, con calvas en el pelo y manchurrones de pintura por doquier, desfilando indiferentes a los ataques de nervios de sus dueños.

Mildred respiró golosa los gritos desgarradores de los propietarios, los chillidos de los preparadores caninos, los insultos de los *sponsors,* el entusiasmo contagioso de los fotógrafos de prensa que no daban abasto a retratar aquel regalo inesperado de locura colectiva.

Qué feliz se sentía. Aquello era vida, y no la insulsa existencia de los acomodaticios burgueses. Se sumergió en ese ambiente que la transportaba a su infancia. Lástima que ella tuviera que quedarse siempre en segunda línea, protegiendo la retirada de su familia y garantizando su salida de la cárcel. Con lo emocionante que debía de ser vibrar con la adrenalina de la provocación, mirar al público a los ojos, enfrentarse a la policía, salir en las portadas de los diarios.

«Nice! Wonderful!», gritaban los fotógrafos, encantados con el pintoresco colorido de los chuchos y el caos que se había adueñado del recinto.

—*The show must go on!* —anunció el impasible presentador, de probable ascendencia inglesa, que mostraba la misma sangre fría que el fox terrier a lo indio cheroqui que desfilaba en aquel preciso instante—. Y desde Wexford nos llega King Charles III —anunció con voz neutra.

—¡Boicot! —berreaban los propietarios para hacerse oír por encima del caos.

Los jueces, sin embargo, seguían en su papel de forma muy profesional. Asentían con la cabeza, anotaban en sus cuadernos la puntuación y comentaban cada nueva creación.

—*Amazing!*

—*So aggressive!*

Pronto los periodistas atarían cabos y atribuirían la acción a los O'Connor, como sucedía siempre, pensó Mildred, oteando a lo lejos y divisando a Greta, que filmaba el desfile para colgarlo en el canal de YouTube de la familia O'Connor. Y al buscar a los otros miembros del clan, lo vio. Se frotó los ojos

dos veces y volvió a fijar la mirada. Era él. No había ninguna duda. Muy cerca del escenario, con la cara pintada de azul y la bandera animalista de los O'Connor en la mano se hallaba PATRICK.

Mildred sintió que se le aceleraba el corazón y gritó desde lejos:

—Patrick!!!

Todo fue muy rápido. Patrick la oyó, le lanzó un beso desde la distancia y saltó al escenario agitando furioso la bandera de los O'Connor.

—Freedom for dogs! —rugió.

Mildred no pudo resistirse y, a pesar de los tacones y la ajustada falda, corrió en volandas hacia el escenario, subió de un salto, se lanzó al cuello de Patrick y le besó ante todo el público.

—I love you, my dear! —le susurró al oído antes de agarrar la bandera con la mano libre y corear la consigna que habían inventado en otra ocasión ante una peluquería canina—: ¡No peines a tu perro, péinate el cerebro!

Su hermana Marjorie saltó junto a ella y la felicitó.

—¡Estás que te sales! ¿Qué te ha ocurrido?

—¡Me he encontrado a mí misma! —canturreaba Mildred besuqueando a Patrick y saltando como una loca sobre el escenario por primera vez en su vida.

—Se supone que tú estarías en la retaguardia, lista para sacarnos de la prisión —le reprochó su padre añadiéndose al equipo con semblante preocupado.

—Se acabó —dejó caer Mildred—. Yo también quiero ser una activista de primera línea, papá. Y te comunico que tengo novio, aunque te fastidie.

La réplica del patriarca O'Connor quedó ahogada por el griterío. Y por fin se les unió Greta y una mocosa pelirroja que se les parecía un montón.

—¡Es Gillian, nuestra pequeña Gillian! —le anunció Greta exultante a su hermana mayor.

Mildred creyó que moriría de felicidad. La abrazó, la besó y saboreó esos pocos segundos de gloria, rodeada por los suyos, antes de que la policía irrumpiera en el escenario y los esposara.

—I'm so happy! —exclamó Mildred mientras era conducida al furgón de la policía.

—¡Luci! ¡Luci! Nos tienes que sacar de la comisaría —gritó la pequeña Antaviana-Gillian.

—¡No te conozco! —se escaqueó una Luci escurridiza que se fundió entre la multitud.

—Don't worry! —los tranquilizó Mildred—. Ángela será nuestro ángel de la guarda.

Y a pesar de las esposas, pudo enviar un Whatsapp a Ángela que decía:


—Help!!!

50. Marina

M

arina había caído sobre Salvatore. No se lo podía creer: C.C. la había abandonado a su suerte. Ella podría haberse salvado, pero había decidido correr el riesgo para ayudar a C.C., que teóricamente había aparecido para rescatarla. Teóricamente, claro, porque en cuanto las cosas se habían puesto feas, el friki la había abandonado. ¡Menudo héroe de pacotilla! A lo mejor, su hermana tenía razón respecto a los chicos.

Marina, despechada, sintió que la rabia se apoderaba de ella y se deshizo del pringoso Salvatore, que no atinaba a volver a agarrarla porque le resbalaba hasta el pelo. Ese movimiento le dio unos valiosos segundos de ventaja, que aprovechó para saltar por encima del italiano, pero no le sirvieron de nada. En la puerta dos siluetas oscuras ensombrecieron la luz que se filtraba a través del pasillo: Giuseppe y el pizzero, que ya habían comprobado que no quedaba ni un perro por ninguna parte y estaban enfadadísimos, bloqueaban la salida hacia la calle con cara de malas pulgas. A un lado, Salvatore; al otro, Giuseppe y el pizzero. Su destino era convertirse en el jamón del sándwich de matones.

Y de pronto, sin ruido ni previo aviso, una especie de rata rabiosa saltó sobre todos ellos. Era un pequeño tifón que mordía pantorrillas, tobillos y pies creando desconcierto y pánico.

—¡Socorro!

—*Mamma mia!*

—*Aiutare!*

Fuera cual fuera el origen de la rata rabiosa, Marina aprovechó el caos para huir. Quedarse hubiera sido de tontos.

Saltó por encima y, sin muchas más opciones, subió a toda prisa por la escalera de madera que llevaba al piso superior. «¡Arriba!», le había dicho C.C. ¡Menudo cínico!

—¡Guau! ¡Guau! —oyó a sus espaldas.

Y al darse la vuelta, topó con la supuesta rata, que se le lanzó encima y comenzó a lamerle la cara. La reconoció por el tacto de su lengua.

—¡Quinny! —gritó Marina, sin acabar de creerse que aquel pequeño demonio vengador y salvaje fuera la perrita pija y relamida que conocía.

Al parecer, Marjorie había decidido aplicarse especialmente con Quinny: la

había rapado todo el pelo, exceptuando unos parches que le había pintado con espray negro imitando unas manchas de leopardo y le había dejado una cresta punki pintada de lila. Estaba sensacional.

Pero no era momento para reencuentros ni piropos. Los mafiosos se reponían del susto y ahora los tres juntos volvían a las andadas. Marina continuó su ascensión, superando obstáculos; la escalera estaba llena de sacos de harina y cajas de comida. En un momento de lucidez, tumbó un saco de harina que les hizo caer de espaldas y retroceder un piso.

—*Porca miseria!*

A pesar de lo dramático de la situación, resultaba bastante cómico verlos impregnados de harina, sobre todo Salvatore, que parecía una croqueta rebozada a punto para freír. Desgraciadamente, se levantaron aún más enfadados y reemprendieron la persecución con más fuerza.

Marina siguió subiendo sin aliento y Quinny les ladraba para mantenerlos a raya. Justo al llegar al segundo piso, encontró una caja llena de lonchas de *pepperoni* reseco que les lanzó a guisa de munición como si fueran estrellas *ninjas*. No tenía mucha puntería, pero, intentando darle a Salvatore en el pecho, una loncha de *pepperoni* acertó de lleno en el ojo de Giuseppe, que perdió pie y visión y se aferró a sus dos compinches. Los tres cayeron escaleras abajo de nuevo.

Marina aprovechó para colarse en la primera habitación que vio abierta del piso superior; tenía un balcón, ¡¡¡una escapatoria!!! Sin embargo, al asomarse vio que era altísimo… Se iba a romper la crisma.

—¡Ángela, salta! —oyó inesperadamente a C.C. desde el exterior.

Marina se asomó otra vez y vio a C.C. montado en una moto de repartidor de *pizzas.* Y en ese momento, a Marina sí que le pareció un héroe, un caballero montado en su corcel blanco que venía a rescatarla de su torre. Era una cursilada tópica y sexista, pero el pobre C.C. se lo había currado y no quería frustrarlo.

—Confía en mí, Ángela —decía C.C.

—Si saltas, te matarás —la amenazó Salvatore.

Pero Marina pensó que prefería mil veces el tortazo y los brazos de C.C. que la mafia siciliana. Tomó a Quinny, cerró los ojos, inspiró muy fuerte y saltó a lo loco y gritando, que es la única forma de saltar.

—¡AAAAAAAAAAAAAAHHHHH!

Los italianos abrieron los ojos como platos; no se podían creer que fuera tan kamikaze.

Marina no era tan tonta, cayó sobre una montaña de *pizzas* cuatro quesos oportunamente colocadas allá por C.C. La dejaron pringada, pero le salvaron la vida. Se cercioró de que Quinny estuviera bien, la metió en la cesta de la

moto y se agarró fuertemente a la espalda
de C.C., que, muy seguro de sí mismo, le soltó:

—Te dije que había venido a salvarte.

Marina no quiso discutir.

La moto arrancó y los tres desaparecieron en la línea del horizonte dejando a los italianos boquiabiertos.

51. Marina

La suave brisa del verano irlandés les acariciaba la cara mientras circulaban por una carretera desierta, rodeada de árboles, que se perdía en el infinito. Marina apoyó la cabeza en la espalda de C.C., cerró los ojos y aspiró fuertemente. Olía a hierba mojada, a árboles,
a *pizza* cuatro quesos y a asfalto húmedo; olía a libertad. Se estiró levemente para acomodarse en el asiento y sonrió. Estaba a salvo.

A lo largo de ese día, que le parecía que había durado una vida entera, se había subido a una montaña rusa emocional y había tenido que enfrentarse a un montón de situaciones nuevas e inimaginables.

Marina había descubierto partes de ella que ni siquiera sabía que existían, había destapado al verdadero Patrick, había cometido varios allanamientos de morada, la habían secuestrado dos veces, había colaborado con unos activistas buscados por la ley, se había enfrentado a unos mafiosos italianos, había desenmascarado a su hermana, había saltado desde un balcón y se había enamorado locamente de C.C.

Sí, estaba enamorada. Lo admitía. Era lo que tenía más claro.

No sabía dónde había quedado la Marina cobarde, comodona y torpe; no sabía cómo se había metido en tantos líos en tan poco tiempo; no sabía en qué punto se encontraba y, por no saber, no sabía qué hacer ni adónde ir. Pero sí sabía con quién.

Se abrazó con más fuerza a la espalda de C.C., segura de ser correspondida. Él había arriesgado su vida en varias ocasiones ese mismo día (con mejor o peor acierto) y lo había hecho por ella, por Marina, no por Ángela. A la porra con las falsas buenas formas, con hacerse de rogar y con las medidas perfectas. C.C. se había enamorado de ella porque era imperfecta y original.

Marina extendió los brazos y los dejó ondear en el viento como si fueran delfines. Se sentía increíblemente liviana. Se había liberado de Ángela para siempre.

C.C. se desestabilizó un poco y Marina volvió a sujetarse mientras la moto aminoraba la marcha y acababa por detenerse bajo un frondoso árbol. En cuanto la moto frenó, Quinny aprovechó para saltar de la cesta y revolcarse sobre la hierba mojada. Marina dio un silbido, le lanzó una piedra y la perra corrió como loca para alcanzarla.

—Quinny se ha *recaninizado*. Estoy muy orgullosa de ella.

—Mola muchísimo —le dio la razón C.C.—. Me ha seguido como un chucho de pueblo.

—Está hecha un asco, pero es auténtica.

C.C. sonrió, la miró a los ojos y le apartó el pelo de la cara.

—Como tú, Ángela —dijo sin dejar de mirarla.

Marina enrojeció y aprovechó la ocasión para aclarar algo.

—Por cierto, en realidad me llamo Marina, no Ángela. Es una larga historia —confesó mordiéndose el labio inferior, algo incómoda.

—Bueno, nadie es perfecto— añadió C.C. sin parar de sonreír.

Marina supo que era el momento idóneo para besarle, así que, muy segura, entrecerró los ojos y se aproximó lentamente a C.C.

Sin embargo, al acercarse, C.C. le lamió la nariz. Marina abrió los ojos y descubrió que el autor del lametazo no era C.C., sino Quinny, que se había interpuesto entre los dos.

En ese preciso instante sonó un mensaje entrante en el móvil de Marina, un móvil al que jamás llamaba nadie. Leyó de refilón el *«help»* desesperado de Mildred, y no dudó ni un segundo:

—¡Rápido! ¡Tenemos que salvar a los O'Connor! —gritó decidida a ser ella misma, aunque eso significara saltarse la escena del beso y buscarse nuevos líos morrocotudos.

C.C., metido en su nuevo papel de héroe motorizado de carne y hueso, subió de nuevo a la moto, derrapó para dar media vuelta y le tendió el casco.

—¡Por supuesto, allá vamos! ¡Agárrate, Quinny!

FIN

periscopio

HERMANAS, PERROS, FRIKIS Y OTROS ESPECÍMENES

La rubia, angelical y perfecta Ángela es suplantada en Dublín por su imperfecta hermana Marina, especialista en líos y desastres. Marina se ve envuelta en un absurdo malentendido con Patrick, el novio irlandés de su hermana (guapísimo), con los perros de Mrs Higgins (su horrorosa patrona), con sus huéspedes sicilianos (mafiosos) y con una lunática familia de activistas animalistas radicales. Y por si fuera poco, C.C., un friki desesperado que solo desea vivir en su mundo virtual, se cruza continuamente en su camino hasta que le trastoca todos sus planes.

Humor, intriga y amor en esta trepidante comedia de enredos en la que nadie es lo que parece. La mejor Maite Carranza en su faceta más desternillante en esta ocasión a cuatro manos con la joven escritora Júlia Prats.



www.edebe.com